REZWANA

UN EXPEDIENTE EUROPEO

Mariangela Paone
y Rezwana Sekandari

Libros del K.O.

Mariangela Paone y Rezwana Sekandari

REZWANA

Un expediente europeo

Libros del K.O.

PRIMERA EDICIÓN: noviembre de 2023

© Mariangela Paone y Rezwana Sekandari, 2023
© Libros del K.O., S. L. L., 2023
Calle San Bernardo 97-99, entresuelo 8
28015 Madrid

ISBN: 978-84-19119-51-3

CÓDIGO IBIC: JFFN, BTP
DISEÑO DE CUBIERTA: Artur Galocha
MAQUETACIÓN: María O'Shea
CORRECCIÓN: Candela Morillas y Melina Grinberg

Esta es una historia que no tiene un final.
La que leen es una historia abierta,
como una herida que no se cura,
como una esperanza que no se apaga.

A Fátima, Naseer, Hadith, Negin, Mehrumah.
A todas las víctimas de las fronteras.
In memoriam

23 de junio de 2022. Lesbos

Rezwana es una diminuta mancha negra en medio de un erial de yerba alta y seca. El sol, que cae en picado sobre su cabeza, borra la sombra. Desde lejos, parece inmóvil.

Quiero quedarme sola, por favor. Sola. Solo un rato.

La dejamos sola, mirándola desde una distancia infranqueable de un puñado de metros. Ella, allí sentada, ella que dobla la espalda, una pequeña mancha negra que se recoge sobre sí misma hasta cubrir otra minúscula mancha blanca. Una lápida. Un rectángulo de mármol plantado en la tierra, con unas palabras y unos números. «Άγνωστη Γυναίκα», mujer desconocida. Un par de metros más allá, hay otra. «Άγνωστο Κορίτσι», niña desconocida. En la explanada, enclaustradas entre olivos seculares, con sus ramas torcidas como brazos dolientes elevándose hacia el cielo, hay decenas de lápidas como estas. «Άγνωστος», desconocidos. Hombres, mujeres, niños.

Rezwana desliza lentamente la mano sobre el mármol. La caricia tan deseada, que no podrá ser nunca más. Limpia el mármol con el agua de una pequeña botella de plástico. Baña la tierra, baña los ramilletes de siemprevivas que hemos traído y, con las uñas, trata de arrancar las raíces de la yerba para dejar más espacio libre alrededor de las dos lápidas. Son las únicas que han sido liberadas de la maleza, antes de nuestra llegada. Las dos personas que identifican ya no son nombres desconocidos. Se llamaban Negin y Fátima, tenían once y treinta y siete años y murieron hace siete, el 28 de octubre de 2015.

Nos acercamos a las tumbas y le mojo el pelo con agua. El resto de la cara está bañada en lágrimas que gotean sobre las lápidas y sobre sus manos. «Hace demasiado calor», le digo.

Un rato más, por favor.

¿Por qué? ¿Por qué yo estoy viva y ellos no? ¿Qué podría haber

hecho para salvar al menos a uno de ellos? ¿Por qué tenían que morir así? ¿Por qué tuvieron que morir aquí?

Al caer la noche, desde el balcón de mi habitación del hotel, las luces del puerto de Mitilene reflejadas en el mar parecen una mancha de Rorschach. Yo no tengo respuestas racionales, Rezwana. Solo hemos encontrado un fragmento de realidad: murieron y están aquí. Podían no haber muerto así, podían no haber sido enterrados aquí, podían haber llegado sin arriesgar su vida en el mar. No pudieron. Lo único que sabemos es que están aquí. En Lesbos.

*

Es la primera vez que Rezwana vuelve a la isla. Nos habíamos prometido ir juntas si llegábamos a tener una respuesta que realmente nunca pensamos que conseguiríamos.

Nuestras vidas se habían cruzado sin cruzarse hace siete años. Eran los meses más duros de la llamada «crisis de los refugiados». A Europa se le secarían pronto las lágrimas derramadas por la imagen del pequeño Alan Kurdi, el niño de tres años que se ahogó junto a su madre y su hermano mientras intentaban cruzar el mar Egeo, huyendo de la guerra en Siria. El 2 de septiembre de 2015, el día que encontraron el cadáver del chiquillo boca abajo en una playa de la localidad turca de Bodrum, como si estuviera durmiendo, recibí la noticia en la otra orilla. «A Lesbos se llega, pero luego de Lesbos no se sale nunca, por muy lejos que te hayas ido», me habían avisado.

Unas semanas después de la muerte del pequeño, cuando ya se esfumaba el eco de las palabras de desesperación de su padre, llegó la noticia de un accidente de enormes dimensiones. Un barco de madera, con más de trescientas personas a bordo, se había hundido a unos tres kilómetros de Lesbos.

Era el 28 de octubre de 2015.

Los registros oficiales contabilizaron 274 supervivientes y, al menos, cuarenta y tres muertos —diecisiete hombres, seis mujeres, diecinueve niños, un bebé— y un número indeterminado de desaparecidos. En el barco viajaba Rezwana

con sus padres, Naseer y Fátima, su hermana Negin, su hermano Hadith, de cinco años, y su hermana Mehrumah, de catorce meses. Solo Rezwana sobrevivió. Huérfana a las puertas de Europa.

*

20 de agosto 2021. Atenas

Después de meses de videollamadas en plena pandemia de covid, aterrizo en Atenas para cumplir con la promesa de ir a verla tan pronto como las restricciones de viaje lo permitiesen. A la salida de la estación de metro Acrópolis, rodeada por el trajín de turistas en este primer verano pospandémico, Rezwana aparece con un paquete de pasteles recién comprados en su panadería favorita. Nos abrazamos como dos amigas que se reencuentran después de mucho tiempo. Tengo la sensación de conocerla desde siempre. Me da igual lo retórico y convencional que pueda sonar esto, porque es así.

Mientras paseamos por la calle Dionisio Areopagita, justo a los pies de la colina de la Acrópolis, los relatos que Rezwana esbozó en nuestras llamadas telefónicas empiezan a coger forma, a vestirse de detalles, imágenes y sensaciones. Es el prólogo de la conversación larga y pausada a la que nos habíamos emplazado para cuando estuviéramos juntas.

*

Aquí estamos ahora, en su habitación, en un piso de la segunda planta de un edificio de Kallithea, un municipio al sur del área metropolitana de Atenas que yo conocí en 2012, uno de los años más duros de la Gran Recesión, y donde ella, en el último año y medio, ha tenido que aprender a reconstruir su vida, pieza por pieza. Dos osos de peluche descansan sobre la cama con las sábanas estampadas en flores, y unos pajaritos de plumas cuelgan de una pared cerca de un corazón dorado. Sobre la mesa que hace de escritorio hay apilados varios libros, algunos en sueco.

Recorrer la vida de Rezwana a partir del día del naufragio es remover una pena que ha tenido que aprender a contener. Cuando su relato se adentra en los recuerdos más dolorosos, le

pregunto si quiere parar. No quiere. Es como si hubiera esperado demasiado tiempo para poder contarlo todo, sin frenos, sin temor a ser juzgada, sin miedo a las consecuencias de sus palabras. Me atraviesa la sensación de ser inoportuna y culpable. Tengo delante de mis ojos a una joven a punto de cumplir veinte años y, sin embargo, solo consigo ver a la niña de trece que llegó muerta de frío y de miedo a la orilla de Europa, sin saber aún que nunca volvería a ver su familia.

Nos habían dicho que tardaríamos treinta y cinco minutos. El mar al principio parecía tranquilo. Cuando pasaron unos quince o veinte minutos, nos encontrábamos en la mitad del recorrido. Mi madre rezaba y yo también. Mi padre, que había dejado de fumar hacía años, se había encendido un cigarrillo. Era un barco de dos pisos. Mucha gente. Estábamos los unos pegados a los otros.

De repente vimos que empezaba a entrar agua. Mi familia estaba en la que tenía que haber sido la cocina del barco. Solo cabíamos nosotros seis allí. Al entrar, mi madre vio que había unos pepinos y cogió uno para mí y mi hermana. Mi padre decía que no los tocara, que no era algo nuestro y mi madre le mandó callar porque a nosotras nos gustaban mucho los pepinos y no habíamos comido nada aquel día.

Mi madre estaba cerca de la puerta de esa cocina. Yo cerré los ojos y ella también. Media hora pasaría rápido. Rezábamos por nuestra familia. De pronto mamá dijo: «Levantaos porque el agua está subiendo».

Fue cuestión de segundos. Ella cogió la mano de mi hermano y se fue hacia el pasillo para tratar de subir a la segunda planta. Pero cuando se estaba acercando a la escalera se oyó un estruendo y nos tiramos al mar. Desde aquel momento les perdí de vista.

Yo estaba en el agua. No los veía. Había un hombre que me empujaba hacia abajo para permanecer él a flote. Yo no podía hacer nada. Mi padre era mi héroe, en aquel momento pensé en él y en que viniera a rescatarme y a matar a ese hombre que intentaba hundirme. No sé cómo, pero conseguí zafarme. Y vi a mi padre. Me dijo: «No sueltes esa madera». Fue cuando me di cuenta de que estaba agarrada a un trozo de madera del barco. Él sujetaba a mi hermana pequeña, la tenía sobre su cabeza. Es la última imagen que tengo de él.

Recuerdo los últimos besos y no sabía que serían los últimos. Ahora puedo recordar. En el viaje desde Estambul a Esmirna, durante toda la noche, tuve en mis brazos a mi hermano. Finalmente habíamos encontrado sitio en el autobús y no estábamos sentados en el suelo. Mi padre quería que estuviéramos cómodos. Mi hermano Hadith

estuvo conmigo todo el tiempo. Todos quieren lo mejor para sus hijos y yo tenía este sentimiento hacia mis hermanos. Siempre que veo ahora a un niño de su edad pienso en él, pienso en mis hermanas. Ellos también podían haber tenido esta vida, estar a salvo.

Me rescataron unos pescadores que estaban en una embarcación pequeña. Yo estaba mirando hacia un barco grande que se acercaba y pensaba que llegaría para salvarnos. Dicen que cuando te vas a morir te pasa por la cabeza tu vida y las personas a las que quieres. Yo esto lo viví. Al mismo tiempo pensaba: me salvaré, sobreviviré. Me venían a la cabeza las imágenes de mis primos a los que quiero tanto, pero a la vez trataba de sobrevivir, me agarraba a ese trozo de madera. Después de media hora, o quizá fuera menos porque yo no sabía nadar y me parecía eterno, vi ese barco pequeño que llegaba. Empezaron a coger a los niños y las mujeres y pensé que mi familia estaría allí. De repente sentí algo que me agarraba por la espalda. Un arpón. Eran los pescadores de ese barco pequeño.

Me arrastraron y me subieron a cubierta. Yo tenía una pequeña mochila, con la leche y los pañales para mi hermanita, el móvil, unos dátiles y un diario que mi madre había regalado a mi padre cuando se habían comprometido. Mi padre había escrito allí durante los años en los que estuvieron separados, cuando él se fue un tiempo con su familia a Irán. Era muy importante este diario. Pero yo no podía hablar. Miraba alrededor sin poder hablar. El pescador me quitó esa pequeña mochila para ayudarme, sé que lo hicieron por mi bien, pero yo perdí ese diario que era muy importante. En el barco había ya otros dos hombres que no sé si estaban vivos… Me sentía mal por el agua que había tragado. Vomité. Tenía pequeños moratones. De repente un helicóptero sobrevoló nuestras cabezas y movió el aire, yo tuve tanto frío que pensé que me moría.

Le rezaba a Dios pidiendo que protegiera a mis padres. Era de noche y llegó un barco de la guardia costera griega, me subieron allí y me llevaron hasta la orilla. Y recuerdo que empecé a andar en medio de los cuerpos de gente que se había muerto. Oía a un niño llorar y me acercaba para ver si era mi hermana.

Tengo guardada la ropa que llevaba esa noche. Fui a recuperarla después de que me ayudaran a ponerme algo seco, porque me acordé de que mi madre me había prendido un pequeño saquito de algodón a la camiseta interior con un imperdible del pelele de mi hermanita.

Rezwana está sentada a los pies de su cama y yo enfrente, en la única silla de la habitación. Se levanta y de un pequeño joyero, colocado sobre una mesita, saca dos anillos de oro. Uno parece una alianza, otro tiene forma de lazo con una

piedra azul marino en el centro.

Mis padres habían vendido sus alianzas para poder acabar la casa, la misma casa que luego vendieron para reunir el dinero para ir a Europa. Mi padre, tiempo después, compró dos anillos nuevos y un brazalete. Recuerdo aquel día, cuando él llegó a casa y se los dio a mi madre. Éramos todos felices. «¡Ahora celebramos junto a nuestros hijos!», dijo mi mamá.

Cuando estábamos en Turquía, antes de salir para Grecia, ella volvió a ponerse las joyas, pero los anillos no le cabían porque había engordado algo y le molestaban. Entonces con un pañuelo de algodón formó un saquito, los puso allí dentro, hizo unos nudos rápidamente y me lo cosió a la camiseta. Lo recuerdo como si fuera ayer. Guardé ese saquito sin abrirlo, hasta hace dos años. Había esperado tanto porque no quería deshacer los nudos que mi madre había hecho con sus propias manos. Para mí era algo sagrado. Cuando la echaba de menos, simplemente miraba a ese saquito y pensaba que era lo que me quedaba de ella y lo tocaba. Al final lo he abierto. Y me he puesto los anillos.

Se los pone y me enseña sus manos. No son ya las de una niña sino de una mujer que se parece mucho a su madre. Durante mucho tiempo esos anillos han sido lo único que le quedaba de ella, y el imperdible lo único que le quedaba de su hermana pequeña.

*

Cuando llegué al puerto, Charly estaba allí. Nos miramos. Se acercó y me ayudó a bajar del barco. Y me abrazó. Vi que estaba la Cruz Roja y quería ir para decir que había perdido a cinco miembros de mi familia. Charly me ayudó a cambiarme, a quitarme la ropa mojada. Yo tenía el saquito con los anillos allí y lo olvidé. Fuimos a un almacén donde estaban todos los refugiados y la gente lloraba y se abrazaba… Esperaba que de un momento para otro aparecieran mis padres y mis hermanos. Con Charly dimos vueltas intentando encontrarles, pero no estaban en ningún lugar, ninguno de ellos.

Charly me tenía en su regazo. Yo tenía la regla y sentía mucho dolor. No podía hablar, me fui al servicio y lloraba, lloraba sin parar. Ella estuvo conmigo todo el tiempo y yo tenía la cabeza sobre sus piernas y miraba hacia la puerta del almacén esperando a que mi madre o mi padre entraran. Recuerdo que me dijo cómo se llamaba y que tenía veintiséis años… Y de repente me acordé de mi ropa, del saquito con los anillos que mi madre me había prendido a la

camiseta con el imperdible. Fui a mirar en el lugar donde los habíamos dejado y recuperé mis cosas. Había un traductor afgano que se quedó con nosotras. Me trajeron pollo y Coca-Cola, pero yo no podía comer. Charly me animaba: «Come, bebe algo». Pero yo solo podía llorar. No recuerdo si en algún momento me quedé dormida. De vez en cuando íbamos al puerto de Molyvos y luego volvíamos al almacén.

Cuando pienso en Charly pienso en un abrazo. Ella fue la primera que me dio un abrazo cuando yo estaba toda mojada y acababa de perder a mi familia. Me dio ropa limpia, me dio de comer. Yo no podía ni hablar aquella noche. Lloraba sin más. No podía ni gritar. Ella me acariciaba la cabeza. Cuando pienso ahora en aquellos momentos, pienso en su abrazo. *I'm so in love with her*.

Rezwana se ilumina cuando habla de Charly.

*

Charlotte Vestli, «Charly», fue la primera persona que me contó la historia de Rezwana.

Charly llegó a Lesbos con veintiséis años como voluntaria de la pequeña organización humanitaria noruega A Drop in the Ocean, una gota en el océano. En algunas de las imágenes de los desembarcos de aquellos días, destaca con su figura esbelta y su larga melena de un rubio muy claro.

Por aquel entonces yo trabajaba como oficial de seguridad en el Ayuntamiento de Oslo y mi vida era currar, ir de fiesta, currar e ir de fiesta… No tenía mucha idea de lo que ocurría en el resto del mundo, ni mucho interés en la política, la historia o la geografía.

Una noche del 15 de agosto de 2015 empecé a leer sobre lo que estaba pasando en Lesbos y vi que había turistas que pedían ayuda. Yo quería recaudar dinero, pero allí hacían falta manos y donaciones materiales. Me quedé leyendo toda la noche hasta que sonó el despertador. No podía dejar de pensar en ello. Así que recaudé algo de dinero y materiales que se necesitaban allí, pedí dos semanas de vacaciones a mi jefe y llegué a la isla el 15 de septiembre. No pensé en absoluto en volver a casa, todo lo demás me parecía inútil y mis ojos se abrieron al mundo que había fuera de mi vida segura en Oslo. Volví a llamar a mi jefe dos meses después para disculparme por no haber vuelto, pero él mientras tanto había visto en las noticias lo que hacía en Lesbos y no tuvo problema en buscar un remplazo para mi puesto, al que yo pude volver en 2017 cuando estaba embarazada.

Hablé con Charly por primera vez a principios de noviembre de 2015. Yo había decidido escribir un reportaje que contara, a través de la niña del naufragio, la historia de los miles de menores no acompañados que había en la ruta hacia Europa. A Rezwana, para proteger su identidad, la llamamos Najam. El artículo salió publicado el 8 de noviembre, diez días después de aquella tragedia. Yo no conseguía quitarme esa historia de la cabeza. Dejé a Charly un mensaje días después y volví a preguntar por Rezwana: *How is she doing?* Luego perdimos el contacto durante un tiempo, pero yo seguía pensando en Rezwana: cada 28 de octubre me acordaba de ella y de aquel naufragio.

A Charly la conocí a través de la familia Kempson —Eric y Philippa—, un matrimonio británico que se afincó hace veinte años en la costa norte de Lesbos, en la bahía de Eftalou y muy cerca de Molyvos, el puerto al que llegó Rezwana tras ser rescatada.

Los Kempson habían sido testigos desde hacía años de las llegadas de lanchas que cruzaban el Egeo desde Turquía, y de cómo su número aumentaba a medida que se recrudecía la guerra de Siria. En febrero de 2015 se dieron cuenta de que algo estaba cambiando. Ya no llegaban solo hombres jóvenes, sino familias enteras, muchas mujeres y niños. Cuando los conocí, en septiembre de aquel año, había días en los que llegaban hasta cincuenta lanchas.

Todas las mañanas, al amanecer, Eric se subía a una pequeña colina y se ponía a escrutar el horizonte con unos prismáticos. Cuando divisaba a lo lejos unos puntos negros que se aproximaban y se agrandaban, trataba de adivinar la trayectoria y se lanzaba con su Twingo azul a una carrera alocada por vías sin asfaltar para alcanzar el punto de la costa donde, minutos después, llegarían las lanchas.

Durante meses, él, su mujer, su hija y los otros vecinos de la zona fueron el primer auxilio para los miles de refugiados que llegaban. Luego, a medida que la crisis crecía, el norte de la isla se convirtió en el destino de voluntarios desde toda Europa y la casa de los Kempson fue su cuartel general. La situación se envenenaría desde entonces: Eric y Philippa recibieron amenazas de grupos de extrema derecha y

presiones de una parte de la población local que empezó a volverse en contra de la acogida de refugiados. El acoso les obligó a cambiarse de casa y, en años posteriores, a soportar una avalancha de demandas y multas. El suyo no era un caso aislado, sino el ejemplo de la progresiva criminalización en Europa de quienes ayudan a migrantes y refugiados.

«Las pequeñas gotas hacen un gran océano, créeme», me había dicho Eric Kempson para explicarme por qué hacía lo que hacía. Charlotte, «Charly», era una de esas gotas.

Me avisaron de que estaba llegando mucha gente en un barco. Fuimos al punto de observación desde donde normalmente nos avisaban los Kempson. Empecé a mirar con los prismáticos y, mientras hablábamos de qué hacer, vimos que el barco se había hundido y que la gente flotaba en el mar. Estaban bastante lejos. Había que avisar a los otros barcos que estaban allí, a las otras ONG…

Minutos después me llegó otro mensaje: «Cualquiera que sepa hacer reanimación cardiopulmonar que se vaya al puerto». Yo ya había pasado por esto. Sabía que el puerto de Molyvos no era suficientemente grande para todos los voluntarios: de mi organización solo iríamos los que teníamos conocimientos médicos. Y fui. No recuerdo cuánto tiempo pasó antes de que empezaran a llegar los barcos con la gente rescatada.

Hay muchas cosas que no recuerdo exactamente, mezclo las horas. No comí ni dormí en todo el día. El puerto se llenó de gente, muchos niños. Había voluntarios practicando maniobras de reanimación. Uno de los médicos consiguió revivir a un niño. Yo estaba en el coche intentado que otro pequeño entrara en calor. «No te mueras ahora, no te mueras», le repetía. Solo había dos ambulancias y los casos más graves había que trasladarlos a Mitilene, la capital de la isla, a setenta kilómetros de allí. Había que elegir a quién salvar. Entre quienes no daban señales de vida y alguien que llegaba llorando, elegías al que parecía tener más posibilidades. Era el caos.

Luego, de repente, vi a Rezwana sentada en el borde de un barco. Vi que estaba tratando de bajar y la ayudé. Hacía mucho frío. A partir de allí, toda mi atención fue para ella y empecé a descuidar todo lo demás.

Aunque no hablaba inglés, consiguió explicarme que estaba buscando a sus padres. Y una de las cosas que recuerdo muy bien es que yo pensaba que tenía que encontrar ropa seca para ella. Pero era muy difícil convencer a las chicas para que se cambiaran en el puerto. Empecé a pensar en cómo hacerlo. Ella no quería quitarse la

ropa mojada para cambiarse y recuerdo que tuve casi que sacársela a la fuerza porque hacía mucho frío… Encontré unas sillas y otras personas me ayudaron a poner unas mantas de emergencia para hacer como un biombo, conseguimos que se cambiara.

Me di cuenta de que la niña no conocía a nadie alrededor y de que necesitaba desesperadamente a alguien. Me quedé con ella y, mientras trataba de encontrar intérprete, trataba de comunicarme a través del traductor de Google. Entendí, poco a poco, que había perdido a sus padres y a sus hermanos. Se decidió reunir en un mismo lugar a los que habían perdido a alguien. Fui con ella e intenté que comiera algo, al menos algo de chocolate. Ella adora el chocolate…, pero no quería.

A menudo se hacía el silencio y, de pronto, alguien lloraba de alegría porque había encontrado a un familiar. Nadie de su familia apareció esa noche.

Al día siguiente fuimos a la Cruz Roja para registrar los nombres de sus padres, sus hermanas y su hermano. Llamamos a los hospitales, pero nada. La dejé con la gente de Cruz Roja y me fui un rato para ducharme, pero creo que no llegué a hacerlo: un compañero me llamó porque había entrado en una carpa donde habían metido a los muertos y estaba en shock. Volví al puerto. Llegó un autobús. Los que estaban a cargo del traslado nos dijeron que, entre el mediodía y las tres de la tarde, llegarían más autobuses para llevar a la gente a Mitilene. Me dijeron que la niña se tenía que subir sola y que ya se encargaría alguien de ella. Rezwana me seguía llamando: «Charly, Charly». Dije que de ninguna manera se podría quedar sola, que alguien tenía que acompañarla, que no estaban entendiendo lo que había pasado. Recuerdo que dije: «Sé que hay muchos casos graves aquí, pero no hay nadie que haya perdido a todos como ella…, y es una niña».

Me dijeron que no tenían a nadie que pudiera ir con ella. Contesté: «Entonces voy yo». Seguían diciendo que no podía ser, que el autobús era solo para los refugiados. Me planté. Les dije que o me dejaban subir a mí también o ella no iba. Al final me autorizaron. En el autobús ella no hablaba. Me cogía la mano y miraba por la ventanilla.

Yo era en aquel momento la coordinadora de mi grupo. Lo dejé todo. Me despreocupé de los demás compromisos. Pensé que tenía que estar con ella, que ese era mi lugar.

Cuando llegamos a Mitilene, nos dejaron en una parte vallada del puerto y nos dijeron que esperáramos allí. Hacía mucho frío, soplaba un viento fuerte y no había dónde protegerse. Había muchísima gente esperando. Los responsables del registro decían que cogerían primero a los vulnerables, pero Rezwana quedó para el final. Luego

me dijeron que la mandarían al campo de Moria, que ya entonces era un desastre. De nuevo, me planté. «No, ella no va a ir allí y si va, voy yo también». Les propuse que la mandaran a Pikpa, un centro para los casos más vulnerables, gestionado por voluntarios y con un ambiente mucho más familiar y acogedor que Moria.

Era ya medianoche y estaba oscuro. Al final conseguí que se la llevaran a Pikpa, junto a una familia afgana. Al día siguiente fui allí para visitarla, para saber qué tal estaba. Fui prácticamente a diario. Hasta que un día llegué y me dijeron que la habían trasladado a Atenas, que ella no tenía móvil y que no estaban autorizados a decirme dónde la habían llevado. Me desesperé. No paraba de pensar en que ella imaginaría que yo la había abandonado. Nadie me quería decir nada.

PARTE 2. Kabul-Lesbos, solo ida

Me gustaría poder volver para ver si los árboles que teníamos en el jardín han crecido y dan frutos. Mi padre no era muy dado a los trabajos manuales, era el más pequeño de sus hermanos y no había hecho nunca nada en casa. En la nuestra, sin embargo, lo hizo todo. Cuando no estaba trabajando, siempre se ponía a arreglar algo. Recuerdo que se le agrietaban las manos. En su familia se sorprendían porque nunca había pasado antes. Él quiso plantar los árboles. Teníamos cerezos, manzanos… Estoy segura de que han crecido y que dan frutos ahora. Me gustaría mucho ir a ver si el granado ha dado sus frutos.

*

La primera vez que hablé por teléfono con Rezwana fue el 15 de abril de 2021, un día antes de mi cumpleaños. Un regalo adelantado que llegó después de una larga espera y una pandemia. Tardé meses en decidirme a pedirle a Charly un contacto directo, tras leer una publicación que había escrito a finales de 2019 en su página de Facebook, en la que volvía a hablar de aquella niña. Pasaron varios más hasta que Charly, que mientras tanto había sido madre, recuperara mis mensajes, hablara con Rezwana y me contestara enviándome su número.

«Me alegro tanto de que nos hayamos encontrado», me escribió Rezwana en su primera respuesta, acompañando el texto con unos emoticonos de caritas sonrientes.

A partir de allí, empezamos a hablar a menudo por videollamada. Rezwana está casi siempre en su casa, en Kallithea. La niña retratada en las fotos que me había mandado Charly en noviembre de 2015 es ahora una joven mujer, con el pelo liso, larguísimo, castaño y brillante, que ya no cubre con el velo. Una joven que habla con dulzura y transmite una fuerza que es imposible que pase desapercibida.

El mar no está lejos de aquí, pero no he ido mucho. Tengo sentimientos encontrados. Cuando voy prefiero ir sola, así siento que puedo hablar con mi familia. Obviamente acabo llorando. Pero me sienta bien, luego me siento mejor. Me gusta hablar de mi familia.

Hablar de los buenos recuerdos me hace sentir mejor.

Los buenos recuerdos, *the good memories*, dice siempre Rezwana cuando quiere hablar de la vida que tenía en Kabul, cuando en la capital afgana aún se esforzaban en imaginar un futuro distinto para el país.

Rezwana nació el 29 de noviembre de 2001, mes y medio después de que empezara la operación Libertad Duradera. Dentro de las denominaciones desafortunadas que se suelen dar a las campañas militares, la elegida por Estados Unidos para la invasión de Afganistán, en la primera etapa de la «guerra al terrorismo» tras los atentados de las Torres Gemelas, merece un puesto de honor. «Libertad Duradera» suena, veinte años después, como el más cínico de los nombres.

La familia de Rezwana era tayika, el segundo grupo étnico de Afganistán tras los pastunes. Tayiko era también Ahmad Shah Masud, «el león del Panshir», el jefe de la Alianza del Norte que se había enfrentado a los talibanes y que murió en un atentado el 9 de septiembre de 2001, en lo que fue el preludio de los ataques del 11-S.

Cuando empezó la invasión, la familia de Rezwana se encontraba en Irán, el país al que su padre había emigrado años antes, huyendo de las guerras civiles afganas de los noventa y tras un paso por la India. Volvieron a Kabul cuando Rezwana tenía un año y medio de vida, seducidos por los aires de cambio que se respiraban tras la caída del régimen talibán.

Naseer, el padre de Rezwana, empezó a trabajar como cámara en 1TV, una de las cadenas de televisión privadas que florecieron en la primera década del nuevo siglo. He pasado horas mirando las fotos que su padre publicaba en su perfil de Facebook. Esa memoria digital, que se ha quedado congelada en 2015, restituye la imagen de un hombre en su treintena, guapo y seguro de sí mismo. Se le ve montando a caballo, escondido tras una cámara sobre un trípode durante una entrevista, con una cámara fotográfica al cuello bajando de un helicóptero militar, abrazado a sus compañeros de trabajo…

Mi padre amaba su trabajo. Y, para mí, las oficinas de 1TV eran como una segunda casa también. Me gustaba mucho estar allí. Por la

mañana iba al cole y por la tarde me iba a la tele hasta las cinco. A menudo hacía allí los deberes. La mayoría de las veces volvía a casa con mi padre y, si no, me llevaba un autobús de la empresa.

Con diez años empecé a doblar la voz de los niños en las series turcas, indias, estadounidenses… Trabajaba con un grupo de chicas veinteañeras. Confiaban en mí y, para que no me aburriera, me dejaban hacer. Yo era una más, a pesar de ser tan pequeña. Ellas me enseñaron a modificar los guiones y editar los sonidos. Me dieron mucha responsabilidad, aprendí muchísimo allí.

Un día, creo que fue en 2013, los talibanes atacaron muy cerca de las oficinas de la cadena. Recuerdo que las chicas más mayores se limpiaron la cara para quitarse el maquillaje. Yo estaba en el departamento de doblaje, situado en el sótano, y recuerdo que, de repente, todos los trabajadores de la tele se juntaron allí. En aquel momento pensé que me iba a morir. Pasaron muchas horas antes de que pudiéramos salir. Y durante una semana no pudimos volver porque todo estaba destruido.

El dinero que ganaba se lo daba a mi madre. Cuando nos tenían que pagar había colas larguísimas de una hora, hora y media. Y en un par de ocasiones fue mi padre a recogerlo por mí porque yo estaba en el cole. Cuando volvíamos a casa bromeaba, contaba el dinero y me decía: «No he cogido ni un dólar, eh». Eran un centenar de dólares. Mi madre guardaba el dinero y lo usábamos también para ir terminando la casa.

Cuando nos mudamos allí, no teníamos ni las puertas, y parte de ese dinero sirvió para comprarlas. La casa era de una planta, a las afueras de Kabul, a unos diez minutos en coche del centro si no había tráfico.

Yo compartía el cuarto con mi hermana Negin. Teníamos un armario para las dos y yo siempre me quejaba de que ella estaba usando mi espacio. Ella, en cambio, era muy dulce conmigo. Recuerdo cuando mi madre nos daba los *quroots*, esas bolitas de queso de yogur deshidratado que ahora trato de encontrar aquí en las tiendas que han montado unos afganos. A mi hermana no le gustaban tanto como a mí, así que yo, de vez en cuando, le robaba alguna. Cuando mi madre se enteraba, porque ella las contaba, me reñía. «Pareces un ratoncito, Rezwana», me decía. Siempre fue más estricta que mi padre.

¡Echo tanto de menos a Negin! Toda mi infancia es ella. Su nombre significa «piedra preciosa» y ella era así, diminuta pero llena de brillo y de fuerza. Todo el mundo decía que se parecía a mi madre cuando era pequeña, y era ingeniosa y vivaz. Y que yo me parecía más a mi madre de adolescente. Mi Negin era muy valiente. Yo no me atrevía a salir en bici fuera de nuestro jardín porque me

molestaban las miradas de los hombres. A ella le daba igual. No iba a renunciar a lo que le hacía feliz. Así que, cuando necesitábamos algo, ella siempre se ofrecía a ir en bici a buscarlo. Quería hacer lo que hacían los niños. Todos estábamos muy orgullosos de ella.

Entre nosotras había una conexión especial, una complicidad que hacía que nos entendiéramos sin palabras. Recuerdo cómo jugábamos en silencio para no despertar a mamá mientras dormía.

Nos mudamos a la nueva casa, antes de que estuviera acabada del todo, porque mi abuelo estaba enfermo de cáncer, había dividido la herencia entre sus tres hijos varones y, antes de morir, quería ver a todos ellos ya establecidos en su propia casa. Pero el dinero no bastaba para terminar las obras y así fuimos arreglando el resto poco a poco.

Mi abuelo era un buen hombre. Murió cuando yo tenía once años. Estaba muy orgulloso de mí. A todo el mundo le contaba que yo trabajaba en la tele y que era muy buena estudiante. «Rezwana está trabajando, Rezwana es la mejor de su clase… ». Y me hacía contar las cosas que aprendía en el cole a los vecinos. Me llamaba «mi querida Rezwana», algo que no es muy común en Afganistán, donde a los niños no se les hace mucho caso.

Es verdad que era buena estudiante, pero cuando estaba en sexto grado, al final de la primaria, me aburría en el cole y un día a la semana me ponía mala o, mejor dicho, encontraba una excusa para no ir. A pesar de todo, acabé el año con las mejores notas de mi clase. Recuerdo que la mañana en la que entregaban las notas ni siquiera fui al cole a recogerlas, me quedé en casa durmiendo un rato más. Cuando mi madre volvió a casa, vino a despertarme acariciándome el pelo y diciéndome que estaba muy orgullosa de mí. Había llorado en el cole cuando las profesoras le habían dicho que habían sido las mejores notas del curso. Me habían mandado incluso unos regalos: lápices de colores, bolígrafos, cuadernos… A partir de ahí, mi pasión por el estudio se volvió a despertar.

Cambié de cole tres veces. Las primeras dos porque buscábamos un lugar que estuviera más cerca del trabajo de mi padre. Luego, ya instalados en la nueva casa, empecé secundaria en un colegio donde conocí a Farzana, Tamana y Arzo. Fueron unos años maravillosos con ellas.

*

22 de septiembre de 2021. Compañeras de clase

«Estoy tan feliz de que estemos todas juntas aquí», escribe Rezwana, cerrando las frases con dos corazones, en el primer

mensaje del grupo de WhatsApp «Classmates». Lo formamos ella, sus amigas de infancia del colegio de Kabul y yo. Después de varios intentos, logramos, por fin, organizar una videollamada entre cuatro personas, tres países y tres husos horarios. Rezwana quiere que entienda el valor que para ella tiene ese grupo de amigas que creció creyendo que lo que las maestras les decían en el colegio era verdad: «Vosotras seréis el futuro del país».

> La nuestra era la mejor clase del instituto, no lo digo por mí, pero realmente nos gustaba mucho leer, éramos una buena clase. Tamana, Farzana, Arzo… Estábamos ilusionadas. Recuerdo cuando nos entregaban la bandera y cantábamos el himno nacional y realmente pensábamos en que éramos nosotras el futuro de Afganistán. Tamana era realmente buena cantando.

Tamana era la compañera de pupitre de Rezwana. En los pocos instantes en los que la conexión nos permite vernos en vídeo, aparece elegante con la cabeza cubierta por el velo. Es ya de noche en Kabul y ella habla bajito, con una voz muy dulce, para no molestar al resto de su familia. Un tono acogedor e intimista que contrasta con la desazón que impregna sus palabras: ha pasado poco más de un mes desde que los talibanes han reconquistado el poder en Kabul.

> Fui la primera en enterarme de que Rezwana dejaba el país y, cuando lo supe, lloré muchísimo. Por un lado, pensábamos que eran afortunados si conseguían irse, pero no quería que Rezwana nos dejara, era mi mejor amiga. Éramos tres en cada pupitre, ella, Arzo y yo, y Rezwana estaba en el medio. Cuando se fue no permitimos que nadie ocupara su sitio.
>
> Los que pasamos juntas fueron años felices. Eran los años en los que pensábamos que realmente podíamos ser lo que quisiéramos, estudiar para convertirnos en lo que deseábamos. Ya no. Yo estaba estudiando Lengua turca en la universidad y ahora llevo semanas encerrada en casa. Farzana, que estudiaba Ingeniería y compartía galería con un grupo de artistas que pintaban murales en los altos muros defensivos de los edificios, ahora está encerrada en casa. No me apetece ni abrir los libros ahora, qué sentido tiene leer si no puedo elegir mi futuro.

La única de las tres amigas que sigue trabajando es Arzo, enfermera en el hospital de Emergency, la clínica que nunca

ha cerrado en estos veinte años. Tras la toma de la capital, los talibanes entraron en su casa, se la llevaron y la retuvieron durante unas horas para que curara a los combatientes heridos. El logotipo de Emergency ha sido para toda mi generación uno de los símbolos del movimiento pacifista. Para los afganos es el lugar que ha curado las heridas y los horrores de más de cuarenta años de guerras. Su fundador, el italiano Gino Strada, murió dos días antes de que los talibanes volvieran a entrar a Kabul.

Cuando acabamos la llamada, Tamana, Farzana y Arzo empiezan a enviar en el grupo de WhatsApp las fotos que reúnen los recuerdos y las esperanzas de ayer y la realidad de hoy. Arzo documenta su día a día en el hospital, disculpándose por la crudeza de las imágenes. En uno de los vídeos que comparte se ve a un chiquillo postrado en la cama, al que ella desinfecta una herida abierta cerca de la sien, con una gran cicatriz que alcanza la mitad de su cráneo rapado. Es una herida de bala y es el resultado de un ataque talibán.

Tamara manda las fotos del cole que guarda en el ordenador: Rezwana aparece casi siempre en el centro de la imagen. Todas visten el uniforme con un pantalón largo, camisa caqui y un camisón marrón oscuro. Las cabezas las cubre un velo blanco. Todas llevan unas sandalias con calcetines, menos Rezwana que luce unas zapatillas de flores y una sonrisa pícara.

Farzana comparte las estampas que retratan la galería de su grupo de artistas. En las primeras se la ve pintando en los locales llenos de cuadros, en las últimas aparecen las esculturas rotas tiradas en el suelo, destrozadas por los talibanes:

> La gente quiere ir a Europa porque no está segura aquí. Nadie quiere dejar su país, yo amo a mi país, pero si no puedo estudiar, si no puedo vivir mi vida aquí, intentaré buscarme una vida segura en otro lugar. Por eso la gente se quiere ir a Europa, porque es un lugar seguro.

*

Un lugar seguro. Cuando decidieron emprender el viaje hacia Europa, Naseer llevaba tiempo sintiendo que Kabul había

dejado de ser un lugar seguro para él y su familia. Los atentados en la ciudad eran cada vez más frecuentes y los medios de comunicación se habían convertido en uno de los objetivos predilectos. El 11 de diciembre de 2014, un amigo suyo, cámara en otra cadena local, fue herido gravemente en un atentado suicida contra el Centro Cultural Francés de Kabul. Naseer fue a donar sangre para su amigo y en un post de Facebook pedía rezar por él. Pero Zubair Hatami murió a los veintidós años, el 21 de diciembre, tras diez días en coma.

> Yo no entendía todo lo que ocurría, era aún pequeña, pero empecé a pensar que papá tenía problemas por su trabajo. Recuerdo muy bien cuando murió ese amigo suyo, tras muchos días en el hospital. Su muerte le afectó mucho, aunque él no nos contaba todo lo que le pasaba. Fue varias veces a visitar a su familia, que vivía del trabajo de este chico.
>
> Durante la noche siempre intentaba escuchar lo que se decían mis padres cuando se quedaban solos. A veces escuchaba cosas bonitas, otras veces no… Mi padre tenía miedo. Cuando estaba fuera, siempre preguntaba si estábamos en casa y, en los últimos tiempos, intentaba llevarnos él siempre al cole.
>
> No sé si había recibido alguna amenaza, pero dos veces pasó que alguien entró en casa cuando no estábamos. No se llevaron nada. No sé qué buscaban. Y mi padre empezó a quedarse a menudo despierto por la noche. Creo que hay algo que no me contaron sobre lo que pasó en los meses previos a nuestra salida.

21 de septiembre de 2021. Nazruddin

Después de varias semanas de búsqueda, Rezwana localiza a uno de los mejores amigos de su padre, que trabajaba como periodista en la misma cadena. Como muchos otros compañeros de trabajo de Naseer, ya no está en Kabul. Abandonó Afganistán en 2017 y ahora vive en Ankara.

En la conversación a tres que mantenemos por teléfono, Nazruddin habla despacio para que Rezwana pueda traducir. En Ankara trabaja en una oficina inmobiliaria que atiende a la comunidad afgana. No se queja, pero añora los tiempos en los que salía con Naseer a grabar reportajes por todo Afganistán.

Uno de sus tres hijos tiene problemas neurológicos y a él le gustaría poder llevarle a Canadá o Estados Unidos, porque la

situación en Turquía es cada vez más complicada. Es el país que más refugiados ha acogido en los últimos años: solo de Siria han venido unos 3.6 millones de personas. La comunidad afgana asciende, entre solicitantes de asilo y refugiados con estatus reconocido, a unas 140 000 personas. Las mallas de acogida se han ido estrechando a medida que la situación económica y política turca empeoraba.

Nazruddin no ha intentado nunca cruzar el mar Egeo hacia Europa. A pesar de las dificultades que atraviesa, el recuerdo de su amigo Naseer le ha hecho rechazar los cantos de sirenas de los traficantes e intermediarios con los que se ha cruzado en estos años.

> Dejé Kabul porque los talibanes me habían metido en una lista de objetivos, había recibido amenazas. A Naseer también le habían amenazado, por eso decidió irse. Naseer era un tipo valiente. ¡Cuántas coberturas hicimos juntos! Investigamos sobre el tráfico de droga, sobre las divisiones étnicas; estuvimos en los frentes de batalla junto a las fuerzas internacionales… A veces salíamos de casa sin saber si volveríamos. Él amaba su trabajo, lo hacía con pasión. Un día estábamos con los soldados del ejército afgano y teníamos enfrente a los talibanes. Cuando estos se dieron cuenta de que junto a las tropas regulares había periodistas, empezaron a disparar hacia nosotros y Naseer no paró de grabar. Fue uno de nuestros mejores reportajes. Él siempre quería llegar hasta el final, hacer todo lo mejor que podía. Quería que su país progresara, que todas las nacionalidades tuvieran los mismos derechos.
>
> En los meses en los que Naseer decidió dejar el país, mucha gente se fue. Los talibanes habían dicho explícitamente que éramos un objetivo. Cuando salíamos del trabajo, cogíamos el autobús de la compañía que nos llevaba a casa y en el trayecto hablábamos mucho. Me había hablado de los dos intentos de robo, pero no estaba muy claro qué intención tenían los ladrones.
>
> Aún no puedo creer que esté muerto. Hay amigos nuestros que siguen pensando que está vivo, no pueden aceptar que haya muerto así. Unos meses después del accidente, uno de sus amigos dijo que estaba vivo y que estaba en Francia, pero es mentira. No sé por qué lo hizo. Quizá quería que todos nos sintiéramos mejor, porque la noticia del accidente nos había dejado destrozados.
>
> Recuerdo cuando vino a despedirse al departamento de noticias. Él —que era una persona solar, enérgica, a pesar de los problemas—, aquel día lloró.

La última publicación en el perfil de Facebook de Naseer es del 26 de mayo de 2015. Junto a la foto en la que aparece rodeado de sus amigos de la televisión, escribió: «Después de ocho años de trabajo, un día comiendo en calma. Adiós 1TV».

Tiempo después, su perfil se llenó de mensajes de amigos y compañeros preguntando por su paradero. El 2 de noviembre de 2015, cinco días después del naufragio, alguien escribió que Naseer y su familia habían sobrevivido y se encontraban sanos y salvos en Turquía.

*

A veces pienso que mis padres decidieron irse porque yo insistía. Yo escuchaba las noticias de los atentados y tenía miedo. Mi padre estaba preocupado por mi futuro y por el futuro de mis hermanos. Cuando nació mi última hermana y supe que era una niña —en mi casa no había diferencia entre hombres y mujeres—, yo estaba algo triste porque me preocupaba por el futuro que tendría siendo mujer. Yo era un poco como una segunda madre para mis hermanos; cuando mamá no estaba en casa, me encargaba yo de ellos. Mis padres me dejaron elegir el nombre de mi última hermana: Mehrumah, la luz de la luna. Ahora tendría siete años.

Un año antes de que nos fuéramos, mi padre había tratado de conseguir un visado para ir a Estados Unidos. Había logrado una cita para una entrevista en la embajada pagando mil dólares. Me enteré porque un día estábamos en casa de mis primos y mi madre pidió a mi padre que le acompañara al servicio. Los baños estaban fuera de la casa y había que cruzar el jardín y a ella le daba miedo ir sola. Yo quise ir con ellos. Y fue allí donde mi padre le contó a mi madre que sería complicado obtener un visado para todos. Podíamos ir mi madre, mis hermanos y yo, pero no mi padre, no entendí el porqué. Mi padre decía que era una buena ocasión, que luego él llegaría y que mientras tanto unos parientes que teníamos en Estados Unidos nos ayudarían. Pero mi madre no quiso: «O vamos todos juntos o nada». Teníamos la entrevista para el 12 de enero. El 12 de enero de 2014. No nos presentamos en la embajada. Unos meses después decidieron que salíamos todos juntos hacia Europa.

Para pagar el viaje vendieron la casa que con tanto sacrificio habían construido. Yo volaba de alegría porque por fin nos íbamos, mi madre lloraba desconsolada. Mi padre lloró después. Dos veces le vi llorar: cuando murió mi abuelo y cuando dejamos Afganistán. Para los hombres afganos es una vergüenza llorar y que te vean. Mi padre lo hizo en el aeropuerto. No quería, pero las lágrimas brotaban sin

que pudiera pararlas. Lloraba porque no sabía si volvería a pisar su país, pero sobre todo lloraba por haber dejado el trabajo que amaba.

Aparte de las cosas que mi madre decidió regalar a amigos y familiares, todo el resto lo dejamos en casa de unos vecinos. La vivienda tenía dos plantas y ellos se habían ofrecido a dejarnos una habitación para guardar nuestras cosas. Era una pareja joven. Eran primos. Él parecía tan moderno, pero luego no quería que su mujer saliera. Ella no había estudiado, se quedaba en casa todo el día y paría un hijo al año. Los conocíamos porque mi madre era peluquera e iba a su casa para peinar a la mujer: el marido no la dejaba salir, pero quería que se arreglara. Nos ayudaron, pero a mí entonces ya no me gustaban. Yo pensaba: ¿Por qué no la deja salir? No me gustaba ir a su casa, porque ni siquiera tenían televisor, no querían. Pero de alguna manera eran amables con nosotros y cuando nos fuimos nos ofrecieron esta habitación para guardar todo. Y nos compraron también nuestro coche, ese coche que mi padre tenía desde siempre, con el que habíamos hecho viajes y donde habíamos hasta dormido.

Dejamos allí también el traje de boda de mi madre. Hace un tiempo mi tía —la hermana de mi madre, a la que mi padre apreciaba mucho porque decía que era valiente, trabajaba fuera de casa y no les tenía miedo a los hombres— me preguntó si quería que fuera a casa de estos vecinos para recuperar nuestras cosas. Le dije que no e igual me equivoqué, pero no quería que nadie tocara nada, quería ser yo quien volviera a abrir las cajas.

Un día espero poder abrir aquella puerta, coger el traje de novia de mi madre y volver a oler su perfume en la ropa. Como cuando estábamos en casa y yo le decía: «Mamá, ven que quiero sentir tu olor».

En casa del tío Jaweed, el hermano de mi mamá, dejamos los álbumes con todas nuestras fotos y algunos vídeos de cuando mi hermana y yo éramos pequeñas. Ojalá un día pueda recuperar todo.

*

Salimos el 19 de octubre en avión hacia Teherán con escala en Dubái. Por ese primer viaje mi padre pagó 15 000 dólares y pactó pagar otros 35 000 para el trayecto desde Teherán hasta Alemania.

En Teherán nos quedamos una noche en un hotel que mi padre había reservado y luego salimos hacia Tabriz, una ciudad bastante grande de Irán. Llegamos de madrugada y allí tomamos un autobús hasta Maku, muy cerca de la frontera con Turquía. Llegamos hacia el mediodía. Con nosotros viajaban también dos chicos, uno era afgano seguro, el otro creo que iraní.

El hombre que mi padre había contactado para organizar el viaje le

había dicho que allí en la carretera, llegando a Maku, nos esperaría un coche de color blanco. Le dio el número de matrícula y le dijo que, cuando lo viera, tenía que pedir al conductor del autobús que parara. Y fue lo que hizo. En efecto, ese coche nos recogió y nos llevó por una carretera de montaña desangelada. Llegamos a un pueblo muy rural, un lugar muy pequeño donde nos quedamos seis horas y nos dieron de comer huevos cocidos.

Cuando llegó la noche vino la furgoneta que nos llevaría a la frontera. El trayecto fue corto, pero había mucha gente dentro, no se veía nada, todo se movía y chocábamos los unos con los otros. Mi madre lloraba y yo también.

Lo siguiente era cruzar la frontera con Turquía. Lo intentamos varias veces desde varios puntos. Pero siempre estaban los soldados turcos y entonces volvíamos al punto de salida, donde nos volvía a recoger el coche para llevarnos a otro sitio e intentarlo de nuevo. En teoría había que andar unos veinte minutos hasta llegar al lugar donde unos coches nos esperarían, ya dentro de territorio turco. Decían que se tardaba veinte minutos pero, claro, no si andabas con niños, como era nuestro caso. Yo además entonces tenía asma y no podía correr. Tenía un reloj y mi madre me lo quitó porque estaba mirándolo todo el rato y preguntando a qué hora hacemos esto, a qué hora esto otro. Y mi madre se ponía nerviosa: «No preguntes porque no está en nuestras manos».

Entre un intento y otro, estuvimos cerca de la frontera dos días enteros. De noche hacía un frío horrible; mi padre trataba de recolectar madera para hacer una hoguera y poder calentarnos. Una de las veces que intentamos cruzar los soldados turcos nos detuvieron y, de muy mala manera, nos devolvieron a Irán.

El último intento de cruzar la frontera fue de noche. Había mucha gente, muchas familias y chicos. Éramos como unas cuarenta o cincuenta personas. Había un pequeño río y recuerdo que lo cruzamos montados en las cámaras de aire de neumáticos grandes, como de camión. Tras alcanzar la otra orilla, tuvimos que seguir andando muy rápido. Mi padre insistía en que no nos quedáramos atrás, que intentáramos quedarnos en la mitad del grupo. Teníamos los pies machacados de tanto andar.

Al final llegamos al punto de recogida y nos subimos a una miniván a la que habían quitado los sillones para llenarla de gente. Yo pensé que habíamos pasado la parte difícil y que a partir de entonces las cosas serían menos complicadas. Mi padre estaba enfadado. Sostenía a mi hermana pequeña, que se había quedado dormida y nos decía a los demás que tuviéramos cuidado. Negin, con su alegría y vivacidad, fue un apoyo para toda la familia durante el viaje. En los días más duros, nunca se quejó, nunca dijo: «Estoy cansada»…

Recuerdo que algunos chicos intentaron tocarla en el autobús. Hubo personas buenas que nos ayudaron en el viaje y también hubo gente mala.

El trayecto fue corto, como media hora, pero todo el mundo gritaba y se quejaba porque estábamos tan apiñados que faltaba el aire. Luego nos cambiaron a otro autobús y nos llevaron hasta un pequeño pueblo de Turquía, donde nos quedamos dos noches. Nos hospedaron en una casa junto a otras personas. Nosotros éramos felices. Había sido difícil, pero lo habíamos logrado. Estábamos en Turquía y percibíamos con claridad la diferencia entre ese lugar y el pueblo iraní en la frontera, donde ni siquiera había electricidad. Mi padre llamó a Afganistán para decir que todo había salido bien. «Solo nos quedan seis países para llegar a Suecia», decía. Él quería ir a Suecia, no sé por qué.

Aprovechamos la espera para lavar la ropa y mi madre cocinó para nosotros y para otra gente que había allí. Yo la ayudé con la ropa, pero no quise cocinar. Estaba agotada y me eché a descansar en el rincón que mi familia había ocupado en esa gran habitación que compartíamos con más gente.

Dos días después salimos otra vez, muy pronto, por la mañana. Tardamos un día entero en llegar a Estambul y allí nos quedamos dos noches en un apartamento en la zona de Zeytinburnu, donde viven muchos extranjeros y afganos. Con mi madre fuimos a comprar ropa: ella había dejado muchas cosas en la frontera porque no podíamos cargar con todo. También necesitábamos zapatos nuevos para mí porque los que tenía se me habían roto en las idas y venidas, cuando intentábamos pasar de Irán a Turquía.

La siguiente etapa era ir hacia Esmirna. Viajamos en minibús toda la noche y llegamos a una especie de bosque con un riachuelo con muy poca agua. Para que los vehículos pudieran atravesar el río sin encallar hubo que aligerar el peso, es decir, los pasajeros tuvimos que cruzar el río caminando. Mi padre no quería que nos mojáramos porque hacía mucho frío y el agua estaba helada, cristalina pero helada. Así que nos llevó a hombros, uno a uno, a través del río. Los demás no se preocupaban por su familia, pero él sí.

Nuestro minibús se estropeó y no podía cruzar. Tuvimos que esperar más de dos horas hasta que llegó alguien a arreglarlo. Me acuerdo de que, durante esa espera, mi madre nos dio los cepillos de dientes para que nos laváramos. Y si lo pienso ahora… Las cosas que uno hace sin saber lo que pasará poco después.

Cuando el minibús volvió a arrancar, tardamos otras dos horas en llegar a una colina muy cerca del mar, donde nos dejaron para seguir andando hasta la playa en la que teníamos que subir al barco para cruzar hacia Grecia. Era miércoles. Mi padre, durante el

trayecto, estaba muy enojado. «He vendido mi casa, todo lo que tenía, trabajé quince años para tener una casa y ahora estamos aquí… He pagado mucho más para el viaje y ni siquiera tenemos asientos, ni agua, ni comida para mis niños», decía.

En ese lugar donde nos dejaron había muchísima gente, la mayoría eran sirios. Había también otros afganos y algunos estaban jugando a las cartas. Mi madre dijo: «Ves, la gente disfruta de este viaje, pero para nosotros parece una pesadilla». Teníamos mucha sed y una familia nos dio agua. Nunca olvidaré las caras de esa gente que nos ayudó cuando teníamos sed.

Mi padre había pagado para que cruzáramos hacia Grecia con un barco más grande y no una lancha. Pero cuando llegamos vimos que era un barco de madera muy viejo. Él se había imaginado otra cosa. Pensaba que nos subiríamos a un barco grande, seguro y también por eso —y porque eran muy caros— no habíamos comprado chalecos salvavidas. Ninguno de nosotros lo llevaba.

*

14 de octubre de 2021. Shakira

Para reconstruir la historia de los últimos años, Rezwana ha pasado meses rebobinando recuerdos. Durante una de nuestras primeras charlas en Atenas, apuntó un listado de nombres en un folio de mi libreta. Esos nombres unen puntos lejanos del mapamundi y todos juntos tejen un entramado en el que están la familia, la confianza, la lealtad y la amistad. Es una red fuerte y a la vez frágil por las distancias que dificultan la comunicación, por las cautelas que levantan muros, por el dolor que empaña los recuerdos. Como las lágrimas que entrecortan la voz de Shakira mientras me habla, desde Canadá, de su hermano Naseer.

En 2003 un programa de reasentamiento permitió a Shakira mudarse de la India a Canadá con su esposo, del que se divorciaría poco después. En 2007 pudo volver a Kabul tras quince años y vio, por primera vez, a Rezwana y a su hermana. Volvió siete años después, meses antes de que Naseer decidiera que había llegado el momento de dejar el país. Hacía años que no podían verse todo lo que hubieran querido, desde los tiempos en los que estuvieron juntos en la India, y ambos ansiaban esos rencuentros.

Tenían una casa muy buena en Kabul. Mi padre tenía una gran casa y antes de morir dividió el dinero en tres partes para los tres hermanos. Lo usaron para construir cada uno su vivienda. Naseer había construido una buena casa y tenía un buen trabajo, una buena vida. No eran ricos, pero estaban bien. En el jardín hasta había plantado unos frutales.

En 2014-2015 la situación empezó a ser muy mala. Había ataques, atentados… Él era cámara, y a todos los de su generación que trabajaban en los medios los talibanes les amenazaban, les ponían bombas. Me contó que un amigo suyo le había dicho que era mejor que se fuera, que le iban a secuestrar a él o a los niños, porque había trabajado en investigaciones sobre los talibanes, pero también sobre el Gobierno, sobre temas de corrupción.

También me contó que había entrado gente en su casa, pero tampoco sé exactamente qué pasó, solo sé que la situación en Kabul no era buena. En aquel momento todo el mundo se quería ir. Y fue cuando se abrieron las puertas en Europa. Todos le pedíamos que no fueran por mar, que tenían a los niños pequeños y podría ser peligroso, pero Naseer decía que había pagado más dinero, mucho dinero, para que fueran en un barco más grande y seguro.

Cuando llegaron a Turquía llamé a mi cuñada, la madre de Rezwana, y ella estaba aterrorizada. «Tengo miedo, no sé qué va a pasar, no me siento bien con esto. Reza para que lleguemos sanos y salvos», me decía. Fue la última vez que hablé con ella. He rezado mucho y he llorado mucho. Mi cuñada era una mujer muy dulce y a mi hermano le quería todo el mundo, era un hombre amable, que adoraba a su mujer y a sus hijos.

Cuando mi madre supo del accidente enfermó y murió hace tres años. Murió por esto, murió de dolor. Ella supo todo desde el principio, pero a la madre de mi cuñada no se lo han dicho. Ella sigue creyendo que han llegado a Europa.

Nadie en mi familia quiere creer que Naseer está muerto y esperamos que un día pueda volver.

¿Te ha enseñado Rezwana la foto? Es una foto que alguien publicó en Facebook después del naufragio y decía que Naseer se había salvado. En la foto se ve a un hombre que se parece a mi hermano y tiene a un niño en sus brazos. Se la enseñé a Rezwana, pero ella siempre ha dicho que no es él. Que además su padre iba vestido de otra manera. Nosotros le decimos que igual se había cambiado, pero ella dice que no, que no es Naseer. Te mandaré ahora la foto. Queremos creer que al menos él está vivo. No sabemos dónde, en qué ciudad, si ha perdido la memoria… Para los demás no tenemos esperanza, pero igual mi hermano consiguió salvarse.

No sé de dónde sacaron esta foto, si es de la policía o alguien que

estaba allí, pero te la mandaré porque ese hombre se parece mucho a Naseer…

Shakira me envía dos fotos nada más colgar el teléfono. Una es una imagen de Naseer junto a un amigo suyo en Kabul, en lo que parece la habitación de un palacio noble. Están sentados sobre sillones de madera tapizados de terciopelo rojo y separados por una pequeña mesa de cristal apoyada en una escultura formada por dos espadas cruzadas. Del cuello de Naseer cuelga su cámara fotográfica. En la otra imagen, se ve a un grupo de personas con chalecos salvavidas que intentan bajar de una lancha a la orilla del mar, y en primer plano hay un hombre joven que sujeta a un niño o quizá una niña. La imagen no es nítida porque es el recorte de un pantallazo del ordenador. Pero Shakira quiere creer que se trata de Naseer y de Negin.

15 de octubre de 2021

Hay familiares de Rezwana que siguen aferrados a la foto borrosa que Shakira me envió por un mensaje de WhatsApp. Por cómo está tomada, por lo que se ve, por la forma en la que la gente intenta abandonar la embarcación a orilla del mar, intuyo que capta el momento del desembarco —siempre caótico— de una lancha neumática, como algunos de los que vi en Lesbos. Pero, en contra de lo que sugiere la evidencia, el empeño de Shakira por alimentar la esperanza me empuja a buscar más, a no dejar al menos este cabo suelto.

A pesar de la verosimilitud de esa cara desencajada por la angustia, Rezwana está convencida de que el hombre que aparece en primer plano no es su padre.

No es mi padre, se lo he dicho a la tía, no quiere aceptarlo.

La única manera de despejar cualquier duda es saber de qué cámara salió esa foto. La vuelvo a mirar y me asalta un fogonazo: en octubre de 2015 pasaron por Lesbos decenas de reporteros, pero, antes siquiera de pensar en hacer una búsqueda por imagen en Google, se me viene un nombre a la cabeza. Hace unos días fui al cine para ver *Mediterráneo*, la película sobre aquellos meses dramáticos en las islas griegas vistos a través de la mirada de los voluntarios de la ONG Open Arms. Uno de los personajes que aparecían en pantalla era el fotorreportero español Santi Palacios. Con Santi nos cruzamos en Idomeni en marzo de 2016, cuando el nombre de esa localidad, en la frontera entre Grecia y Macedonia, se hizo famoso por los miles de refugiados que estuvieron durante días varados en una explanada en medio de la nada, bajo la lluvia y empantanados en el barro. La UE acababa de dar actuación al acuerdo alcanzado con Turquía unos días antes del naufragio del 28 de octubre, para parar las llegadas desde el Egeo. Se cerraba la llamada ruta de los Balcanes por la que, a lo largo de 2015, habían llegado a Europa más de 800 000 personas.

Buceo en el archivo de Associated Press y allí está la foto, fechada el 28 de octubre de 2015, firmada por Santi Palacios. Recupero su número y le mando inmediatamente un mensaje al móvil. Quedamos en vernos lo antes posible, en cuanto él pase por Madrid.

*

5 de noviembre de 2021. Santi

Santi me cita en el Centro Internacional de Fotografía y Cine en Madrid, donde va a dar una clase. Mientras me acerco andando desde la parada de metro de Menéndez Pelayo, no muy lejos de la estación de Atocha, pienso en todas las coincidencias fortuitas que me han llevado hasta aquí, en todos esos hilos invisibles que conectan personas e historias aparentemente lejanas, en todos esos puntos sueltos que, juntos, se unen y restituyen una imagen inesperada. Es un pensamiento que me acompaña constantemente desde que Rezwana y yo decidimos trabajar en la memoria de estos últimos años.

En el aula vacía en la que nos sentamos, resuena el tic tic tic rápido del teclado de su ordenador en el que me enseña, una tras otra, las centenares de fotos disparadas el 28 de octubre de 2015. Como una película a cámara lenta, fotograma tras fotograma, aparece en la pantalla el resumen gráfico del día más trágico de aquel otoño en el Mediterráneo oriental. Un día que empezó como muchos otros en Lesbos, con las lanchas neumáticas que no paraban de llegar a tierra a pesar de la mala mar que había ya a primera hora. Vamos repasando las fotos, para ver el antes y el después de aquella imagen que para Shakira sigue encarnando el deseo de que su hermano esté vivo, perdido sin memoria en algún lugar de Europa o paralizado por el sentido de culpabilidad, pero vivo.

Allí está la foto.

Es efectivamente del 28 de octubre, pero la tomé en torno a las once de la mañana. Es de las llegadas de gente que sí alcanzó la isla ese día. Llegaban muy mal, muy asustados, porque había muy, muy mala mar.

Están aquí todos los archivos brutos del 28 de octubre. Nunca los he vuelto a mirar enteros. Aquí hay miles de fotografías. Esto no lo enseño jamás, pero no tengo ningún problema, solo ten en cuenta que nos metemos en la trastienda… Ni siquiera yo los he mirado y son miles de archivos. Hay mucha repetición de disparo muy rápido.

Las primeras fotos son de las 7:43 de la mañana e incluso me parece raro que empezáramos tan tarde, porque normalmente salíamos mucho más temprano, pero a saber, a lo mejor ese día no había nada más temprano. Ya había una mala mar terrible.

Yo llevaba ya casi medio año allí. Había llegado a principios de junio. Hubiera querido ir antes pero no había podido porque siempre estaba en otros sitios. Allí las primeras llegadas, como nos contaban los vecinos, empezaron en los noventa.

Mira. Estas son de las 9:43. De aquí en adelante, son las embarcaciones que llegaron por la mañana. 10:45. Aquí estamos. Aquí está la lancha.

Te voy a sacar toda la secuencia.

*

Rezwana siempre tuvo razón. El hombre de la foto no es su padre. A las once de la mañana el barco en el que iban a subirse ni siquiera había salido de Turquía. Y el naufragio ocurrió por la tarde. Exactamente a las 15 horas, 10 minutos y 45 segundos. Es la hora que registró el GPS del *smartphone* de uno de los supervivientes, que había compartido su ubicación con unos amigos para que le pudieran seguir la pista durante el viaje. El dispositivo quedó inutilizado nueve minutos después del hundimiento del barco, cuando el agua entró en la funda de plástico azul que lo protegía y que colgaba del cuello del chico que intentaba mantenerse a flote enfundado en un chaleco salvavidas color naranja.

La imagen quedó registrada en la pequeña cámara sumergible con la que una amiga del chico grababa la travesía que habían emprendido juntos desde Turquía. Esa grabación fue la que permitió, tiempo después, documentar qué pasó aquel 28 de octubre, cómo el barco se hundió en aguas territoriales griegas en un brazo de mar que estaba fuertemente vigilado y por qué la muerte de decenas de personas podía haberse evitado. La chica, que entonces tenía veintisiete años, también sobrevivió.

Se llama Amel Alzakout y vive en Alemania con su pareja, Khaled Abdulwahed, ambos cineastas sirios. Se conocieron en

Estambul, adonde llegaron en 2013 huyendo de la interminable guerra en su país. Al poco tiempo, decidieron que no querían quedarse en Turquía. Una oportunidad llegó cuando Khaled recibió una invitación de la Berlinale para viajar a Alemania, el destino final soñado por la pareja. Una vez que él llegara a Berlín, solicitaría el asilo y la reunificación familiar. Arreglaron los papeles en un despacho de abogados de la diáspora siria en Estambul con un contrato que les certificaba como un matrimonio.

Pero los dos años de limbo burocrático en Turquía se le hicieron insoportables a Amel. Decidió, junto a su amigo, cruzar el Egeo y emprender la ruta de los Balcanes. Contactar con los intermediarios de los traficantes fue fácil: los viajes de la desesperación eran un negocio boyante en Turquía aquellos meses. Amel esperó hasta que pudo enviar a Berlín a su gato, del que no se había separado desde su huida de Siria. Lo mandó en avión, con un conocido. Luego vendió todo lo que había acumulado en sus dos años de estancia en Turquía para reunir más dinero y poder negociar, pagando más, la garantía de un viaje en un barco más seguro, exactamente como había hecho el padre de Rezwana.

6 de octubre de 2021. Amel

Habíamos pagado 2500 dólares para subirnos a un barco de madera que, nos habían garantizado, sería más seguro. En el minibús en el que viajamos hacinados desde Estambul hasta la costa, la mayoría éramos sirios e iraquíes. El minibús iba escoltado por un coche patrulla de la policía que en un momento dado se plantó y nos obligó a detenernos. El conductor nos explicó que, para dejarnos seguir, había que dar más dinero a los agentes. Llamamos al intermediario para contárselo y él me contestó que podíamos decidir nosotros si dárselo o no. Nos negamos. El hombre se enfadó y empezó a tratarnos como animales, nos tiraba nuestras cosas de un lado a otro, me lanzó mi mochila a la cabeza. Una bestia. Al final nos dejaron pasar. Él era turco, mientras que los intermediarios eran cada uno de la nacionalidad del grupo al que atendían: los iraquíes con los iraquíes, los sirios con los sirios y así…

Nos habían dicho que solo seríamos cuarenta en ese barco, por el que habíamos pagado mucho más. Cuando llegamos, vimos que no era así. Pero el mediador nos había avisado de que no podíamos

hablar con nadie. No había nada que hacer.

Mi amigo y yo subimos al piso de arriba del barco. Cuando empezó a moverse mucho, a ser inestable, sentimos que algo iba mal. Enseguida escuchamos los gritos de la gente que estaba en la parte de abajo, los rezos, los niños llorando. Vimos que empezaban a lanzar las mochilas al mar. Pensé que realmente estaba pasando algo horrible porque normalmente lo que uno intenta hacer es todo lo contrario, retener las cosas más importantes. Y allí lo estaban echando todo al mar.

Desde que salimos hasta que el barco se rompió pasaron como mucho quince minutos. Había una embarcación de Frontex —la agencia europea de control de fronteras— que estaba en la zona desde el principio. No sabíamos de qué país era, luego descubrimos que tenía una bandera noruega… No hicieron prácticamente nada. Solo al final ayudaron un poco en el rescate. Yo pensaba que estábamos en aguas internacionales, y luego descubrimos que no.

Había mucha gente en el agua, pero luego empezaron a desaparecer. Yo también estuve a punto de dejarme llevar por la corriente, mientras veía a mi alrededor a la gente que se cansaba y se hundía.

Entre cinco nos agarramos a un flotador y al final nos rescató la guardia costera. Cuando me subieron al barco perdí el conocimiento y me desperté cuando estábamos en el puerto y ya era de noche. Perdí el sentido del tiempo por un buen rato.

En el puerto de Molyvos la gente nos dio ropa para cambiarnos. Fuimos casi los últimos en llegar y nos acercamos a la iglesia cerca del puerto donde habían alojado a la gente. Queríamos saber si los que viajaban con nosotros estaban bien. En la iglesia ya no había más sitio y habíamos decidido dormir fuera, en la calle, con unos cartones. Al rato vino un chico sirio que estaba echando una mano como voluntario y nos dijo que había una habitación libre en su hotel.

Pero luego llegó otro barco con familias y niños y corrimos para ayudarles. Cuando todo acabó nos fuimos a ese hotel.

Amel fue rescatada a las 17:30, más de dos horas después del naufragio. La cámara de las dimensiones de una pequeña linterna, que Amel había atado a su muñeca para esconderla de la vista de los traficantes, había seguido grabando durante toda esa tarde. A trompicones, pero lo había hecho. En total son casi tres horas de grabación. Un testimonio trágico de gran valor documental. Pasaron semanas antes de que Amel se diera cuenta de todo lo que había registrado. No se atrevió a

ver las imágenes hasta que consiguió llegar a Berlín.

Mientras vuelve a compartir conmigo los recuerdos de aquel día, su gato, el que llegó en avión a Alemania mucho antes que ella, pasea por el salón de su casa, en Leipzig. De fondo se escucha a ratos la voz de la pequeña Yuna, la niña de Amel y Khaled que nació hace tres años.

> Dos días después del desembarco, el tiempo que tardé en conseguir el documento que me permitía dejar Lesbos, fui a Atenas en avión. Unos amigos de Berlín habían contactado con otros conocidos para que me recibieran y me alojaran en su casa. Después de una semana allí, le dije a Khaled que no iba a esperar más, que iba a ir andando hasta Alemania. La ruta de los Balcanes seguía abierta.
>
> Después del naufragio, como les pasa muchas veces a las víctimas de un trauma, al principio no me fijaba en los detalles y tenía esa sensación de estar agradecida por haber sobrevivido. Y sentía esa energía, esa voluntad de decir: «Sí, iré y llegaré a Alemania». Pero el camino fue muy difícil porque yo no era consciente de lo que suponía meterme en esa ruta. Era terrorífico, cansado… La gente en estas situaciones lucha por su supervivencia y todo fue realmente muy duro. Desde las cosas más obvias, como no tener baños y ver a la gente que hacía sus cosas donde fuera. Para mí eso era horrible.
>
> Estuve en la ruta cuatro días y medio, pero fue como un mes, un viaje muy largo. Aunque cuando tienes la esperanza de llegar sigues, a pesar del frío, del miedo y de las humillaciones… Una vez en la frontera con Macedonia había un policía que trataba de ser el más listo de todos y me preguntó: «Tú eres de Siria y entonces sabrás cuántos puertos hay en Damasco». Y yo le dije que no había puertos en Damasco, no hay mar en Damasco. Él insistía: «¡¿Sí?! Pues no eres de Siria». Le repliqué que era de Damasco y en Damasco no había puertos. Y entonces él me gritó: «¡Hay siete!». Allí entendí que quería decir puertas y no puertos, pero él seguía diciendo «ports» en lugar de «doors». Fue humillante. La gente no te cree y te mira de esa manera…, para mí fue humillante.
>
> Quince días después de llegar a Alemania, pedí el asilo y fue muy duro, la burocracia es muy dura. Me libré de tener que vivir en un campo de refugiados porque para la ley éramos un matrimonio. Sin embargo, cuando nació mi hija nos dijeron que la documentación que teníamos no valía porque la habíamos firmado en Estambul con abogados de grupos opositores al régimen sirio. Tardé año y medio en obtener el asilo.

Khaled tardó en ver entera la grabación de la cámara de Amel. Si para ella volver a verse en pantalla había supuesto revivir el

shock, para Khaled se hacía insoportable pensar en el peligro al que se había expuesto su pareja para poder reunirse con él en Alemania.

Pasado el miedo y la rabia, enfocaron sus esfuerzos en usar esas grabaciones para denunciar lo ocurrido. Para blanquear el papel de las autoridades europeas, la narrativa oficial había centrado el foco exclusivamente en los traficantes sin escrúpulos. Había llegado el momento de repartir la responsabilidad por las muertes que se iban acumulando en aquel brazo del Mediterráneo.

Khaled estaba en contacto con el equipo de Forensic Architecture, un grupo multidisciplinario de investigadores independientes de la Universidad Goldsmith de Londres, que llevaba años trabajando sobre casos de violaciones de derechos humanos y abusos en todo el mundo. A partir de las imágenes grabadas por Amel y de otras fuentes abiertas disponibles, Forensic Architecture elaboró una pieza de veintitrés minutos que reconstruye con minuciosidad lo ocurrido en el barco de madera donde viajaban Amel, Rezwana y, al menos, otras trescientas personas.

El análisis del GPS permitió establecer que cuando el barco se hundió había ya entrado en aguas territoriales griegas, lo que devuelve la responsabilidad de la operación de rescate a las autoridades helenas y europeas.

*

El Peter Henry Von Koss —el buque de bandera noruega que opera bajo el mando de Frontex— es el primer barco en llegar a la zona del naufragio. A las 15:42 despliega una lancha para acercarse a los náufragos que siguen agarrados a trozos de madera desde hace media hora. Mientras tanto, se une el barco de la guardia costera griega Lambro Panther 57 MKII.

Los investigadores de Forensic Architecture, como corroboran los testimonios de los voluntarios que contribuyeron aquel día a las operaciones de salvamento, subrayan que ninguno de los buques de las autoridades europeas estaba preparado para enfrentarse de forma eficaz a una operación de rescate: en el caso del Peter Henry Von Koss se trata de un buque construido para operar en alta mar y su hélice a la vista supone un riesgo.

Además, su casco —y el de los patrulleros de la guardia costera— es demasiado alto para sacar a las personas del agua de forma segura.

El tiempo pasa, la corriente arrastra a los náufragos lejos del lugar del hundimiento. Todo queda grabado por el fotógrafo irlandés Richard Mosse, quien, desde el norte de Lesbos, registra la escena con una cámara termográfica desarrollada por el Ejército estadounidense. En la costa también está Eric Kempson, el británico residente en Lesbos que me puso en contacto con Charly y que lleva meses grabando las llegadas de barcos a la isla.

En sus vídeos se ve la aparición de dos motos de agua de los voluntarios de la ONG española Open Arms. Los vehículos habían llegado pocos días antes y no había ni una rampa para bajarlos al mar: cuando se desata la emergencia, los voluntarios tienen que trasladarlas a mano hasta el agua. Su intervención es crucial porque, en ese momento, son los únicos equipados y preparados para una operación de rescate de esa envergadura. A ellos se unen una decena de barcos de pescadores turcos y helenos.

Cuando las motos se aproximan a los supervivientes, ha transcurrido ya más de una hora desde el naufragio.

Amel recuerda la frustración de ver al barco de Frontex no hacer nada durante tanto tiempo. Un sentimiento que se torna en rabia y miedo cuando, una hora y media después del accidente, un helicóptero militar sobrevuela sus cabezas, dificultando aún más el rescate. El ruido producido por las palas del rotor ahoga los gritos de los náufragos y genera un movimiento de aire que agranda las olas. Mientras la gente a su alrededor va desapareciendo bajo el agua, Amel se da cuenta de que están grabando la escena desde el helicóptero. Es el único momento en el que levanta conscientemente el brazo al que tiene atada la cámara para grabar a su vez aquel sinsentido.

Cuando los investigadores de Forensic Architecture pidieron después visionar las imágenes grabadas desde lo alto, la petición fue rechazada.

*

25 de octubre de 2021. Oscar Camps, Open Arms

Empecé a interesarme por la labor de Oscar en Lesbos antes incluso de que naciera Open Arms. Su trabajo no solo salvó vidas, sino que permitió crear un relato que intentaba que los lectores empatizaran con los náufragos a través de los ojos de los socorristas. Para los reporteros que estábamos allí, se trataba de romper el muro de la tragedia rutinaria, ese acostumbrarse —con un mohín de indisimulado aburrimiento — a las noticias más trágicas.

Oscar decidió viajar a Lesbos como socorrista voluntario cuando vio la imagen del pequeño Alan tendido en una playa turca. A las pocas semanas de llegar a Grecia, se produjo el naufragio del 28 de octubre de 2015.

> Cuando llegamos a la zona donde se había hundido el barco había viento fuerza siete. Veíamos un barco de la guardia costera y siete u ocho personas alrededor. Cuando dimos la vuelta al patrullero, nos dimos cuenta de la inmensidad de la tragedia. Podía haber trescientas personas, tuve la sensación de que había sido como un accidente aéreo, como si se hubiera caído un Airbus.
>
> Todo flotaba y con la hélice del sistema de propulsión de las motos nos quedábamos enganchados. Íbamos con cuidado, intentando buscar a los niños. Nos lanzamos a cogerlos de los brazos de sus padres y los subíamos a las motos, tres, cuatro, los que podías, y eran los que más fácilmente conseguíamos subir luego al barco de los guardacostas o de Frontex, que tenía allí ese buque que no era de salvamento ni nada. Era como un oceanográfico pequeño y era muy difícil subir a las personas allí. En la popa tenían un balconcillo de hierro y era muy duro porque nos chocábamos y se rompía la moto.
>
> Tenían una lancha auxiliar muy pequeña e iban tres policías a bordo y no cabía nadie más. Yo les decía que se tenía que quedar uno solo en la lancha, pero no nos hacían caso. Estaban desbordados. Al final, ni siquiera cogían a las personas que les acercábamos en moto. Y los guardacostas estaban desesperados, obnubilados… Tenían a niños en parada cardiorrespiratoria y fueron nuestros voluntarios los que tuvieron que hacer las maniobras de reanimación. Los guardacostas no tiraban las balsas, solo los chalecos salvavidas… Luego llegó ese helicóptero y no tiró ni una lancha, no sé si estaban grabando, pero no hicieron nada y el rotor molestaba.
>
> Si no hubieran intervenido los pescadores, que son profesionales del mar, habría muerto muchísima más gente. Cuando nos acercábamos

al barco ya habían puesto una red para que no me golpeara, me ayudaban con un palo para agarrarme a la vez que me daban palmadas en la espalda para animarme. Sacamos a mucha más gente.

Después de coger a los niños volvíamos a por los padres y ya no estaban porque el mar se movía muy rápido y se iban alejando. Todos nos movíamos por la corriente y nos íbamos alejando del canal por la deriva. Los padres no tenían fuerzas para agarrarse y cuando arrancabas la moto para ir hacia el barco se caían, solo te podían mirar, estaban agotados y se iban hundiendo… Después de aquel día y cuando en el puerto vi a los niños solos, tomamos una decisión muy importante: rescatar a familias enteras o dejar morir a familias enteras. Nunca más vamos a rescatar a niños solos. En diciembre hubo otro naufragio, sacábamos a las familias enteras, cogíamos hasta a la abuela, y luego íbamos a por otros. Fue la decisión más dura, pero es una regla que nos dimos y que seguimos poniendo en práctica.

Aquella tarde me caí de la moto dos veces, y me encontré rodeado de gente que me agarraba y no me soltaba. Me quedaba agarrado a la moto por una rejilla porque sabía que si la perdía sería un náufrago más a la deriva. Me tenían cogido por la espalda, por detrás, y yo me intentaba zafar. No lo logré hasta que me quité el chaleco salvavidas, que hizo que se quedaran atrás, y yo pude salir empujando y dando patadas, para subirme a la moto. Cuando volví para rescatarles, de los siete u ocho que había, quedaban dos o tres. Se iban ahogando, murieron muchos, muchos niños. Sé que eran niños por los chalecos sueltos que había. Los niños nunca iban con chalecos de su talla y cuando se morían y se quedaban inertes se salían del chaleco, que seguía vacío flotando. Había muchísimos chalecos sueltos flotando.

En la turbina enganché el cuerpo sin vida de un bebé de un año, un año y medio, tuve que sacarlo estirándole los pies. Fue horrible, espantoso. Es como si fuera ayer. Esto no se te olvida en la vida. Es como una guerra. No es lo mismo ver a gente muerta o a personas que se están muriendo. Yo he visto hundirse a bebés mientras les salían burbujas y con los ojos fijos te miraban y no llegabas a ellos porque llevabas el chaleco y querías bucear para cogerlos y no podías porque si te quitabas el chaleco ya era tarde.

No paramos de recuperar a gente hasta que se hizo de noche.

Gerard, mi compañero que estaba allí, tiene una hija que entonces tenía un año y medio, y solo cogía a niñas… Fue todo muy emocional. La cuestión emocional te bloqueaba e ibas en modo automático y ya no mirabas nada, porque sabías que estabas dejando morir a mucha gente. Navegábamos entre cadáveres. Era muy difícil

llegar a todas partes, con las motos podíamos acercarnos, pero los barcos no entraban, rescataban a los que estaban en el perímetro. Los guardacostas rescataban a poca gente porque no podían. Recuerdo a uno que lanzaba un cordel para que la gente se cogiera, pero era imposible porque estaban exhaustos.

En aquel momento en el agua estábamos las dos motos, un patrón y un rescatador por moto. Los rescatadores se quedaron en el barco de los guardacostas para hacer las maniobras de reanimación porque la gente se iba ahogando. Los noruegos tenían en un camarote una montaña de cuerpos y los iban apilando, no tenían herramientas para reanimación, no tenían oxígeno. Un desastre. Yo salí de ahí muy tocado.

Hice unas declaraciones por la noche que luego publicó el *New York Times* y fui muy duro con los guardacostas y muy duro con Frontex porque fue vergonzoso, ellos eran los que tenían que dar una respuesta a este naufragio y fueron los más inadecuados. Eso sí, cañones de agua sí tenían. Todo estaba equipado para disuadir, nada para ayudar en un rescate.

Nosotros en aquel momento solo teníamos las motos de agua que se rompieron y quedaron destrozadas. Cuando acabamos ya era de noche y no teníamos luces, no sabíamos ni siquiera hacia dónde estábamos yendo. Por suerte escogimos el lado bueno y alcanzamos Lesbos con la gasolina justa.

Habíamos aterrizado en la isla el 16 de septiembre. Las motos habían llegado una semana antes del naufragio, pero solo pudimos sacarlas el día anterior y en contra de la voluntad de los guardacostas. Aunque luego, después de ese naufragio, nos llamó el primer ministro Alexis Tsipras y nos felicitó. Y nos empezaron a asumir como un grupo más en las tareas de rescate. Lo que realmente nos impactó fue ese naufragio… La imagen del niño Alan nos activó y nos hizo llegar a Lesbos, yo tenía un hijo que entonces tenía la misma edad de ese pequeño. Pero lo que realmente nos impactó y nos hizo seguir e ir a más fue ese naufragio del 28 de octubre.

Recuerdo que al día siguiente por la tarde llegó otro barco con doscientas personas encerradas en la bodega con una cadena y el barco iba solo, no lo llevaba nadie. El timón estaba atado con una cuerda y el barco se dirigía hacia las rocas. Conseguimos rescatarlos.

*

El día después del naufragio, la indignación de Oscar Camps contra Frontex llegó hasta las páginas del *New York Times*, que citaba frases de la entrevista publicada por *El Mundo*: «Solo

son policías del mar, no saben salvar gente. Nos dimos cuenta de que ni siquiera sabían hacer maniobras de reanimación. Eso ayer costó vidas. Tuvo que ir uno de nuestros socorristas a su barco para hacerlo». Su testimonio coincidía con el de los supervivientes y el de otros voluntarios.

Una portavoz de Frontex salió a desmentir las acusaciones de inacción y falta de preparación para las operaciones de salvamento. La agencia europea para el control de las fronteras emitió un comunicado titulado *El buque de Frontex desempeña un papel clave en el rescate de cientos de personas frente a las costas de Lesbos.* En el texto la agencia se atribuyó el salvamento de 120 de los 242 supervivientes, sin hacer ni una sola mención a la labor de los rescatistas de la ONG española, ni de los barcos de pescadores que actuaron esa tarde y se quedaron intentando encontrar a gente en la mar hasta bien entrada la noche.

«El Peter Henry Von Koss está especializado en operaciones de búsqueda y rescate con una tripulación entrenada para participar en este tipo de misiones marítimas. Desde que se unió a la operación Poseidón Mar en julio, el buque noruego rescató a más de 2000 personas», rezaba la nota de prensa.

Hay otros números que no aparecían en ese comunicado: octubre de 2015 fue el mes que registró el mayor número de llegadas a través de la ruta del Mediterráneo oriental. Entraron a Grecia 211 663 personas. Entre 2015 y 2016, al menos 1200 murieron.

*

Amel usó la grabación de su pequeña cámara una vez más. Junto a su pareja firmó el documental *Purple Sea*. Durante sesenta y siete minutos, las palabras en primera persona de Amel, sus pensamientos, sus sensaciones, sus miedos, acompañan a las imágenes grabadas a ras de agua, hundiéndose a ratos para luego volver a emerger, exactamente lo mismo que les estaba ocurriendo a las decenas de personas tiradas en el mar.

Si Forensic Architecture reconstruía el naufragio siguiendo el método de una autopsia policial, el relato subjetivo de *Purple Sea* añadía lo que se había quedado fuera: la perspectiva de

una superviviente que podía contar lo que vivió allí, en medio del agua.

Durante unos interminables minutos, la cámara se sumerge y devuelve la imagen de los cuerpos de los náufragos que tratan de mantenerse a flote, el movimiento desordenado de las piernas enfundadas en unos vaqueros, en un chándal, en una camiseta azul con mariposas de colores… Con la piel de las manos bajo el agua cada vez más lívida. En ningún momento en el documental se ven caras.

> No quise mostrar sus rostros por dignidad, porque yo misma, cuando estaba en el agua, me sentía muy humillada. Yo no quiero ser solo una víctima, lo soy… Pero tenía una vida antes y la tengo ahora. Algunos desafortunadamente ya no la tienen. Y esta fue la razón principal.

La voz de Amel llega con un timbre calmado y dulce a través de las videollamadas que intercambiamos. Me dice que su padre, que no quiere salir de Siria, rompió a llorar cuando le contó la historia de Rezwana. Es lo que ella no consigue hacer cuando habla del naufragio, no consigue llorar. Si está hablando de otras cosas sí, pero cuando relata lo que le pasó el 28 de octubre de 2015 no puede, no consigue aún hoy abandonarse al llanto.

Juntas, a través de las pantallas, vemos algunas de las grabaciones en bruto. Solo las ha compartido con un número muy reducido de personas y vuelve a hacerlo conmigo porque entiende la importancia que tiene para Rezwana recuperar cualquier elemento, cualquier imagen o trozo de memoria que aporte información sobre sus padres y sus hermanos. Son imágenes que Rezwana no verá, porque el precio de revivir aquellas horas es demasiado alto. Yo seré sus ojos.

Los clips de la grabación sin editar son aún más terribles que los cortes presentados en la investigación de Forensic Architecture o en el documental de Amel. Entiendo aún mejor su decisión de no mostrar los rostros de los náufragos.

Hay un momento en el que su cámara captura el instante en el que uno de los traficantes abandona el barco, dejándolo sin mando y sin rumbo, y se sube a otra pequeña embarcación de nombre Kaptan L. Edremit. Poco después, el barco se hundirá

con más de trescientas personas a bordo.

Le pregunto a Amel si alguien ha intentado localizar a esos hombres. Me cuenta la historia de una familia iraquí que viajaba en el barco: madre, padre, dos niñas de tres y cinco años sobrevivieron, pero la madre vio cómo su hija mayor, de seis años, desaparecía en el agua. Tras la tragedia, la familia logró llegar a Alemania. Tiempo después, reconocieron a uno de los intermediarios en Facebook y le denunciaron.

La persona identificada se encontraba también en Alemania, a donde había llegado, tras cruzar el mar Egeo en barco, un mes después del naufragio. Una vez en Europa, había pedido asilo para su mujer y su hija.

Nicola Meier, una reportera del *Süddeutsche Zeitung Magazin* que recuperó la historia de algunos supervivientes del 28 de octubre, escribe, en un reportaje publicado en diciembre de 2020, que el hombre fue detenido el 25 de octubre de 2017, tres días antes del segundo aniversario del naufragio: «Poco se sabe de su biografía, salvo que proviene de Bagdad y ahora tiene treinta años. Permaneció en silencio en el tribunal». Aunque negoció el alojamiento de los refugiados en Turquía, no ocupaba un lugar alto en el escalafón de los traficantes.

Tras su detención, el hombre fue condenado a seis años de prisión. Hoy en día, es la única persona que ha sido juzgada por lo que ocurrió el 28 de octubre de 2015.

Yo no quiero un juicio solo contra los traficantes.

Amel cree que hay que buscar a los responsables más arriba, en los jefes de las redes de tráfico, pero también en los responsables políticos de un sistema jurídico internacional que obliga a centenares de miles de personas a arriesgar su vida en una ruleta rusa.

Tiene razón Amel, aunque en mi cabeza retumban preguntas sobre aquel único anillo de la cadena al que se consiguió poner cara y nombre. ¿Qué siente un hombre cuando sabe que decenas de personas murieron en un viaje que contribuyó a organizar? ¿Cómo se vive con este peso? ¿Siente algún tipo de peso? A la formulación de las preguntas ha contribuido uno de los detalles del relato de Amel sobre los momentos que precedieron la subida al barco, con la gente desperdigada en

medio de los matorrales próximos a la playa.

El intermediario con el que me puso en contacto un conocido en Estambul me dijo que me esperara un par de días, que él mismo saldría hacia Europa en otro barco que zarparía un par de días después. Le dije que no, que yo no quería esperar más. ¿Por qué ese hombre insistía tanto en que esperara? ¿Qué sabía sobre aquel viejo barco de madera que estaban llenando de personas?

*

20 de diciembre de 2022. Mikel

Me cuesta mantener la mirada en la pantalla mientras repasamos las grabaciones de aquel 28 de octubre de 2015 en el estudio madrileño de Mikel Konate, el reportero gráfico español que logró subirse a un barco de la guardia costera griega durante el rescate. Para reconstruir los hechos, Forensic Architecture también usó las imágenes que él grabó. Con Mikel, al igual que con Santi, también me crucé fugazmente en Idomeni, en marzo de 2016. Y cuando le llamé para contarle en lo que estaba metida, él también se ofreció sin dudarlo a abrirme su archivo de aquel día. El objetivo es ver si encontramos algún rastro de Rezwana o de su familia.

Por más que ambos hayamos visto y vivido imágenes parecidas en los últimos años, no hemos desarrollado ninguna coraza contra el horror. A pesar de los años que han pasado, el impacto de estas imágenes terroríficas es el mismo. Lo que sí ha cambiado es que ahora es muy difícil que lleguen a la primera plana de los medios de comunicación.

Ese día había mal tiempo y, en esos casos, los traficantes metían en las lanchas a la gente con menos recursos, sobre todo afganos y paquistaníes. Para los sirios y los iraquíes, que eran más de clase media o media-alta y solían tener más dinero, elegían normalmente los días mejores. No fue el caso de la gente que se subió a ese barco.

Cuando llegamos al puesto de observación, vimos el barco de los guardacostas, el helicóptero y puntitos naranjas en medio del mar. Ten en cuenta que, desde allí, como Turquía está tan cerca, con el teleobjetivo conseguías ver a la gente que se subía a las lanchas en la costa. Por eso es ridículo que todo esto haya pasado a unas millas de distancia, es un sinsentido que se muera la gente de esta manera.

Nos fuimos hacia el puerto porque sabíamos que los que estaban siendo rescatados llegarían allí. Llegó un primer barco con niños pequeños y mujeres. Mientras estaban reanimando a los nenes subí al barco de la guardia costera. También estaban allí los voluntarios de Open Arms que estaban haciendo las maniobras de reanimación. Ni los guardacostas ni el barco noruego tenían infraestructura de barcos de rescate, no eran capaces de subir a la gente del agua al barco.

Mira, este niño murió, este otro en cambio sobrevivió.

Piensa que los pescadores turcos que participaron en el rescate entraron al puerto de Molyvos sin permiso ni nada… Fue el caos, era todo un caos para salvar a quien se pudiera. Ibas navegando y veías bultos: a veces era una mochila, a veces era un señor. Y chalecos sueltos… Anochecía y seguía habiendo gente por todos lados.

En el barco de los guardacostas solo había una manta térmica. Estuvimos dos horas allí subidos y yo, sin estar mojado, estaba helado. Imagínate lo que estaban aguantando las personas a las que rescataron del agua, totalmente empapadas. En un momento dado, dejé la cámara para intentar calentar a un chico que se estaba quedando morado. ¿Ves a estos dos? Son un padre y un hijo. Se abrazaban para tratar de entrar en calor.

«Espera», le digo a Mikel.

En una de las últimas imágenes que me enseña, tumbada en el borde de uno de los barcos, se entrevé una chica con un abrigo grisáceo y la cabeza cubierta por la capucha bordada de pelo. Su cara aparece solo por unos instantes. Es una imagen algo borrosa en la que se ven las manos que se agarran a la borda del barco. Dudo un momento, pero estoy casi segura de que la chica subida al pequeño pesquero es Rezwana.

*

Decido enviar a Rezwana una captura del fotograma de la chica en el barco. La he recortado para que no aparezca ningún detalle de la embarcación o del rescate. Espero a que esté con una amiga para que no la vea sola. Son cautelas que hemos extremado para evitar que cada comprobación de un recuerdo o de un dato se vuelva aún más dolorosa. Rezwana la recibe con la promesa de borrarla nada más verla. Un instante después me confirma que aquella chica es ella.

PARTE 4. Grecia-Suecia-Grecia. Atrapada en Atenas

La última vez que Charly fue al centro de acogida de Pikpa, Rezwana había desaparecido. Le dijeron que la habían enviado a Atenas y que no estaban autorizados a darle la dirección. La voluntaria noruega, que llevaba meses en primera línea en el caos de Lesbos, entró en pánico. Comprendió entonces lo que unos días antes el psicólogo de su ONG le advirtió sobre aquella relación tan estrecha que estaba tejiendo con la niña afgana superviviente del naufragio.

> Me asusté mucho. Ella pensaría que la había abandonado. Y yo pensaba: dónde estará, en qué lugar. Nadie me quería decir nada. Hice no sé cuántas llamadas, pero nada. Y lo entiendo, porque no puedes dar información así a cualquiera que llama, pero realmente yo necesitaba hablar con ella y me sentía fatal. Lo intenté durante mucho tiempo. Luego los Kempson me ayudaron. Le contaron la situación a un amigo griego en Atenas. A través de él logré saber dónde estaba, conseguí el contacto de su tutora y por fin, meses después, logré concertar una cita. Pude verla junto a su tutora. A partir de entonces estuvimos en contacto por teléfono.

Rezwana se encontraba en un centro de acogida de refugiados para casos vulnerables, junto a menores no acompañados y mujeres solas con niños. Allí pasó, sumida en la desesperación, sus primeros tres meses en Atenas.

> Los primeros días no hacía nada más que llorar. El centro era una especie de residencia, como un viejo hostal. Recuerdo que en el primer piso estaba la recepción y el comedor. Una planta era para los chicos menores de dieciocho años. Yo tenía miedo de ellos…
>
> Solo podía llorar. Lloraba y lloraba. Me pasaba el día así. Cuando llegué, me dieron las sábanas para las literas y las lágrimas me regaban la cara. Me sentía tan sola. Me quedé una noche en una habitación con otras chicas. En teoría, eran habitaciones separadas por sexo. Pero después del último control, entraron los chicos desde el balcón y todos juntos empezaron a fumar. A mí esto no me gustaba.
>
> Al día siguiente conocí a dos chicas que estaban en una habitación con su madre, en la planta para las familias. Me ofrecieron ir con ellas y me cambiaron a su cuarto.

Me negaba a comer. Cuando empecé a picar algo solo quería patatas fritas y Coca-Cola. Llegué a pesar setenta y cinco kilos. Unos días después de mi llegada a esa residencia, vino la tutora que me habían asignado. Las semanas pasaban sin más. Pero un día me dijeron que me iría del centro para ir a vivir con una familia de acogida. Yo me alegré.

Rezwana pasó por tres familias de acogida en su primera etapa en Atenas. La primera era una pareja mixta formada por una griega y un afgano. Estuvo con ellos unos tres meses, pero nunca se encontró cómoda. Su tío la llamaba desde Kabul y le decía que no era conveniente que una chica sola viviera en Europa, y que iría a buscarla para llevársela de vuelta a Afganistán. Rezwana estaba aterrorizada. METAdrasi, la ONG griega que trabaja con menores no acompañados y se hizo cargo de ella en las semanas posteriores al naufragio, consideró que la mejor manera de cortar las relaciones con el tío era asignarle una nueva familia de acogida. Mientras tanto, Rezwana regresó al centro. Fue allí donde conoció a Nahid.

Ahora vive en Alemania. Tienes que hablar con ella. Es muy importante para mí. Ella sí podía entender cómo yo me sentía.

*

20 de noviembre de 2021. Nahid

Yo también soy afgana. Dejamos el país en diciembre de 2015 y llegamos a la isla griega de Kalimnos el 22 de enero. Hasta Estambul hicimos el viaje en avión.

Mi madre era de Mazar i Sharif y mi padre de Kabul, y vivíamos en la capital. Él era un agente de la policía y a veces tenía que desplazarse a las zonas de frontera. En un momento dado, allí vio algo que le empezó a crear problemas con el Gobierno, no sé exactamente qué pasó, pero sé que por eso dejamos el país.

Salimos de Turquía en un barco de madera, donde había mucha gente. Entre ellas, al menos cuarenta personas tenían menos de veinte años. Yo entonces tenía quince. Viajaba con mis padres, mis dos hermanas, de dieciocho y ocho años, y mi hermano, de catorce. Él y yo fuimos los únicos supervivientes de nuestra familia. El barco se hundió. Encontraron los cuerpos de mis padres y de mi hermana mayor, pero no de la más pequeña, que sigue estando entre los desaparecidos. Los demás están enterrados en la isla de Kos.

Cuando llegamos a Kálimnos, la primera noche estuvimos en un campo, hacía mucho frío y estábamos mal. Luego nos llevaron a un hotel donde estaba Acnur y había unos voluntarios que ayudaban a los refugiados. Entre ellos había una pareja griega que vino todos los días a vernos. También fueron a Kos cuando nos mandaron allí e hicimos un funeral para nuestros padres y nuestra hermana. Ayudaron a mi hermano mayor, que había pedido asilo en Alemania. Después del naufragio, intentó hacer la ruta de los Balcanes al revés para estar con nosotros y fue detenido en Serbia porque no tenía aún papeles. De allí le deportaron a Alemania.

A mi hermano y a mí, mientras tanto, nos enviaron a Atenas, en avión. Nos llevaron a una residencia para casos vulnerables. Era todo muy difícil, aún ahora no consigo recordar exactamente durante cuánto tiempo estuve en cada sitio o ciudad, creo que allí estuvimos unos tres o cuatro meses. Era un edificio de cinco plantas y en cada una de ellas había cinco o seis habitaciones, una especie de hotel, pero muy viejo. Nos dieron una habitación para nosotros dos. Cuando llegamos había mucha, mucha gente: afganos, paquistaníes, iraníes, africanos.

Yo no hablaba con nadie, no tenía contacto con nadie, aparte de mi hermano. Estaba muy mal. Un día se me presentó una mujer que tenía dos hijas, pero yo no me sentía bien, no tenía ganas de estar con nadie. Empezamos a hablar unas semanas después. Y fue cuando me contó la historia de Rezwana, de esa chica que había sufrido un accidente como el nuestro. En aquel momento ella estaba con su primera familia de acogida.

Yo me sentía muy sola y cuando me hablaron de ella quise conocerla. Habíamos pasado por lo mismo y teníamos la misma edad. Pasó un mes, creo, y en la recepción un día vi a una chica. Yo la miraba y ella me miraba. Se me acercó y empezamos a hablar y me dijo que se llamaba Rezwana.

Fue una casualidad, no planeamos nuestro encuentro. Ella había vuelto a la residencia y estaba sentada frente a mí. La familia que me había contado su historia también le había contado a ella la mía. Y Rezwana ahora estaba allí. Quería darle un abrazo, pero no lo hice. Solo nos presentamos. Tenía muchas preguntas en mi cabeza: cómo estaba viviendo ella con ese dolor, cómo estaba gestionando aquel inmenso sufrimiento… Después de todo lo que había ocurrido en mi vida, no tenía esperanza, no tenía nada que me diera la voluntad o la fuerza de seguir adelante. Había siempre una pregunta en mi cabeza: ¿cómo puedo seguir? Y la respuesta era: No, no quiero, no puedo. En aquel momento todo era negro, no podía ver ninguna luz. Pero no le dije nada aquel día. Al principio no podíamos hablar de lo que había pasado.

Poco después Yanis y Helleni, el matrimonio que nos había apoyado en Kálimnos y que se había ofrecido para ser nuestra familia de acogida, consiguieron la autorización para que fuéramos con ellos a la isla, mientras se solucionaba la petición de reunificación familiar con mi hermano en Alemania, que ellos, junto a otros amigos suyos, nos ayudaron a gestionar.

Con Rezwana nos intercambiamos los números de teléfono y nos llamábamos y escribíamos. Recuerdo que ella no sabía qué tenía que hacer. Su tío le pedía que volviera a Afganistán y yo le decía que no lo hiciera porque todo sería aún más difícil. Ella se fue a vivir con otra familia de acogida, y nos vimos dos o tres veces.

Pasó tiempo antes de que, ya por teléfono, consiguiéramos hablar del accidente y llorar juntas.

Ella es para mí como una hermana, la admiro. Porque sigue siendo una persona amable, con un gran corazón, una buena persona. Yo me pregunto aún cómo puedo ir hacia adelante después de lo que nos ha pasado. Yo, al menos, tengo a dos hermanos y también a mi hermana mayor que ha podido establecerse aquí en Alemania. Rezwana está sola. Y, sin embargo, está consiguiendo salir adelante. Recuerdo que, al principio, la animaba, le decía: no te hundas, no te quedes en la oscuridad, sal a dar un paseo… Ahora veo el cambio que ha hecho, cómo está luchando para salir adelante. Estoy tan orgullosa de ella. Le repito que es muy fuerte y a la vez pienso que yo no lo soy.

*

La segunda familia de acogida que le asignaron era un matrimonio joven que tenía una niña de dieciocho meses. Eran amables y se esforzaban para que estuviera bien, pero no llegaban a entenderla del todo. A veces le reprochaban que, cuando volvían a casa tras ir al cine o a comer fuera, se encerrara en su cuarto. Rezwana se quedó con ellos menos de un año, porque se quedaron embarazados de nuevo y tuvieron que mudarse de casa. En esa época frecuentó un colegio público que ofrecía clases a niños refugiados. De aquellos meses solo recuerda que no entendía nada. Todas las asignaturas eran en griego y, a menudo, se enteraba de qué materia era cuando la clase ya había acabado. Una nueva oportunidad llegó cuando The American Community School of Athens le ofreció una beca en un programa para menores tutelados por METAdrasi. Eran cuatro beneficiarios, dos chicos y dos chicas.

Allí era totalmente distinto. Las clases eran en inglés y me gustaba mucho ir. El antiguo director siempre nos animaba. A veces nos traía falafel porque sabía que nos gustaba. Yo me encontraba bien en el instituto, pero seguía estando muy mal.

Fue una suerte estar allí. Era una escuela muy cara. Cuando contaba que estudiaba allí, todo el mundo se quedaba sorprendido. La mayoría de los estudiantes eran hijos de los empleados de las embajadas y solo algunos se mostraban cercanos. Los demás vivían en otro mundo, pero no me importaba. Allí conocí a la que aún hoy es una de mis mejores amigas. Ella fue becada junto a su hermano. Ahora están en Hamburgo, con sus padres. Un tío suyo había trabajado en la misma televisión que mi padre, en el departamento de doblaje, y yo le conocía. No podía imaginar que años después encontraría a su sobrina en Atenas.

*

6 de abril de 2023. Katia

Katia, a la que Rezwana llama *my Greek mum* (mi madre griega), es una de las últimas personas con las que he conseguido hablar. En su casa, Rezwana encontró apoyo y sosiego. Junto a su marido Nikos se convirtieron en su tercera familia de acogida. «Es como una abuela griega, tradicional y al mismo tiempo moderna. Tienen un gran corazón, aunque al principio son un poco desconfiados si no te conocen», me había advertido Charly.

Esa desconfianza fue una de las razones que retrasaron nuestro encuentro. ¿Por qué este trabajo junto a Rezwana? ¿Por qué seguir ahondando en la herida con la búsqueda de su familia? ¿Por qué tanto interés por su historia? Preguntas dictadas por la voluntad de proteger a Rezwana de más sufrimiento y más decepciones, con la preocupación de una madre, como me explica la misma Katia cuando por fin conseguimos hablar de aquella chica que entró en su casa en 2017 para formar parte de su familia.

Tras trabajar de administrativa en una empresa farmacéutica, lleva ya casi una década jubilada, al igual que su marido Nikos. Viven con sus hijos en la vivienda familiar que tienen en Kryoneri, un pequeño pueblo a unos veinte kilómetros al noreste de Atenas. «Un lugar tranquilo, quizá demasiado para

una chica de la edad de Rezwana», dice. No hemos conseguido vernos en persona en Atenas, así que finalmente optamos por una larga videollamada. Ella aparece desde el salón de su casa, mientras lidia con uno de sus gatos que reclama atención. El pelo canoso, largo hasta el cuello, enmarca un rostro que se mantiene dulce durante toda la conversación, en la que me abre sus recuerdos ya sin reservas.

Cuando Rezwana vino a mi casa no había cumplido aún los dieciséis. Era agosto de 2017. Yo había salido de un momento muy complicado, había perdido a mi madre y a mi hermano casi a la vez. Veía el drama de todas estas personas que llegaban, especialmente de los niños que se habían quedado sin familia. Y pensé: tu madre tenía una edad, tu hermano, bueno, tenía sesenta años, pero en lugar de estar aquí llorando y sintiendo pena por esta gente, puedes hacer algo, ofrecer algo a alguien que lo necesite.

Mi marido pensaba lo mismo. Lo hablamos con mis hijos y decidimos ir a METAdrasi porque habíamos visto un anuncio por televisión sobre la posibilidad de formar parte de un programa de familias de acogida para menores no acompañados. Así fue cómo conocimos a Rezwana.

Es una chica llena de dones. Pero al principio no fue fácil. Intentamos que se sintiera cómoda aquí, que nuestra casa fuera su casa. Y no sé si lo logramos, pero creo que se sintió segura, con mis hijos, mis sobrinos. Y todo comenzó así. Para mí era una más de la familia. Traté de entender cómo se sentía y seguro que cometí muchos errores. A veces chocábamos porque yo hacía lo que una madre hace con un hijo: la empujaba a leer, la animaba para que fuera al cole. Y a veces ella se enojaba, pero al día siguiente siempre venía y me decía: mi madre haría lo mismo.

Yo siempre he sido más estricta. En cambio, mi marido, que la quiere con locura, me decía: «Déjala». Él no habla una palabra de inglés, pero se entendían a la perfección. Cocinaban a menudo juntos, preparaban la pizza…

Y qué puedo decir: Rezwana es una persona muy buena, inteligente, sociable y lucha por sus derechos. Con su edad otros se hubieran vuelto a su país cuando su familia la presionaba, pero ella no, no quería volver atrás y prefirió quedarse, pasara lo que pasara.

Sigo diciéndole: «Ten cuidado», «no hagas esto o lo otro», pero a veces no me hace caso, tiene un carácter muy fuerte y tiene sus sueños también. Al principio, cuando me habló de este trabajo que estabais haciendo y de querer saber sobre su familia, yo no lo veía claro. Pero ella quería hacerlo, porque sabe aprovechar todo lo bueno que se le ofrece. Y tú… Ahora yo creo que tú fuiste algo

bueno para ella. Ella se siente cómoda contigo y confía en ti.

Yo me siento afortunada por tenerla en mi vida. A veces nos quejamos de cómo nos va, de si puedo o no puedo hacer algo, nos sentimos tristes. Pero no tenemos derecho a hacerlo cuando uno ve una joven mujer como Rezwana y todos estos niños que han pasado por lo mismo. Es un ejemplo para mí, me ha dado mucho. Más de lo que yo puedo haberle dado a ella. Pero sabe que siempre estaré aquí y esta siempre será su casa.

*

La casa de Katia se convirtió en un hogar, el lugar donde Rezwana fue más feliz en Atenas. Una felicidad quebrada, modesta, siempre alerta, precaria. Ella seguía soñando con cumplir el sueño de su padre: viajar a Suecia. Allí vivía desde hacía años Shakila, una tía de su madre, hermana de su abuela. Sobre esos mimbres familiares soñaba Rezwana construir su nueva vida, empezar de cero. Atenas había sido el aterrizaje forzoso después de la tragedia, el luto, la soledad. Suecia, pensaba, sería un nuevo capítulo.

Ese había sido el único pensamiento positivo, el clavo ardiendo al que aferrarse desde que había llegado a Atenas tras dejar Lesbos. El contacto con su tía abuela se mantenía también a través de METAdrasi. La ONG intentó la vía de la reunificación familiar. Por dos veces las autoridades griegas, a través de la Unidad de Dublín del Servicio de Asilo, enviaron una petición a Suecia para que el caso se gestionara allí y la tía abuela pudiera hacerse cargo de ella. Pero las dos veces la solicitud fue rechazada, alegando que no existía entre Rezwana y su tía abuela un vínculo fuerte previo y no se trataba de familia cercana.

Fue entonces cuando Penny Keramida, de METAdrasi, conoció a Rezwana. Ella la acompañó a conocer a Katia cuando su familia fue elegida para acogerla. Y es ella quien me ayuda a desenredar el embrollo burocrático en el que Rezwana se encontró en sus primeros dos años en Grecia.

Rezwana estaba realmente decepcionada. Nuestra ONG, junto con el fiscal de menores de Atenas y de acuerdo con la tía, intentó llevar el caso ante los tribunales. Las autoridades griegas competentes presentaron una solicitud en octubre de 2016 a los servicios sociales de Suecia para que investigaran las condiciones de vida de la señora

Shakila. El objetivo era que el Tribunal de Primera Instancia griego dispusiera de un informe oficial para decidir si asignaba la tutela legal de Rezwana a su tía en Suecia. Sin embargo, hubo grandes retrasos por la parte sueca. No había noticias que dar a Rezwana, y ella estaba muy angustiada y triste.

Se hundió de nuevo en la pena. Nos dimos cuenta de que incluso si el servicio social sueco realizaba una investigación social —cosa que hizo finalmente en la primavera de 2017—, aún habría que dar muchos pasos para completar el procedimiento. Y más demoras hasta llegar a una decisión judicial y su reconocimiento por parte de un tribunal sueco. Por esta razón, era imperativo involucrar a Rezwana en un proceso que pudiera inspirarla y darle perspectivas para recuperar algo del tiempo perdido.

Al cerrarse la vía de la reunificación familiar, se decidió proceder con la solicitud de asilo en Grecia, que se resolvió positivamente unos meses después. Era la manera de sacar a Rezwana del limbo burocrático y permitirle tener papeles para poder viajar y visitar a sus familiares en Suecia. Una vez allí, Rezwana confiaba en encontrar la manera de quedarse.

No puedo olvidar cuando, antes de irme, el director del Instituto Americano me citó para darme un regalo y me preguntó: «Rezwana, ¿tú te sientes en casa aquí?». Yo le dije que, con todo mi corazón, pero no sentía que Atenas fuera mi lugar. Y él replicó: «Tienes que encontrar un lugar que tu corazón acepte. Tendrás un futuro brillante».

*

Aterricé en Suecia el 8 de enero de 2018. En Grecia me habían concedido el asilo casi un año antes, en marzo de 2017, pero tardé nueve meses hasta tener mis papeles para poder viajar. En cuanto los obtuve, saqué los billetes para reunirme con la familia de mi tía Shakila, los únicos familiares que tengo en Europa. Recuerdo que reservé los pasajes el 26 de diciembre.

Cuando llegué, al principio todo fueron fiestas y celebraciones. ¿Cómo puedo explicártelo? Sentía que todo me estaba esperando. La familia de mi tía, sus amigos… El tiempo volaba y a mí me parecía que, quitando las gestiones con la Oficina de Inmigración, lo demás era perfecto. Hacía frío, muchísimo frío, pero hasta el frío me gustaba. Todo era para mí la representación de la esperanza de una nueva vida, me sentía como si, tras los dos años en Grecia, hubiera vuelto a nacer. Suecia fue una revolución para mí. En todo.

Recuerdo la primera primavera, los árboles que florecían y yo que sentía que renacía junto a las flores. Era un nuevo inicio, me sentía realmente bien.

Fue asentarme allí, estar con la familia de mi tía y empezar a perder peso. Día tras día, veía que la ropa que me había traído de Atenas me quedaba grande y volví a mi peso normal, cincuenta y dos o cincuenta y tres kilos. No me hizo falta ningún régimen. Solo estar activa y comer de todo, pero mejor. En Grecia, en cambio, era como un agujero negro.

Tras las primeras semanas en casa de su tía, el mayor de sus primos, Ilias, le dijo a Rezwana que había que hacer algo para que ella arreglara sus papeles y pudiera empezar el instituto. Decidieron entonces presentar la solicitud de asilo en Suecia. Pensaban que encontrarían algún resquicio legal para sortear la rigidez de las leyes europeas de asilo, aquel «sistema de Dublín» sobre el que se rige desde los noventa la política de acogida de refugiados de la UE. Uno de los pilares de este sistema es que cada solicitud puede ser examinada por un solo Estado miembro. Otro pilar es el criterio del «primer país de llegada», que establece que es allí donde, por regla general, se tiene que tramitar el asilo. Unas disposiciones que aumentan la carga sobre los países de frontera en el Mediterráneo y anclan a un destino obligado a centenares de miles de personas. También el de Rezwana.

En los registros de la Oficina de Inmigración ya figuraba todo el procedimiento de reunificación familiar que se había intentado sin éxito desde Grecia. Rezwana tuvo que quedarse un día y una noche en un centro para refugiados en Estocolmo, pero enseguida se le permitió ir a vivir con su tía mientras se resolvía su caso.

Con Charly repasamos los papeles, todas las trabas que, entre Grecia y Suecia, instancia tras instancia, recurso judicial tras recurso judicial, impidieron que se cumpliera el sueño de Rezwana de una nueva vida en Suecia, lo que su padre había deseado para ella y sus hermanos.

Son documentos escritos en el registro aséptico de la burocracia. En las normas, en los artículos, en los apartados de las leyes mencionadas, las excepciones no tienen cabida, los vínculos familiares van por grados estrictamente definidos y no hay espacio para interpretaciones. Ese es el lenguaje de los

funcionarios de inmigración de Suecia, ante los cuales Rezwana expuso su caso con estas palabras:

> Pensar que estaré en Grecia me hace sentir triste. Cuando llegué allí hubo gente que murió ahogada. Y yo sentía que me ahogaba también. Desde el primer día pensé en dejar Grecia, y, cada día que salía fuera, pensaba en buscar a mi familia, a mi madre y a mi padre.
>
> Cuando dejamos Afganistán, la idea era que toda la familia fuera a Suecia. Aquí puedo estudiar, caminar con mis propios pies, sentirme a gusto. Me siento segura y tranquila. Desde el día en que llegué he sentido esta sensación de calma. Aquí está la tía de mi madre, son mi familia. Es aquí donde quiero vivir. La sensación de paz sería completa si yo supiera que no me mandarán de vuelta a Grecia o a Afganistán.
>
> En Grecia yo no me siento como una persona viva. Mi cabeza da mil vueltas sobre lo que sucederá si regreso. Me podéis matar aquí pero no me mandéis de vuelta allí, donde he perdido a toda mi familia, donde he perdido mi vida.

Habían transcurrido casi tres años desde el naufragio. A pesar de los informes psicológicos que alegaban lo contrario, las autoridades suecas no vieron ninguna razón humanitaria ni ningún riesgo para sus intereses que impidieran devolverla a Grecia, el primer país de llegada donde ya se le había concedido el asilo. Daba igual que en Grecia no tuviera a nadie, daba igual si, en aquel país, ella había perdido a toda su familia.

«No se ha demostrado que sería ofensivo desde un punto de vista humanitario o que sería contrario a sus intereses que se la expulse a Grecia, donde se le ha concedido el estatuto de refugiado, ni existe ningún otro motivo para concederle un permiso de residencia por abrigar serios temores de que Grecia no cumpliría con sus obligaciones con respecto a sus derechos fundamentales, como ofrecerle protección contra las amenazas y el acoso», reza la resolución de las autoridades de inmigración suecas. Era el 27 de julio de 2018. La decisión fue confirmada dos meses después por la Corte de apelación.

Para entonces, Rezwana llevaba ya nueve meses en Suecia, había empezado a ir al instituto, con resultados brillantes, y había reconstruido su vida. Lo único que la salvaba de la aplicación del fallo y de su devolución a Grecia era que, por aquel entonces, seguía siendo una menor. Tenía aún algo más

de un año de margen para seguir viviendo en el lugar al que estaba acostumbrándose a llamar casa. La vida, a pesar de todo, fluía.

*

La cuenta atrás empezó el 29 de noviembre de 2019, cuando Rezwana cumplió los dieciocho años.

El 16 de diciembre de 2019 Charly escribió una publicación en su muro de Facebook:

> Como muchos de ustedes saben, he estado activa ayudando a los refugiados desde que fui a Lesbos por primera vez en 2015. Hay una chica que se ha quedado en mi corazón desde que la conocí el 28 de octubre de 2015.
>
> Ese día, un barco de madera que transportaba a cientos de personas se hundió frente a los ojos de muchos de nosotros. Muchas personas perdieron la vida, incluida toda la familia de una niña de trece años. Una niña que, en pocas horas, pasó de tener una madre, un padre y tres hermanos a estar completamente sola.
>
> Ese día decidí que siempre me esforzaría para ayudarla. Después de pasar algún tiempo con una familia de acogida en Atenas, se fue con su tía y sus primos a Suecia. Allí solicitó asilo, que fue denegado porque ya había recibido asilo en un país seguro (Grecia). Ha apelado varias veces, pero sin éxito. Ahora tiene que volver a Grecia. Sola.
>
> Tanto en Grecia como en Suecia ha frecuentado la escuela, que le encanta. Actualmente cursa el noveno grado en Suecia y su mayor sueño es poder terminar sus estudios y quedarse con su familia. En estos cuatro años ha aprendido inglés, griego y sueco. El otro día le pregunté cuál era el trabajo de sus sueños. Ella respondió: «Quiero trabajar ayudando a los ancianos. O niños. O tal vez mujeres que viven o huyen de países devastados por la guerra. Quiero ayudar a los que no tienen nada».
>
> He decidido ir con ella a Grecia en enero, para ayudarla a encontrar un apartamento, un entorno seguro y, con suerte, un lugar donde seguir estudiando para que pueda terminar la escuela secundaria y poder solicitar la universidad o un trabajo en Suecia más adelante (con suerte lo antes posible). ¿Hay alguien que pueda ayudar con cualquiera de las cosas que pongo a continuación? (Me resulta muy difícil encontrar información correcta sobre estas cosas, especialmente sobre estudios para refugiados).
>
> - ¿Alguien tiene alguna idea sobre cómo podría quedarse o

regresar lo antes posible para vivir con su familia en Suecia? Estudios en el extranjero, trabajos… Cualquier cosa que se os ocurra.

- ¿Información/sugerencias sobre escuelas/estudios adecuados para refugiados adultos en Grecia? Presencial o a distancia (cumplió dieciocho años hace unas semanas, por lo que el gobierno de Grecia no pagará sus estudios).
- Contribuir a una recaudación de fondos para ayudarla con el piso, la comida, los gastos, los billetes de avión para que ella y su familia se vean, sus estudios, etc.

El texto y la recaudación de fondos se publican con el consentimiento de la chica.

Por favor, comparte con cualquier persona que creas que podría ayudar. Nunca pensé que sería tan difícil encontrar una solución para que una niña pueda estudiar y estar con su familia. La Declaración Universal de los Derechos Humanos dice claramente que toda persona tiene derecho a la vida familiar y derecho a la educación. Pero no es tan fácil, ¿verdad?

Fueron estas palabras las que me empujaron a contactar de nuevo con Charly, cuatro años después de que me contara cómo una niña afgana había entrado en su vida. Quería saber qué había pasado para que aquella niña tuviera que volver a Grecia. Me decidí a pedirle el contacto de Rezwana. Cada 28 de octubre me acordaba de ella y en ese momento sentí que había que contar su historia.

Para Rezwana fueron semanas de angustia. Pensaba que la policía iría a casa de su tía a buscarla. Le habían dicho que serían amables con ella si abandonaba el país por voluntad propia en los términos establecidos, yendo por su propio pie al aeropuerto de Arlanda, en Estocolmo, sin tener que pasar por un centro a la espera de la deportación. Si acataba la decisión y se iba, tampoco recibiría la prohibición de entrar de nuevo a Suecia, aunque fuera de vacaciones.

Recuerdo lo que me dijo la funcionaria en el servicio de inmigración, cuando yo le repetía que no quería volver a Grecia. «Si no te quieres ir, piensa que, en esta misma silla, Rezwana, he tenido sentados a chicos que mandamos de vuelta a Afganistán. Tú eliges, usa tu cabeza». Yo le contesté que prefería morir antes que irme, porque esto era lo que sentía en aquel momento. Ella replicó que ya era mayor para decidir lo que quisiera hacer.

Se subió al avión en Estocolmo y aterrizó en Atenas el 20 de febrero de 2020. La llevaron a la comisaría interna de la terminal del aeropuerto Eleftherios Venizelos. Allí la esperaba Penny.

Estuve con Rezwana en ambos momentos, cuando se fue a Suecia y cuando volvió de allí. Cuando la conocí era tímida, introvertida y triste, y me alegró verla sonriente y optimista cuando pudo irse. Nunca olvidaré el viaje a Estocolmo y el encuentro con su familia después de la tragedia que vivió. Por primera vez la vi llorar de emoción. Pero tampoco olvidaré el momento de su regreso a Atenas, cuando nos encontramos en el aeropuerto. No pudimos contener las lágrimas. Ella no podía asumir lo que había pasado y las palabras no bastaban para consolarla. Solo le di un abrazo fuerte. Superaríamos esto juntas también.

Fuera del aeropuerto esperaba Charly, que no quería que Rezwana estuviera sola en los duros primeros días en Atenas. De nada había servido su último intento de parar la devolución, cuando, en nombre de Rezwana, presentó un recurso ante la Corte Europea de Derechos Humanos, que rechazó aplicar medidas de urgencia.

Fueron días muy duros. En el vuelo que me devolvía a Atenas me esforzaba en pensar que sería algo temporal, que tendría que quedarme solo un par de años aquí. Me agarraba también a lo que me decía Charly, que ella estaría siempre conmigo y que me ayudaría con dinero para viajar a Suecia de visita cada vez que quisiera.

Fue importante que ella y Penny estuvieran allí a mi regreso. Del aeropuerto fuimos luego directas a casa de Katia. Dos años después volví a ese cuarto que ella había preparado para mí. Todo estaba como lo había dejado, con mis libros del instituto, mis cosas… Katia había guardado todo, me había guardado un lugar en su casa.

Aun así, despertarme allí al día siguiente fue triste. Me sentía como si todo lo que había vivido en Suecia hubiera sido un sueño. Me di cuenta de que tenía que volver a empezar y no sabía cómo hacerlo.

*

Cuando se enteró de que Rezwana tenía que volver a Atenas, Katia no dudó ni un instante en volver a abrirle la puerta de su casa.

Creo que me empezó a querer de verdad cuando volvió a Grecia en 2020. Durante el tiempo que estuvo en Suecia seguimos en contacto. Cuando se fue yo estaba triste, aunque entendía que el propósito de la acogida era justo ese: ayudarla para que pudiera tener una buena vida, un futuro mejor.

¿Dónde iría a vivir ahora? ¿Y cómo? Contacté de nuevo con METAdrasi y propuse que volviera aquí de nuevo. Así lo hizo. Estaba rota. Luego vino la covid. Para ella fue duro porque, como todos los jóvenes, quería salir, dar un paseo, ir de compras. Después de un tiempo se fue a vivir a un apartamento en Kallithea que METAdrasi gestionaba para acoger también a otras chicas. Era su proceso de emancipación. Y aquí sabe que puede venir cuando quiera.

La casa de Katia no fue el único refugio para Rezwana después de su regreso forzado a Grecia, unas semanas antes de que el mundo se encerrara por la pandemia de covid. Su salvavidas lo encontró en el número 7 de la calle Sotiros, en Plaka, el casco histórico de Atenas, en un pequeño edificio de dos plantas pintado de un amarillo pálido y bien cuidado, a diferencia de algunos de los inmuebles que lo rodean. Allí, a unos metros de las calles plagadas de tiendas de *souvenirs*, de los cafés y de las tabernas abarrotadas de turistas, Rezwana encontró un rincón de paz cuando le parecía que todo a su alrededor se derrumbaba. Era el centro comunitario de la Iglesia sueca en Atenas, un pequeño enclave en el que, tras cruzar el portal, te olvidas de estar en el corazón de la capital helena.

Antes de que se fuera de Suecia, su tutora legal, asignada por las autoridades suecas, le había dado el contacto de Annette, una mujer que frecuentaba el centro y a la que Rezwana mandó un correo tras volver a Grecia. Unos días después cogió el autobús desde Kryoneri y fue al centro. Un permiso especial como voluntaria en las actividades solidarias de la Iglesia le permitió seguir yendo y no estar sola durante el confinamiento por la covid.

Cuando nos dirigimos juntas hacia ese mismo portal, Sotiros 7 es de hecho su segunda casa. Tocamos el timbre y trato de imaginar lo que supuso para ella encontrar este lugar recién llegada a Grecia, en aquel febrero de 2020. El interior es un lugar acogedor, tranquilo, lejos del ajetreo algo agobiante del centro de Atenas, con un agradable olor a canela y velas

encendidas.

Nos recibe la misma Annette, una señora rubicunda que habla con una voz suave, la misma con la que ayudó durante meses a Rezwana a seguir estudiando sueco. A través de escaleras de madera bajamos a la planta baja, donde están el salón comunitario y la cocina. Una gran mesa ocupa el centro de la sala, en cuyas estanterías lucen productos típicos suecos. Es casi finales de agosto, hace un calor asfixiante, pero dan ganas de encender la gran chimenea de la sala, mientras tomamos a pequeños sorbos la infusión caliente que nos prepara Annette. Unos minutos después se suma el pastor de la Iglesia, Björn, que bromea sobre el significado en sueco de su nombre, «oso», lo contrario de lo que sugieren su figura esbelta y sus modales.

Junto a Rezwana le explicamos el motivo de mi visita a Atenas y de por qué ella quería que yo viera este lugar. Comentamos el endurecimiento de las leyes de inmigración y asilo en Suecia. Él y Annette hablan de los primeros tiempos de Rezwana allí, de cómo empezó a participar en las actividades del centro, cocinando también para todos platos tradicionales afganos y un baklava que recuerdan como delicioso. Ella se ríe y en su cara se le pinta la misma expresión alegre y ligera que aparece cada vez que habla de Suecia.

Antes de despedirnos, subimos a la primera planta y nos sentamos un rato a escuchar a Paulina, la música del centro, que toca el piano cerca del rincón de rezo, rodeada de iconos religiosos y un candelabro de hierro forjado con unas velas encendidas.

Aquí vengo cuando necesito encontrar un poco de paz y de calma.

Aquí, en este rincón de Suecia engastado entre las callejuelas de Plaka, además de las galletas suecas que le gustan y los libros en lengua original de la biblioteca, Rezwana ha tejido una red de amistades que la ha arropado desde el comienzo de su segunda etapa en Grecia. Una familia extendida de la que forman parte mujeres como Birgitta e Inger, para las que Grecia es casa desde hace ya décadas. Rezwana quiere que las conozca.

*

21 de agosto de 2021. Birgitta

Birgitta y su familia gestionan un bar en el barrio de Pagrati, un poco más tranquilo que Plaka, y famoso por el Panathinaikó, el estadio de mármol blanco donde se celebraron las primeras Olimpiadas modernas. El bar es otro de los puntos marcados en rojo en el mapa personalizado que Rezwana ha ido delineando para encontrar su lugar en la ciudad a la que no quería volver.

A pesar del calor tórrido, vamos andando desde la plaza Syntagma. Cuando llegamos a la cafetería, que ocupa la esquina de un edificio al lado de un pequeño jardín público, Birgitta nos recibe con una limonada. Zigzagueando entre las mesas, Rezwana busca el lugar donde se sienta habitualmente y allí esperamos a que la anfitriona tenga un rato para sentarse a charlar con nosotras. Inger se hubiera sumado a la charla, pero está fuera de la ciudad. En estas dos mujeres, Rezwana ha encontrado dos figuras familiares en las que confiar.

> Me gusta estar aquí. Aquí y en el centro comunitario de la Iglesia es como si estuviera en Suecia. Con ellas hablamos de todo y no me siento juzgada. Me siento libre y tranquila. Sin ellas, yo no hubiera podido aguantar este último año y medio. Aquí y allí, en Sotiros 7, huele a Suecia. Muchas veces vengo aquí y cuando vuelvo a casa me siento totalmente diferente. Ellas me pueden entender, me entienden. Y si no he olvidado mi sueco es porque hablo con ellas dos y sigo practicando.

Birgitta deja de atender a los demás clientes y se acerca a la mesa. Antes de que Rezwana se lo pida ya le ha traído su tarta favorita, la *cheesecake*, especialidad de la casa. Melena color miel, ojos azules y una sonrisa juvenil que le quita muchos años, Birgitta lleva ya media vida en Grecia, después de enamorarse y casarse con un griego que había ido a Suecia para estudiar la carrera. Más tarde bromeará sobre esta comunidad de mujeres nórdicas, que llegaron en los años sesenta con los primeros vuelos chárter a Rodas o Creta y acabaron quedándose.

Sin quitarse el delantal, se sienta y empieza a recordar cómo conoció a Rezwana, entablando con ella un diálogo en el que los recuerdos de las dos se completan y se mezclan. Y, aunque el relato sea para mí, se dirigen la una a la otra, como si estuvieran escribiendo juntas la página de un diario.

Annette me habló de ti en la iglesia. Recuerdo que la primera vez que viniste al centro no hablamos. Te vi allí sentada con Annette y no participabas mucho. Llevabas aún el velo. Luego empezaste a venir más a menudo y ya sin el pañuelo, con tu pelo suelto, larguísimo y precioso.

Ya habíamos tenido a un chico iraní, Mezan, que tampoco podía volver con su familia en Suecia y que solía cocinar comida tradicional para nosotros. Y lo mismo empezaste a hacer tú y nos hiciste felices con los platos afganos tan ricos que preparabas.

Cuando nos contaron tu historia, nos enojamos con nuestro país, con Suecia. Solo miran tu nombre y la edad, y nada más. Lo mismo decía el cura, Björn. Además, ¿qué puede hacer Grecia que no puede cuidar ni de sus propios ciudadanos? Y, aun así, aquí gran parte de la gente es amigable. En Mitilene la gente ayudó mucho. Luego está la otra parte también… Pero, por lo general, la gente es comprensiva: no hay familia en Grecia que no tenga a alguien fuera, alguien que haya dejado el país en el pasado o ahora. Hemos pasado por una crisis económica muy dura y cuando las cosas son difíciles siempre se dirige la queja hacia los extranjeros.

Nosotros no podemos hacer mucho, pero hablamos, estamos si ella lo necesita. Y hemos tratado de hacerle ver un poco de la belleza de Grecia.

*

Cuando consigo hablar con Inger, una trotamundos enamorada de Grecia, usa casi las mismas palabras para expresar lo importante que es ya Rezwana para ellas.

Es como alguien de la familia para nosotras. Sabe que conmigo no tiene que fingir que está bien si no lo está, que puede llamarme y hablar, que puede llorar. Que puede llamar siempre que quiera, como la noche que tuvo una pesadilla y se despertó aterrorizada. Cuando hablo con Birgitta siempre hablamos de Rezwana, de cómo está, de lo que puede necesitar. Intentamos encontrar la manera de que se sienta arropada. Yo podría ser su madre, o mejor su abuela, ya que tengo setenta y tres años y, quizá, tanto yo como Birgitta somos para ella, al menos un poco, la familia que no tiene aquí.

¿Tú crees que es posible poder saber algo sobre lo que les pasó?

La pregunta sigue retumbando en mi cabeza desde que Rezwana me la planteó por primera vez. Estábamos en su habitación tratando de reconstruir los recuerdos del día del naufragio. Detuvo la conversación de golpe y me soltó esa frase a bocajarro. Me quedé en silencio unos segundos. Le dije que no sabía. Me pareció lo más honesto. Pero la cuestión era ya imposible de obviar y no podía dejar de pensar en ello. No tenía ni idea de si había una posibilidad de contestar, ni por dónde empezar.

Horas antes de que Rezwana me lanzase esa petición de ayuda me había reunido, en la terraza de un café a poca distancia de la plaza Syntagma, con Minos Mouzourakis, un joven abogado de la ONG Refugee Support Aegean. Sentados en una mesita a la sombra, tomando una limonada con menta para aliviar el calor, Mouzourakis me contó que llevaba poco tiempo de vuelta en Grecia después de unos años en Bruselas. Una apuesta valiente en un país donde las cicatrices de la Gran Recesión siguen supurando, y donde ayudar a refugiados y a solicitantes de asilo es un oficio expuesto a unas dosis de frustración inimaginable.

A Minos le contacté por sugerencia de Apostolis Fotiadis, el periodista griego que conocí en Atenas, allá por 2012, en los años más duros de la crisis griega. Le había contado que quería visitar uno de los campos donde cientos de refugiados afganos vivían atrapados en un limbo burocrático hostil. Eran los días posteriores al retorno de los talibanes al poder en Kabul, a mediados de agosto de 2021, y la prensa hablaba de Afganistán como si nunca nos hubiéramos olvidado, como si, hasta unos días antes, no se hubieran estado deportando desde Europa a los afganos que no habían conseguido el asilo. Las televisiones difundían a todas horas las imágenes de las estampidas mortales en el aeropuerto de la capital, con las delegaciones extranjeras que huían corriendo y miles de afganos obligados a abandonar sus casas con lo puesto, para

escapar de las represalias del nuevo-viejo régimen.

Pero lo que hoy copa los titulares mañana acaba en el olvido. Y así, mientras se cubría la llegada a Europa de las familias afganas evacuadas desde Kabul, ya pocos se acordaban de los miles que llevaban años varados en los campos de refugiados de Grecia. Pensé que tenía sentido aprovechar el viaje a Atenas para visitar uno de estos campos, donde las noticias desde Kabul rebotaban en mensajes ansiosos de móvil. Minos me ayudó a explicar por qué para muchos la espera se alargaba *sine die*.

Tras hablar con Rezwana, en una de las noches insomnes de aquel viaje a Grecia, pensé que Minos podía ayudarme a responder a su pregunta. Le llamé, le expliqué la situación y los hilos invisibles comenzaron a dejarse ver. Me recomendó contactar con una de las abogadas fundadoras de RSA, Natassa Strachini, que vive en Quíos, y el 28 de octubre de 2015 estaba en Lesbos. Ella era, según Minos, la mejor compañía posible si queríamos contestar a aquella pregunta.

20 de septiembre de 2021. Natassa

El 28 de octubre por la mañana había habido un primer naufragio. Estuvimos desde primera hora en el hospital de Mitilene, el único de la isla, al que trasladaban a los que habían sido rescatados. Allí llevaron a un niño afgano que viajaba con la familia de su tío. Este tenía además dos niñas gemelas y una acabó hospitalizada. Nos quedamos allí con ellos, esperando información sobre el estado de salud del pequeño. Al final se supo que había muerto. Había que comunicárselo a la familia, y ayudarles con la información y los papeles, y nosotros prestábamos servicios de interpretación en dari.

No se entiende el caos que vivimos si no se tiene muy presente que en aquellos meses no había nada organizado. Nos enfrentábamos a una enorme crisis humanitaria pero no había nada pensado para, por ejemplo, ayudar con las traducciones. Las personas desembarcaban en las playas de la isla y tenían que andar decenas de kilómetros hasta Mitilene, y esperar unos días o semanas para conseguir la documentación necesaria para poder seguir el viaje hacia el continente. Y no había sitio para alojarles, no había organización. Esta era la realidad entonces.

Nos quedamos en el hospital hasta primera hora de la tarde, ayudando a esta familia. La niña seguía ingresada. Cuando estábamos a punto de irnos, nos llega la llamada de nuestro

traductor desde Molyvos, en la otra punta de Lesbos: «Ha pasado algo horrible. No tengo aún detalles, pero parece que ha habido otro naufragio cerca de aquí». Contaba que un barco grande con mucha gente se había hundido y que el mar estaba lleno de personas. Vivas y muertas.

Así empezó todo. Una hora y media más tarde comenzaron a llegar los supervivientes al hospital. Estábamos en el departamento de pediatría y traían a bebés y niños de dos, tres, cuatro años… Todos no acompañados. Nadie sabía si habían perdido a la familia. Los pequeños no podían hablar o estaban en tan malas condiciones que ni siquiera los intérpretes conseguían entenderles. Algunos repetían solo: «Mamá, mamá».

Era como una zona de guerra. Las enfermeras estaban en estado de pánico, los médicos trataban de ayudar, pero no tenían material para intubar bien a los niños. Estaban morados, inconscientes, congelados. Nos quedamos ayudando porque faltaban manos. Los envolvíamos en mantas y teníamos que frotar sus piernas para que entraran en calor. Tenían algas pegadas por todas partes y olían a gasolina.

Se me quedó grabada en la cabeza la sensación del frío de sus cuerpos. El frío y sus lamentos, en esa especie de coma en el que habían caído. A tres de ellos los llevaron a la unidad de cuidados intensivos y luego a Atenas. Al día siguiente supimos que dos habían muerto. Otro niño falleció en el hospital aquella misma noche.

Había también adolescentes y, entre ellos, una chica afgana de unos dieciséis años con síndrome de Down. Buscaba a su madre. Nosotros íbamos de una unidad a otra porque nos dimos cuenta de que las familias habían sido separadas y necesitaban ayuda para encontrar a los suyos. Al final, después de horas, logramos reunir a la chiquilla con su madre. En todo aquel desastre, fue lo único positivo.

Puedes imaginarte el shock. Estuvimos toda la noche allí y la mañana siguiente también volvimos, aunque ya no se vivía esa situación de pánico generalizado ni esa sensación de estar en una zona de guerra sin que hubiera una guerra. Seguimos tratando de encontrar a las familias y conseguimos identificar a los niños y reunirlos con los padres.

Pero luego quedaban los muertos. En el hospital, en aquel momento, no había más espacio. No lo había para los supervivientes y no lo había para los muertos. Al tratarse de un accidente, los cuerpos tenían que guardarse hasta la intervención del médico forense. En la morgue no había más sitio. En los días siguientes trabajamos para que llegara un contenedor refrigerado donde se almacenaron decenas de cuerpos.

Natassa sigue con su relato de los recuerdos de aquel día, y yo pienso en la familia de Rezwana. Trato de imaginar esa cámara frigorífica que sirvió durante semanas de morgue improvisada. Es una imagen que me hiela la sangre, porque siempre he asociado estos *containers* a los camiones que trasportan mercancía perecedera en las largas distancias. Esa misma estampa la tendré delante de mis ojos un año y medio más tarde, en una ciudad de la región de Kiev, en Ucrania, con decenas de cadáveres apilados en dos contenedores frigoríficos aparcados ante la morgue demasiado pequeña del hospital de Boyarka, a unos veinte kilómetros al suroeste de la capital ucraniana. Pero, mientras escucho a Natassa y me estremezco, aún no puedo saberlo.

> Los naufragios se repetían y los cuerpos se acumulaban. Ya no era solo la morgue. El cementerio cristiano, en el que se empezaron a inhumar los cadáveres, ya estaba desbordado antes de ese naufragio. Y también comenzaba a haber reacciones contrarias por parte de la población local.
>
> Se tomó una decisión de emergencia, después de que nosotros, entre otros, hiciéramos presión, aunque la presión venía de la realidad misma: había que encontrar un lugar para enterrar a toda esa gente. Se decidió que sería en la localidad de Kato Tritos, a unos quince kilómetros de Mitilene. Se eligió una finca agrícola de propiedad municipal y allí se enterraron finalmente los cuerpos de las víctimas del naufragio del 28 de octubre y las que vinieron después. Oficialmente ese lugar no tiene licencia de cementerio. Se le llama cementerio de los refugiados y de los migrantes.
>
> No había un imán en Lesbos. En las semanas y meses posteriores al naufragio, el encargado de oficiar los entierros fue el que entonces era nuestro traductor, Mustafá, que había llegado a Grecia para estudiar Literatura griega. Fue él quien se encargó, de forma extraoficial, de la preparación de los cuerpos según el rito musulmán. Tardaron días en enterrar a todos y él salió destrozado de aquello. Él mismo mantuvo un registro informal de las tumbas.

Transcurrieron los meses y la solución de emergencia pasó de temporal a permanente, sin que esto significara que alguien, más allá del trabajo voluntario de Mustafá, se encargara oficialmente de los entierros y del mantenimiento de la explanada punteada de tumbas. Se intentó acondicionar el lugar, arrancando olivos yermos, pero muy pronto la

vegetación cubrió la tierra desnuda y engulló las lápidas.

*

Natassa no duda en sumarse a la misión. Nos ayudará a buscar información sobre la familia de Rezwana. Sugiere actuar por varias vías. La primera es realizar una prueba de ADN para verificar si los resultados revelan alguna correspondencia con los perfiles genéticos almacenados en la base de datos nacional. Es el primer paso, el que más tiempo y gestiones requiere, en un complejo ejercicio de equilibrio entre la burocracia formal y los contactos informales que evitan que el caso se estanque.

El siguiente paso es realizar un reconocimiento visual, de manera informal, comparando las poquísimas fotos que Rezwana guarda de su familia y las imágenes que se tomaron durante el análisis forense. Es un proceso demasiado duro para ella. En su lugar, se encargará Mohammadi, el traductor y mediador afgano que trabaja en la isla con RSA, y que sigue en contacto con el médico forense que realizó las autopsias en las semanas siguientes al naufragio.

Rezwana envía las fotografías de su padre, de su madre, de sus dos hermanas y de su hermano, con los nombres y las fechas de nacimiento, según el calendario persa, el oficial en Afganistán. En el chat compartido que hemos creado con Natassa, aparecen las mismas imágenes que me mandó tras nuestra primera llamada, hace ya un año y medio. Unos niños que serán para siempre niños y unos padres, jóvenes y sonrientes que así se quedarán en la memoria. A cada nuevo paso de la investigación le pregunto a Rezwana si está segura de querer continuar adelante. La respuesta es siempre la misma.

No te preocupes por mí. Yo quiero saber.

Un mes después, llega el primer resultado, y es que no hay ninguno. «Pero la identificación visual puede dar lugar a error, así que vamos a asegurarnos con el procedimiento por ADN. Tienen muestras de todos los que encontraron en la isla. Estoy intentando organizar todo. También chequeé los registros buscando certificados de defunción, pero tampoco había nada.

Volveré a mirar, por si acaso. Seguimos», escribe Natassa en el chat. Cuando lo creamos, me dio por poner en el asunto *«Hope»*, esperanza. Un nombre que en su momento me debió parecer una buena idea y que ahora me suena como una desafortunada ocurrencia.

28 de octubre de 2021. Mohammadi

Llamo a Mohammadi para agradecerle sus gestiones con el médico forense. Después de veinte años siendo testigo del horror en Lesbos, no es la primera vez que se enfrenta a este proceso. Desearía que fuera la última.

Llegué a Lesbos en 2002, justo después de que empezara la guerra en Afganistán. Fuimos de los primeros en llegar en lanchas neumáticas desde Turquía a la isla. ¿Fui un pionero? Ahora me río, pero fueron tiempos muy difíciles.

Me fui porque quería llegar a algún lugar donde vivir seguro, esta era la idea. Me daba igual que fuera Alemania o cualquier otro país. Cuando llegué, en el campo en el que nos metieron empecé a dar clases de inglés. Era un campo cerrado, una antigua prisión del ejército donde en veintidós habitaciones estábamos hacinadas unas 260 personas. Yo hablaba un buen inglés, tenía dos diplomas y pensé que era útil ayudar a los demás para que pudieran manejarse un mínimo: comprar comida, comprar un billete. Unos días después me eligieron representante de los refugiados del campo. Un mes y medio después vino la policía y me pidió quedarme en Lesbos como intérprete. Y esta fue la razón por la que me quedé aquí. Había encontrado un trabajo y me fui de ese campo cerrado en el que había pasado tres meses. Aun así, no pensaba en quedarme para siempre. E intenté irme. Estuve tres meses en Patras tratando de entrar a Italia sin papeles, pero me pillaron y me dieron una buena paliza. Decidí volver aquí. No quería quedarme, pero había hecho amigos locales que me ayudaron a integrarme. Y me gusta la isla porque es un paraíso, a pesar de todos los problemas que ves.

Con las fotos que me mandó Natassa lo intentamos, pero yo ya sabía que era muy difícil identificar a los cadáveres así. ¿Sabes por qué? Porque muchos cuerpos fueron encontrados días después del naufragio y no se les podía ni reconocer. Tenemos el caso de una familia de seis personas, padre, madre y los niños, todos ahogados, y a tres de los niños se les identificó por el ADN de los padres, pero a uno aún lo seguimos buscando. Te digo que la única manera de saber si algunos de los familiares de Rezwana están en la isla es con

el ADN.

Me preguntas si me acuerdo de ella… Un poco. Me acuerdo, sí, pero poco. Fue una catástrofe emocional aquello. Estábamos en el hospital y yo llevaba desde la mañana ayudando porque había habido aquel otro naufragio. Recuerdo a ese primer niño que llegó con sus padres hacia las 10:30 con la ambulancia y unos voluntarios españoles. Sigo en contacto con esta familia que ahora está en Alemania.

Luego empezaron a llegar los niños rescatados del otro naufragio. No paró de llegar gente hasta la medianoche. Me sentí como en una guerra. Un niño murió y tuvimos que informar a la familia, fue muy duro. Por eso los recuerdos de aquellos días se han vuelto borrosos.

Cuando me marché del hospital eran las tres de la madrugada. Me fui a casa para tratar de descansar algo y a la mañana siguiente estaba de nuevo allí porque Acnur y Cruz Roja estaban intentando reagrupar a los niños con sus padres. Todo era caótico. Nadie sabía si los padres estaban vivos o no. Se discutía sobre dónde había que llevar a los supervivientes, si a un hotel o a algún otro lugar. Al final los llevaron al peor sitio, a Moria. Fue un duro golpe, sobre todo para las familias que tenían a los niños en el hospital.

Luego, los muertos. Había tantos cuerpos que nos costó mucho tiempo organizar los funerales. Es difícil para mí recordar aquellos días. No era la primera vez que me enfrentaba a algo así. Los primeros muertos los había visto en 2002 cuando aún estaba en el campo, recién llegado. Seis personas se habían ahogado y me pidieron que ayudara con los entierros. Yo no soy una persona religiosa, pero traté de encontrar a alguien que pudiera hacerlo.

Pero el naufragio del 28 de octubre fue el peor. El mundo vio realmente la otra cara de la crisis de los refugiados, y a partir de allí empezaron a llegar más y más voluntarios, líderes religiosos. También hizo que las grandes ONG se involucraran más en los naufragios. Luego, todo se olvida rápido. Ayer hubo un naufragio en Quíos y no veo que haya habido muchos cambios en términos prácticos.

Acabamos la conversación porque Mohammadi tiene que llevar a su hijo pequeño al desfile de la fiesta nacional que rememora el Día del No, el día de 1940 en el que el dictador Metaxas rechazó el ultimátum de Benito Mussolini. Es el 28 de octubre y han pasado seis años desde el naufragio en que Rezwana perdió a toda su familia.

El hijo de Mohammadi nació en Grecia y pronto obtendrá la nacionalidad. No así él. Veinte años después de su llegada aún

lidia con la burocracia. Su primera solicitud de asilo fue rechazada en una época en la que menos del 1 % de los demandantes lograba el estatus de refugiado en Grecia. Tiene un permiso de residencia desde 2006, pero para solicitar la nacionalidad le piden un libro de familia y un certificado de nacimiento, documentos que solo en los últimos años se habían empezado a expedir en Afganistán con más regularidad.

> Cuando llegué íbamos cuatro, dos afganos y dos turcos. Dos nos quedamos aquí y otros dos se fueron, uno a Alemania y otro a Noruega. A este último le volví a ver en 2016 y me contó que acababa de renovar su pasaporte noruego por segunda vez.

*

Natassa contacta con la Fiscalía de Atenas y, después, con la delegación de la Cruz Roja Internacional en la capital, que tiene un departamento de especialistas forenses dedicado a la asistencia en la búsqueda de los migrantes desaparecidos.

Pocos días después de los primeros contactos, Rezwana también recibe la llamada de una periodista estadounidense que está investigando sobre los dos naufragios que hubo en Lesbos el 28 de octubre de 2015. Le asegura que cuando se entreviste con los especialistas del Comité Internacional de Cruz Roja (CICR), ella también les mencionará su caso.

Rezwana recibe una primera e inesperada llamada, el 15 de noviembre de 2021, para concertar una cita para la toma de las muestras. Natassa se pone en contacto con el forense del CICR con el que ha trabajado en otros casos para asegurarse de que él pueda seguir todo el proceso. Le conoce y se fía de su forma de trabajar, sabe que estará pendiente del caso. El médico se llama Costas Kouvaris y será él quien contacte con una comisaría de policía donde realizar la prueba. La muestra será transmitida primero al departamento de investigación criminal y de allí a la base nacional de datos, donde se guardan los perfiles genéticos de las personas no identificadas.

La cita es un miércoles de finales de noviembre. Le acompañan el doctor Kouvaris, Marina Spiridaki, que sigue el caso en Cruz Roja, y Minos, como representante legal.

Rezwana espera una hora su turno. Delante del agente de policía resume las circunstancias del naufragio, repite los nombres de su padre, su madre, sus hermanas y su hermano, contesta a preguntas formuladas sin empatía. El doctor recoge la muestra de la garganta de Rezwana y el agente redacta un informe. Minos queda impresionado por la compostura que ella mantiene durante todo el tiempo.

Me pareció algo extraordinario. Ver a alguien que está a punto de enfrentarse a este procedimiento, con todo lo que tiene que haber sido la locura de estrés, ansiedad y miedo, y ver que lo hace de esta manera, delante de alguien que habla otro idioma y representa a la autoridad, en un contexto como el de una comisaría…

Recuerdo que me limité a estar sentado a su lado y que tenía la sensación de que Rezwana sabía perfectamente lo que tenía que hacer. El que no parecía saberlo era el agente: trataba de hacer su trabajo, pero daba la impresión de no controlar muy bien cómo funcionaba todo aquello, de no entender ni la importancia del procedimiento ni cuán difícil y sensible era para ella. Creo que esta actitud se debió, en parte, a que el agente no había hecho ese trámite muy a menudo, y también al hecho de encontrarnos en una comisaría de policía, con ese ambiente frío, la gente en uniforme y la distancia que se agranda porque no se comparte el mismo idioma…

Sentí que era algo surrealista. Estar delante de algo tan humano, algo tan comprensible como seres humanos, perder a alguien querido y además en esas circunstancias, y darte cuenta de que para obtener información tienes que pasar por un procedimiento insoportablemente complejo, con mucha burocracia, muchos pasos. Una situación que te confunde y que tienes que aprender a gestionar, tienes que entender cómo funciona todo. Para mí fue una gran lección. Y lo fue gracias a Rezwana porque, y sé que puede sonar raro, me transmitió mucha fuerza para acompañarla en ese trámite.

Hay algo poderoso en ella, a pesar de todo lo que ha vivido. Quiero decir, cuando la conoces, tienes inmediatamente esta sensación de estar delante de alguien muy especial, por muchas razones. Hay un poder que emana de ella, que no es el tipo de comportamiento que tradicionalmente asociamos con el concepto de poder, gente que puede estar hablando en voz alta o que puede tener ese tipo de actitud altiva. Es su capacidad de estar completamente concentrada en lo que tiene que hacer, de estar presente, de comunicarse, incluso de sonreír. Procesa todo el dolor de ese día y es capaz de estar allí.

No he conocido a muchas personas que hayan sobrevivido a naufragios u otras experiencias traumáticas como esta, pero puedo decir con seguridad que no es habitual tener este tipo de actitud, de

madurez, esa capacidad de estar en contacto con tu realidad emocional.

Cuando le cuento el retrato que Minos hace de ella, Rezwana lo recibe con su habitual *«really?»*, como si no se creyera algo que he oído repetir casi con las mismas palabras a distintas personas. *A bright girl*, una chica brillante. Una niña ya mujer que, tras sobrevivir a un dolor indescriptible, irradia alrededor una fuerza extraordinaria.

*

«Ahora solo queda esperar. Al menos dos, tres meses». El mensaje de Natassa llega el mismo día de la prueba y viene a confirmar lo que ya nos había adelantado: el proceso puede ser muy largo y hay que armarse de paciencia.

«Querida, ayer fue bien. Y como dices, ahora toca esperar y ver qué pasa. Muchas gracias por todo, Natassa».

Releo la respuesta de Rezwana y me acuerdo de las palabras de Minos. Quedan meses de espera y lo más sensato es hacer como si nada acabara de ocurrir y seguir, un paso detrás de otro. Y Rezwana sigue. RSA le ha ofrecido un trabajo de media jornada como intérprete, algo que le permite tener un mínimo de autonomía y seguir con menos agobio los estudios de la academia de estética a la que se apuntó hace un año.

Hablo a menudo en estos meses con Natassa, con la que la relación es cada vez más estrecha. El contacto surgido por absoluta casualidad se ha convertido en el eslabón de una cadena de eventos que en poco tiempo han producido muchos cambios sustanciales en la vida de Rezwana. Pienso en cómo ese contacto fue el fruto de relaciones que se han sedimentado en los últimos diez años, los que han pasado desde que, por terquedad y curiosidad, decidí aprovechar unas vacaciones para realizar mis primeras coberturas sobre la crisis griega.

Natassa tiene un talento raro: es capaz de humanizar los momentos durísimos que se presentan en los casos que sigue y a los que se entrega con una pasión descomunal, a pesar de navegar en un mar de dificultades burocráticas. ¿Cómo empezó a meterse en esto? ¿Por qué empeñarse en seguir cuando, años después, las leyes, las dinámicas de gestión de la

inmigración, las trabas de la burocracia transmiten la impresión de estar permanentemente en un bucle?

Es una pregunta difícil. No sé. Probablemente es porque alguien tiene que hacerlo. He hablado decenas de veces de esto con Mohammadi, con los otros compañeros. Es duro, pero lo que nos motiva es sentir que estamos trabajando para que se respeten realmente los últimos derechos que una persona tiene: el derecho a que su familia sepa de su muerte, a que los suyos puedan despedirse y rendir homenaje. También el derecho de su familia a curar las heridas. No es sencillo, pero creemos que es también un derecho humano, de los que se quedan y de quien ha muerto. Y convendría que hubiera un sistema organizado que lo garantizara. Lo que ocurre, en cambio, es que los procedimientos dependen de cada lugar y a veces las cosas se logran de una manera fortuita.

En los últimos meses he estado trabajando en los casos de unos migrantes enterrados cerca de Evros, en la frontera entre Grecia y Turquía. Conseguimos localizar las tumbas y al final de todo el proceso es como si se hubieran convertido en parte de tu familia. No sé cómo explicarte.

He visto refugiados atrapados en los campos, luchando por obtener los papeles, y que sin embargo han querido participar en los entierros de unos desconocidos, personas rescatadas en los naufragios. En parte es cultural, pero en parte tiene que ver con algo muy humano: pensar en que alguien, si fuera necesario, haría lo mismo por ti; cuidaría de ti en el final de tu vida cuando no hubiera nadie más que pudiera hacerlo.

Empecé en esto en 2001, era muy joven. Tenía mi trabajo y durante quince años me ocupé de los centros de detención de inmigrantes de forma voluntaria. Entonces se trataba de estructuras completamente cerradas. Teníamos un grupo de voluntarios en mi isla, Quíos, y yo iba como abogado a estos centros. Había trescientas o cuatrocientas personas encerradas y en ese momento la gran mayoría eran hombres. La nacionalidad cambiaba dependiendo de cómo se recrudecían las guerras. Primero fueron los afganos, luego los iraquíes, luego los sirios… Yo seguía como voluntaria y realmente no quería mezclar el activismo político, digamos, con el trabajo.

Pero comenzamos a tener cada vez más naufragios y allí empecé a interesarme y a trabajar en esos casos de migrantes desaparecidos, sin ni siquiera saber muy bien en lo que me estaba metiendo. En el primer naufragio del que me ocupé en la navidad de 2002, cerca de Quíos, hubo cuatro muertos y cinco desaparecidos. Muchos años después, un chico se presentó en la oficina de registro de la isla porque buscaba a su padre, un joven sirio que había muerto en aquel

accidente. El hijo vive ahora en el norte de Europa y me llamó porque, veinte años después, quería saber dónde estaba enterrado su padre.

Para las familias es una herida que no se cierra nunca, pero es aún peor si no hay un cuerpo, una tumba, un lugar hacia el que dirigir el dolor de esa catástrofe inmensa. Por eso seguimos, para dar a estas familias esa posibilidad.

Lo que Natassa explica con empatía tiene un nombre técnico y así aparece en decenas de informes de las agencias de Naciones Unidas y publicaciones científicas: se llama la «pérdida ambigua», el estado de limbo emocional en el que quedan los familiares de los que desaparecen, una condición psicológica donde el dolor se mezcla con la esperanza, y la esperanza se convierte en desesperación a medida que pasan los años sin saber dónde están sus seres queridos. Vivos o muertos. Un estado de estrés psíquico permanente al que se enfrentan la mayoría de los que pierden a alguien en una de las rutas del Mediterráneo hacia Europa.

En uno de esos informes, publicado en noviembre de 2022 por la Cruz Roja Internacional, encuentro un dato que ayuda, por si fuera necesario, a cuantificar la magnitud de la tragedia. En Grecia, más de un tercio de los migrantes muertos en la frontera entre 2014 y 2019 no han podido ser identificados. Desde 2014, en el Mediterráneo han desaparecido más de 26 000 personas intentando llegar a Europa.

*

Mientras Rezwana va a la comisaría para la toma de la muestra, yo preparo la maleta para el primer viaje que haremos juntas. El destino es el que su padre soñaba cuando dejaron Kabul y donde ella fue feliz durante dos milagrosos años: Suecia. Falta un puñado de días para su vigésimo cumpleaños y ha decidido celebrarlo allí, con los amigos que ya son familia, en el lugar que ella siente y anhela como su casa.

25 de noviembre de 2021. Västerås, Suecia

La hora violeta en Västerås a finales de noviembre es a las tres de la tarde. En las aguas ya heladas del lago Mälaren se refleja aquella alquimia de colores en la que, por unos instantes, el día y la noche se confunden, las horas se detienen y los pensamientos oscilan en un anochecer que podría ser amanecer y viceversa. No hay prácticamente nadie aparte de nosotras cerca de los muelles de Lögarängen y este es el primer regalo que Rezwana comparte conmigo en el comienzo del viaje juntas a Suecia.

Acabamos de recorrer en coche los cien kilómetros que separan Estocolmo de esta zona del centro del país. Durante el viaje, hemos repasado como dos turistas felices los planes para estos días. Tras comer en un restaurante kurdo, esta es nuestra primera parada. Ni el perfil de la central térmica que estalla en el horizonte, con sus chimeneas humeantes, rompe la sensación de quietud en este lugar.

Yo he llegado a Suecia un día antes y esta mañana he ido a esperarla pronto al aeropuerto de Arlanda, para seguir juntas hasta aquí. Me he entretenido un buen rato en la sala de llegadas, tratando de imaginar las historias detrás de los abrazos que se producían delante de mis ojos. Del vuelo directo desde Atenas, han salido varias familias de origen mediooriental cargando con muchas maletas. Quizá ellos también han desembarcado con el deseo de quedarse aquí, tras pasar un tiempo en el limbo de la acogida en Grecia.

Cuando por fin he divisado a Rezwana entre la multitud, se la veía radiante. Ha llegado perfectamente maquillada, como a ella le gusta, el pelo suelto y aún más largo que cómo lo tenía cuando nos encontramos en agosto. Hoy, a punto de cumplir los veinte años, su apariencia es muy distinta a la de la chica que llegó con la cabeza cubierta por un velo hace dos años. Desfilaba entre los demás pasajeros cortando el aire con paso firme. Nos hemos abrazado al vernos.

Ahora, mientras paseamos por una de las calles principales de

la ciudad, ella no para de repetir *«oh my God!»* cada vez que se encuentra con algo que le enciende un buen recuerdo, la materialización de una de aquellas *good memories* de las que tantas veces me ha hablado.

*

26 de noviembre de 2021. Malin

En la enorme sala, con pequeños espacios de descanso acristalados y la parte central amueblada con bancos de madera como si fuera un jardín, cuelga una gran bandera de la Unión Europea. El azul de la insignia hace juego con las taquillas que ocupan las paredes de los pasillos. Rezwana los atraviesa con soltura, reconociendo las aulas en las que estudió durante un año y medio. Recorremos apenas unos metros cuando estalla en una gran risotada. Acaba de ver a Ali y Mahdi, dos de sus compañeros de clase que se han enterado de que hoy iba a venir aquí y le han querido dar una sorpresa. Rezwana está feliz.

> ¡Son como mis hermanos! Yo en Afganistán no trataba con los chicos. Ellos han sido mis primeros amigos.

Ambos son afganos. Ali, que ahora es un joven hombre alto y delgado, llegó a Suecia en 2014 a través de la ruta de los Balcanes siendo aún un crío. Tenía catorce años y viajaba con su madre y su hermano pequeño, que siete años después ya ha adquirido la nacionalidad sueca. Ali quiere ser electricista. Me pregunta por España, de la que solo conoce Torrevieja, donde estuvo hace un par de años de vacaciones con su hermano. Él tiene reconocido el estatus de refugiado al igual que Mahdi, que tiene veinte años y ha estudiado para ser peluquero. Le ha prometido a Rezwana que la contratará cuando abra su propio negocio, así podrá volver a Suecia.

Les dejo hablar entre ellos, en una mezcla de dari e inglés, que usan para que yo les pueda entender. Mahdi se sacó hace poco el carné de conducir y Rezwana dice que conduce demasiado rápido. Recuerdan los días que compartieron juntos en este lugar y se ríen a carcajadas cuando ella les reprocha

haberse alegrado el día que se le estropeó el móvil con el que ella seguía grabando vídeos para el recuerdo. Las *good memories*: las risas y el enfado de una profesora cuando ellos seguían charlando y contando chistes, el día a día de unos chicos de instituto. Llega Malin, y Rezwana se despide de sus dos amigos con la promesa de volverse a ver en los próximos días.

Malin Hedin fue su profesora de sueco aquí, en el instituto Carlforsska de Västerås, donde se imparte formación para los extranjeros que llegaron de adolescentes. Entramos en una de las aulas y nos presenta a sus estudiantes, que vienen de Siria, Afganistán, Tailandia, Somalia, Eritrea, Burundi, China, Congo, Irán… Todos repiten en coro primero el nombre de Rezwana, luego el mío. La mayoría ha llegado por reunificación familiar. Uno de los chicos, al oír la historia de Rezwana, cuenta que él llegó solo a Suecia tras haber pasado dos años en Salónica.

Rezwana avanzaba muy rápido en estos cursos de inmersión, recuerda Malin, sentada en uno de los pequeños despachos que usan los alumnos para estudiar. Sus ojos verdes se iluminan cuando habla de su trabajo.

> Cuando Rezwana llegó había mucha gente que solicitaba asilo, se había enfrentado a un viaje muy duro, había perdido a miembros de su familia sin saber dónde se encontraban. Todo era un «¿podré quedarme?» y era muy complicado. Estos estudiantes ahora están, en cambio, más tranquilos. Llegaron con su familia, no tienen miedo, no echan de menos a alguien. No vivir ese estrés postraumático les permite centrarse más en sus estudios, al no tener tanta preocupación por su situación.
>
> Rezwana era muy aplicada, siempre quería ir a más. Quería escribir, aunque le fallara la gramática y le faltaran palabras para expresar todo lo que quería decir. En poco tiempo consiguió entrar en los grupos más avanzados. Cambiaba rápido de un grupo a otro y estaba muy orgullosa de ello. Hay gente que logra el nivel necesario en dos años y hay quien nunca lo consigue.
>
> Llevo seis años trabajando en este programa y lo elegí también por la educación que tienen los estudiantes, por el respeto que aún guardan hacia el profesorado. Tienes más horas de clase con ellos y puedes establecer una relación, enseñar algo más a los chicos y no solo prepararlos para que superen los exámenes.
>
> La de Rezwana era una buena clase, teníamos muchos debates. Ves

que llegan con el velo y, de repente, empiezas a verlo cada vez más atrás, cada día un poco más, hasta que algunas se lo acaban quitando. Ella siempre lo llevó mientras estuvo aquí. La primera vez que la vi sin él fue cuando vino de vacaciones. Para mí es importante que las chicas en clase entiendan que ellas son independientes y que pueden elegir lo que quieren hacer porque este es un buen valor que tenemos aquí en Suecia, que las mujeres tienen las mismas oportunidades que los hombres.

Cuando supimos que Rezwana se iba, y fue poco antes de que pasara, fue muy triste porque era una muy buena estudiante y te podías imaginar un buen futuro para ella aquí en Suecia. Además de buena alumna, es buena persona, está pendiente de todo el mundo así que todos la querían y la echaron de menos. Lo que ha pasado no tiene sentido. He tenido también casos de chicos afganos que han sido devueltos a su país después de 2015.

En el instituto sueco, Rezwana se cubría la cabeza con el velo, pero empezó a quitárselo cuando salía con su familia a la calle. Se desprendió de él definitivamente unos meses después de su regreso a Grecia. Desde entonces va sin velo a todas partes, luciendo su largo pelo, liso, castaño y brillante, como las melenas de las modelos en los anuncios. No siempre fue así.

En los primeros meses en Grecia mi pelo se puso muy feo. Yo no comía bien y mi cabello lucía feo. Estaba muy seco, no lo podía desenredar. Tuve que cortarlo. Recuerdo que yo al principio no quería, porque me acordaba de todas las mañanas en las que mi madre me peinaba: ese pelo seguía siendo el que ella había tocado y peinado tantas veces.

*

Fauzia aún sigue llevando el velo cuando sale de casa. Llegó a Suecia en 2018, el mismo año que Rezwana, pero lo hizo junto a sus hermanos y su madre en un avión desde Pakistán, donde residían tras haber dejado Afganistán. En 2015 había llegado su hermano, que era entonces menor de edad, y a través de él lograron la reunificación familiar. Solo su padre sigue en Pakistán, sin saber cuándo obtendrá el permiso para reunirse con el resto de su familia. Son de etnia hazara, uno de los grupos étnicos más perseguidos de Afganistán.

A las afueras de Västerås, Fauzia vive en el último piso de un

edificio de dos plantas, junto a su madre, sus tres hermanos y cuatro de sus cinco hermanas, ya que la mayor está casada y vive por su cuenta. En el gran salón de la entrada me reciben su madre y Raida, la más pequeña de las hermanas, con una gran bandeja de frutos secos y un té que restituye calor al cuerpo, poco acostumbrado a las temperaturas de estas latitudes. Fauzia se está preparando para celebrar su cumpleaños: fue hace unas semanas, pero decidió esperar hasta este domingo, 28 de noviembre de 2021, para compartir la fiesta con Rezwana, que en unas horas también cumplirá los veinte.

Fauzia era —es— la mejor amiga de Rezwana aquí en Västerås. Se conocieron en el instituto y se hicieron inseparables. Cuando programamos el viaje a Suecia lo organizamos para que coincidiera también con la fiesta de cumpleaños de las dos.

Me entretengo charlando en el salón con las hermanas de Fauzia, mientras ella y Rezwana se arreglan para la celebración. Cuando salen del cuarto ambas lucen el mismo vestido largo y rojo que Fauzia ha comprado para las dos por internet. Se han peinado dejando el pelo largo y liso suelto, pero marcado con suaves tirabuzones. Rezwana se maquilla con los trucos que ha aprendido en la academia de estética en Atenas. Antes de prepararse para la fiesta, Fauzia ha dejado listo el *biryani*, la receta tradicional de arroz y pollo que será el plato fuerte de la fiesta. El olor de las especias llena el salón.

Cuando todo está listo, nos despedimos del resto de la familia y acudimos a la buhardilla de Mahdi, el primo de Fauzia, que también vive en Västerås y que esta noche ha dejado su habitación para la celebración de las chicas. Un rincón del salón ha sido decorado con esmero. Sobre una mesa baja, hay galletas variadas, dulces cubiertos de chocolate o canela, palomitas y fruta fresca. Dos pequeñas lámparas con forma de linterna adornan ambos lados de la mesa y en la pared del fondo unas pequeñas luces y unos globos dorados rodean un gran veinte plateado que ocupa el centro de la escena.

Rezwana y Fauzia se aseguran de que todo esté listo. La pantalla de televisión retransmite videoclips de cantantes

iraníes y afganos, música persa tradicional o versionada que resuena en la pequeña estancia mientras fuera anochece sobre los chalés de madera que pueblan la zona. Poco a poco empiezan a llegar las invitadas, las amigas más íntimas, y se va formando un gineceo en el que las horas pasan entre risas, confidencias y bailes. Yo soy la invitada exótica de la fiesta, la observadora participante que de vez en cuando se retira para mirar hacia la ventana y dejar que las chicas disfruten de su celebración de veinteañeras. Son minutos contados, porque Rezwana está siempre pendiente de que yo participe.

Entre sus amigas, dos llaman mi atención. Ambas van vestidas de negro y si ven que saco el móvil para grabar o tomar una foto, vuelven a ponerse el velo que se habían quitado un segundo antes. Tienen la misma edad de las demás, pero llevan años casadas con unos hombres que sus familias eligieron por ellas. Los maridos no están aquí. Ellas llegaron por reunificación familiar a Suecia y ellos se quedaron atrás. El de una de ellas sigue en Afganistán, el de la otra se ha quedado atrapado en Italia. Para ambas, casi una liberación.

El centro de la habitación se convierte en una pista de baile, con un enredo de pasos y brazos que se levantan al ritmo de la música. Dejo de tomar imágenes para que las dos chicas vestidas de negro también puedan soltarse la melena y disfrutar de este momento de ligereza y libertad junto a sus amigas. Me acuerdo de lo que me contó meses antes Rezwana, el terror que sintió cuando se quedó sola en Grecia y su tío paterno le insistía en que regresara a Afganistán para casarse con alguien de allí.

Meses después, una de las dos chicas vestidas de negro, Bano, protagonizará una aventura cargada de libertad y valentía, en la que no se olvidará de Rezwana.

*

El tren atraviesa bosques de pinares y abetos, cubiertos de una fina capa de hielo. No es aún el paisaje nevado y monocolor del invierno, pero el sol va bajando detrás de las nubes y el efecto de contraluz esfuma los colores y perfila en gris oscuro los albores y las casonas. Viajamos a Fagersta, la primera ciudad en la que Rezwana vivió en Suecia, antes de que su tía

se mudara con su familia a Västerås, atraída por las mejores oportunidades de trabajo. El traslado ocurrió unos meses después de que Rezwana llegara a Suecia. En Fagersta vivió poco tiempo, pero aquí hizo sus primeras amistades entre la diáspora afgana y aquí entró en contacto con el sistema educativo sueco.

El viaje desde Västerås dura menos de una hora. Cuando bajamos del tren me doy cuenta de que ya he pisado estos andenes: en noviembre de 2015 hice aquí un transbordo camino a la región de Dalarna, un poco más al norte, para reunirme con una familia de refugiados sirios, los Khalaf, que había conocido meses atrás en Lesbos. Desde la isla griega habían emprendido la ruta de los Balcanes y, tras una odisea de dos semanas, acabaron alojados en Fredriksberg, un pequeño pueblo de unas ochocientas personas rodeado de bosques. Un shock para alguien que venía de Alepo, una ciudad que, antes de la guerra que ha devastado Siria, tenía tres millones de habitantes. Los Khalaf fueron afortunados porque consiguieron llegar antes de que Suecia aprobara las primeras restricciones de su política de asilo, anunciadas aquel mismo noviembre, justo en los días en los que yo me reunía con ellos en su nueva casa.

Me acuerdo de la conmoción que generó el anuncio del primer ministro socialdemócrata, Stefan Löfven, de poner fin a la política de puertas abiertas del país. «Estamos adaptando la legislación sueca temporalmente para que más personas elijan buscar asilo en otros países… Necesitamos un respiro», dijo Löfven. «Me duele que Suecia ya no sea capaz de recibir a los solicitantes de asilo al alto nivel que tenemos hoy» añadió, criticando las resistencias en la UE a repartir la carga de la acogida entre más países del bloque, la misma reivindicación mil veces desoída de los primeros países de llegada, como Italia, España o Grecia. Cuando le tocó su turno, a la vicepresidenta del Gobierno de coalición, la verde Åsa Romson, la voz se le rompió mientras trataba de contener las lágrimas. Era el comienzo del final de una era en la política de asilo del país.

Volver a estar seis años después en este mismo lugar, para contar también las consecuencias de lo que vino entonces, es,

de alguna manera, cerrar un círculo.

*

26 de noviembre de 2021. Gun

A las puertas de la estación, Gun recibe a Rezwana con un gran abrazo.

Gun Alingsjö Bäck fue su *god man*, un tutor legal que en Suecia tienen todos los menores no acompañados. En 2015, tras la llegada de 35 000 niñas y niños refugiados sin familia, hubo campañas de sensibilización en busca de voluntarios para familias de acogida. Por aquel entonces Gun, una maestra jubilada, ya llevaba años colaborando con refugiados.

Antes de ir a su casa, damos un paseo en coche por la ciudad que fue, durante siglos, un importante centro minero y nos acercamos al primer instituto de Rezwana en Fagersta. Hay aún algo de luz, pero empieza a hacer mucho frío. Bajamos del coche y la hierba helada cruje bajo nuestras pisadas. Rezwana estuvo tan solo unos meses en este instituto, pero se emociona recordando la experiencia. En Grecia le costaba mucho seguir las clases en el colegio público, no conseguía hacerse a aquel idioma que asociaba al trauma que acababa de vivir. De hecho, en Atenas sigue hablando en inglés a pesar de entender perfectamente el griego. Aquí, sin embargo, se desenvuelve en sueco con soltura.

En una de las aulas del instituto, Rezwana divisa a Maria, que fue su profesora durante un mes y medio. No tenemos una cita concertada y solo da tiempo para un rápido saludo. Rezwana empezó sus clases cuando ya había recibido la primera resolución negativa de su solicitud de asilo. Aunque solo compartieron algunas semanas, Maria se acuerda de aquella chica que se esforzaba siempre en sonreír a pesar de pasar por tiempos difíciles. «Lo peor de trabajar en este contexto es que a menudo hay alguien que desaparece, porque lo trasladan o porque sencillamente huye. Es muy difícil empezar una nueva vida desde cero», dice.

Mientras nos dirigimos hacia la casa de Gun, pasamos por el edificio en el que Rezwana vivió junto a la familia de su tía. Es

una de las urbanizaciones construidas a partir de los años cincuenta para las familias de los obreros de las grandes fábricas, muchos de ellos finlandeses, que recalaron aquí en busca de trabajo tras la Segunda Guerra Mundial. Pasados unos años, los inquilinos solían mudarse cuando conseguían ahorrar lo suficiente para construir o comprar su propia casa en la ciudad. Es el caso de la tía de Rezwana, que decidió invertir los ahorros en un piso en Västerås.

Gun y su marido también construyeron hace años el chalé en el que ella sigue viviendo. Son las cinco de la tarde, pero es ya noche oscura. En las ventanas del vecindario asoma la luz de las *julstjärna*, las tradicionales lámparas con forma de estrella que anuncian la proximidad de la Navidad. Una típica estampa sueca ante la que Rezwana siente sosiego y calma.

La casa de Gun es cálida y acogedora y ella nos invita sin muchas formalidades a sentarnos para comer en la cocina unos macarrones con carne y champiñones, que ha dejado preparados y que vuelve a calentar rápido. Luego, con la mesa ya retirada, esta mujer de apariencia fuerte y decidida se dirige hacia otra habitación y vuelve poco después con una carpeta de cartón amarillo llena de papeles y documentos. Los mira, uno a uno, para ir reconstruyendo el caso de Rezwana, para repasar lo que se pudo haber hecho y lo que no.

> Tienes que estar pendiente de ellos, ver si necesitan algo, tienes que acompañarlos para los papeles, llevarlos al médico. Hace diez años era más fácil, la ley no era tan estricta como ahora. Y tenían el permiso de residencia en tres meses. Entonces ser *god man* era algo nuevo. Algunos decían que era una figura que no hacía falta, pero la realidad es que los chicos necesitan que alguien los acompañe.
>
> A Rezwana la conocí en febrero de 2018. Era una menor y viajaba sola con dieciséis años… Cuando fui a su casa para conocer a su familia, recuerdo que toqué al timbre y me abrió Shakila y le dije: «Pero yo te conozco». Y ella también se acordaba. Ella trabajaba en el centro para menores donde yo iba a visitar a algunos de los chicos y un día le pedí que me ayudara a traducir.
>
> Hace unos días volví a mirar todos los papeles y pensé que, en su momento, alguien tendría que haberles explicado desde el principio que evitaran presentar de nuevo aquí la solicitud de asilo. Esta no era la vía. Se hubiera tenido que buscar otra.
>
> Una opción que luego se barajó era presentar una solicitud por motivos de estudio, pero para esto Rezwana tenía que haber pasado

el examen preparatorio para ir al instituto y no le dio tiempo de hacerlo antes de que la devolvieran a Grecia. Cuando ella ya estaba allí, yo siempre pensaba en cómo podía seguir estudiando sueco para mejorar y volver a hacer el examen.

Hicimos todo lo que se pudo. Me acuerdo de que todos pensábamos que algo pasaría y que lograríamos que se quedara. Así que fue una sorpresa cuando recibí el mensaje de que Rezwana había dejado el país. Y pensé que las autoridades griegas y suecas tendrían que haberse puesto en contacto para que alguien la recibiera allí. Y la acompañara.

Antes de que se fuera, le había regalado un collar. No podía regalarle una cruz así que elegí una paloma, un símbolo de paz. Que ella pudiera también vivir en paz.

Ese collar dorado Rezwana lo llevaba puesto la primera vez que la vi y lo sigue llevando. También conserva el corazón de madera que Gun le regaló como símbolo de la acogida a los extranjeros, diciéndole que abrazaba su corazón con sus manos.

Gun me pregunta por qué estamos haciendo este trabajo, cuál es el propósito de reconstruir toda la historia de Rezwana. Enseguida saca de la carpeta un informe que, tras pedir permiso a Rezwana, empieza a resumir, traduciendo del sueco al inglés. Es uno de los documentos que se envió a la Oficina de Inmigración. Lo redactó lo que aquí se llama un *kurator*, un psicólogo presente en los colegios para ayudar a los estudiantes. Gun elige algunas frases y las lee:

Aquí, habla del naufragio, de la familia, de que ella está buscando a su familia… Cuenta que después de dos años y medio en Grecia ha llegado a Fagersta. Subraya el sufrimiento físico y mental, esa sensación de vivir con un peso en el pecho, que le quita el aire y no le permite respirar. Escribe que a veces llora y se siente como muerta en vida, que a veces piensa en hacerse un corte para sentir el dolor. También cuenta que ama ir al instituto, que le gusta estudiar y aprender cosas nuevas, que quiere seguir estudiando aquí como deseaban sus padres y quiere aprender bien el sueco para ser abogada y luchar contra las injusticias. Que con su familia aquí se siente segura, pero que le falta calma, porque vive esa sensación de inseguridad por no haber conseguido el asilo aquí… Tiene ataques de pánico, dolores físicos. Necesita sentirse segura para estar mejor.

*

27 de noviembre de 2021. Shakila

La casa de Shakila, la tía de Rezwana, se encuentra en un bloque de edificios de tres plantas dentro de una urbanización ordenada y tranquila, con sus pequeños jardines, callejuelas arboladas y marquesinas para aparcar las bicis. Diez años después de haber llegado a Suecia, todos los miembros de su familia han adquirido la nacionalidad sueca y su vida aquí empieza a tener la forma de la de quienes se han asentado para quedarse para siempre. El calor que te envuelve al entrar en la casa hace olvidar el frío exterior de esta mañana helada de finales de noviembre. Shakila nos acoge con una infusión caliente, una bandeja de frutos secos, otra de fruta fresca y una llena de *kanelbullar*, los típicos bollos suecos de canela, comprados en una de las mejores pastelerías de la ciudad.

En este piso sigue habiendo un sitio para Rezwana. Aquí ha dejado sus pertenencias y algunos de los mejores recuerdos de los dos años que pasó en Suecia.

> Al principio fue muy duro no tenerla aquí. Yo pensaba todo el rato en ella, lo que estaría haciendo, si estaría comiendo, si estaba bien. Ella allí, sola. Y nosotros aquí, echándola de menos.

Shakila habla despacio para que Rezwana pueda traducir, pero también porque es una mujer reservada a la que le cuesta hablar de lo que sintió cuando esa sobrina, que ya era una hija más, tuvo que dejar Suecia.

> La última vez que la vi en Kabul, Rezwana era aún una niña. Era muy tranquila. Negin, su hermana, era más movida, pero ambas eran muy respetuosas. Recuerdo que jugaban mucho con mi hijo. Hadith tenía entonces dos años. Y a la pequeña Mehrumah, que nació después de nuestro último encuentro, no la conocimos. No podíamos hablar con frecuencia cuando ellos estaban en Afganistán porque la conexión no era buena.
>
> Me enteré de lo que había pasado con el barco por Facebook, porque unos familiares colgaron noticias de lo que había ocurrido en Grecia. Entonces pedimos el número de Rezwana a sus tíos, que viven en Kabul, con los que ella había logrado contactar estando ya en Grecia. Tardamos algunos meses en tenerlo y por fin pudimos hablar con ella.
>
> Teníamos claro que ella tenía que venirse aquí, a vivir con nosotros. Y, por otra parte, esta era la idea que tenía su padre. Yo estaba muy

preocupada, sabiendo que ella se encontraba en Grecia sola. Fueron tiempos difíciles, porque en ambos lados estábamos esperando. Cuando por fin llegó aquí, todos estábamos felices y a la vez tristes porque llegaba sola, sin el resto de su familia.

Yo también vi la foto que alguien colgó en Facebook y donde se ve a ese hombre que se parece a Naseer sujetando a una niña. Al principio también quería creer que era él y que la niña era Negin. Pero después de un par de minutos mirando la imagen me di cuenta de que no, no eran ellos.

Cuando fuimos a recoger a Rezwana al aeropuerto solo podíamos llorar. A veces no puedes expresar con palabras tus sentimientos. Queríamos que pudiera estudiar, hacer aquí su vida, con nosotros.

Aquí estamos bien, tenemos lo que nos hace falta, tenemos trabajo y mis hijos pueden trabajar y estudiar. Me gusta todo de Suecia. Me gusta no tener miedo cuando yo y mi hija volvemos a casa de trabajar a las diez de la noche, me gusta no tener miedo al andar sola por la calle. Me siento segura y esto es lo que más aprecio, esta tranquilidad, esta seguridad…

A menudo pienso en mi gente allí en Afganistán, sobreviviendo, y sí, aquí somos felices, pero no puedo dejar de pensar en ellos. Yo recuerdo otro Afganistán, cuando yo era una niña e iba al colegio y no había guerra. Recuerdo cómo era Kabul hace cuarenta y cinco años, o en los ochenta, durante la época de los rusos. Era una ciudad tranquila. Claro que no era como aquí ahora, había problemas, sobre todo económicos, pero estábamos a salvo. Yo amo Afganistán, pero nadie quiere estar en un sitio donde hay bombas, asesinatos, miedo.

Por eso nunca pensamos que Rezwana pudiera volver allí.

PARTE 7. Kabul-Kiev-Lesbos

Ha pasado una semana desde que los talibanes tomaron Kabul. Son los días de la huida en estampida de las misiones diplomáticas occidentales y de los soldados estadounidenses, el abandono caótico de las bases militares saqueadas por los viejos-nuevos dueños del país, la evacuación angustiosa de miles de civiles empleados o colaboradores de las organizaciones internacionales y de los países de la alianza militar que llegaron al país tras el 11-S para perseguir a Bin Laden y «exportar la democracia».

Mientras charlamos en el bar de Birgitta en Atenas, Rezwana recibe un mensaje en el móvil de uno de sus tíos desde Kabul. *«Oh my God!».* No puede contener la emoción. El mensaje dice que su tía, la hermana de su madre, y sus primas, que se habían acercado días antes al aeropuerto de Kabul para tratar de coger uno de los vuelos de evacuación organizados por Estados Unidos, están en un avión rumbo a Qatar.

Birgitta y yo nos alegramos. Pero Rezwana se encarga de subrayar todos los matices de la «buena» noticia.

Mi tío dice que cogieron el vuelo hace media hora. Siete personas, mi tía y seis primos. Estuvieron esperando tres días y tres noches en el aeropuerto. Y antes fuera, sin comida ni agua. Una de mis primas que tiene dos bebés renunció y se fue a casa, porque hacía demasiado calor y no podía seguir estando en aquellas condiciones con los pequeños. Ella se ha quedado ahora en el país.

Me alegro tanto de que hayan conseguido salir. Mi tía era un poco nuestra heroína, trabajaba en el Ministerio de Sanidad. Por eso ahora tenían miedo, también por mi prima que ha estado trabajando en la radio Voice of America en Kabul. *Oh my God*, hasta que no lleguen a Qatar no me lo creeré.

Han tenido que salir corriendo, cerrando detrás de ellos la puerta de su casa sin más, sin saber cuándo y si volverán. No han tenido tiempo de despedirse de nada ni de nadie.

Ahora que los talibanes se han hecho de nuevo con el control del país, me acuerdo de lo que mi padre, que había pasado mucho tiempo con los soldados afganos, le decía a mi madre cuando el presidente Ghani, el que ahora ha salido huyendo, tomó posesión. Se hablaba de miles de soldados afganos formados, y mi padre decía

que no se creía nada y que acabarían siendo parte de un juego en el que muchos no sobrevivirían.

Las imágenes que he visto estos días me duelen porque en el colegio siempre nos decían que era nuestro país, y que nosotros seríamos el futuro de nuestro país. ¿Dónde queda ahora toda esa esperanza? Fue solo un espejismo. Me duele ver los vídeos de los talibanes que quitan la bandera del país, la misma que yo ondeaba con orgullo cuando era una niña. No tenemos ya ni bandera. Ahora es la bandera de los talibanes la que ondea. No sé cómo explicarlo, pero es un dolor, una rabia que te atraviesa el cuerpo como si estuvieras ardiendo.

Una amiga me ha mandado un mensaje que ponía: «Rezwana, no sé qué pasará, pero estoy contenta de que tú no estés aquí ahora». Y es verdad. Aquí estoy a salvo. Es lo que han hecho mis padres por mí, perdieron su vida para salvar la mía.

*

En las semanas y los meses que siguen al regreso de los talibanes, la cobertura informativa alterna la sobredosis con el silencio, siguiendo ritmos bipolares desligados de las urgencias que vive el país. La crisis humanitaria se agrava. Vuelven las noticias de atentados en las mezquitas. El nuevo Gobierno trata de salir del aislamiento internacional mostrándose benévolo con la prensa de medio mundo, que ha vuelto a patear el país con grandes despliegues o pequeñas incursiones organizadas por *freelance* curtidos en la información internacional.

Mientras regresan las viejas restricciones para las libertades y la vida de las mujeres, portavoces y ministros del autoproclamado Emirato Islámico de Afganistán conceden entrevistas a las enviadas de medios internacionales. Trabajar en este momento en el país no parece difícil. Es cuando empiezo a pensar en organizar un viaje a Kabul, la capital de un país que nunca he pisado, en una zona y en un contexto que nunca he cubierto. Por primera vez, el primer motor del proyecto no es una razón estrictamente periodística: la idea es intentar recuperar una parte de aquel pasado de Rezwana que se quedó guardado en unas cajas, en casa de unos vecinos, o en las páginas de los álbumes de fotos de familia, que dejaron a su tío materno antes de salir del país. Se lo cuento a Rezwana que reacciona con una mezcla de entusiasmo y de

preocupación. «No tienes por qué hacerlo», dice. El tema es que yo quiero hacerlo.

A la vuelta del viaje a Suecia, empiezo a leer libros de historia de Afganistán, a buscar contactos y llamar a los colegas que han estado una o más veces en el país. Paso parte de enero de 2022 y casi todo febrero planeando el viaje: he logrado vender la cobertura afgana a un gran medio internacional. En Kabul combinaré el reporteo periodístico en torno a la actualidad política con la búsqueda de la memoria de Rezwana.

Por aquellos meses de preparativos, Rezwana recibe la primera llamada en siete años de su abuela materna.

13 de febrero de 2022. La abuela Latifa

> Por fin, después de siete años —¡siete años!— he hablado con mi abuela, la mamá de mi madre. Está muy enferma y en todo este tiempo nadie ha querido contarle lo que nos pasó, para protegerla también, porque no sabíamos si su cuerpo aguantaría tanto dolor. Así que después de siete años he hablado con ella con una videollamada y no le hemos contado la verdad. Le hemos dicho que estamos aquí todos en Europa y todos bien. Ella no podía hablar por la emoción, pero no paraba de dar palmas. Estaba muy contenta. Me decía que me he convertido en una mujer muy guapa y que me parezco a mi madre. Ha sido duro y bello al mismo tiempo.
>
> Luego, por la tarde, volviendo a pensar en la llamada, no podía parar de llorar, pero estoy feliz por haber vuelto a verla. Está tan débil. Siempre ha estado muy enferma. Es asmática y lleva cuarenta años con oxígeno y medicamentos. Pero cuando estábamos en Afganistán aún podía moverse y cocinaba para nosotros, ahora no puede comer si alguien no la ayuda.
>
> Sabes, a veces en mi cabeza es como si todo allí estuviera congelado desde hace siete años. También mi familia. A veces imagino que ellos están allí y yo me encuentro aquí para estudiar.

*

Hablo con Rezwana de las dudas sobrevenidas, de las complicaciones que han surgido para viajar a Afganistán. Desde Kabul, mientras tanto, ha llegado una mala noticia. Su tío Jaweed, el menor de los hermanos de su madre, ha logrado ir a casa de ese vecino al que sus padres habían confiado sus

pertenencias antes de emprender el viaje hacia Europa. Y ha descubierto que la mayoría de las cosas ya no están. Rezwana ha pedido su número y le ha llamado furiosa. Él se ha justificado en un primer momento diciendo que, al enterarse del accidente, dio gran parte de las cosas en beneficencia para los pobres, para el alma de sus familiares.

Pero las cosas no han ido exactamente así. Ese mismo señor, al que Rezwana definía como una especie de talibán bueno, aunque no dejara salir a su mujer de casa, dirá después que una parte de lo que habían dejado se la han quedado como compensación porque Naseer le debía dinero, algo que no le consta a nadie de la familia. El resultado es que, de todo lo que había, solo quedan unas alfombras y un par de bolsos. El traje de novia de su madre, del que Rezwana quería volver a sentir el olor, ya no está. Y el vecino ha dejado claro que para él es un capítulo cerrado.

Los únicos recuerdos de la vida que fue son los álbumes de fotos y algunas grabaciones de las fiestas de cumpleaños de cuando era pequeña. Por suerte, están a salvo en casa del tío. El viaje sigue mereciendo la pena.

*

Tenemos los visados, que la embajada afgana en Madrid sigue emitiendo y en Kabul siguen aceptando, tenemos las fechas de salida, tenemos un *fixer* ya fichado. Falta sacar los billetes, pero a última hora, ante unas complicaciones logísticas y las dudas compartidas con el compañero que tiene que viajar conmigo, decido que es mejor parar el plan y aplazarlo al menos unas semanas.

Es una decisión abrupta que tardaré tiempo en digerir. Lo que más me cuesta es decírselo a Rezwana y comentarlo con su familia, que ya me estaba esperando en Kabul. Ellos son, sin embargo, más comprensivos de lo que seré capaz de ser yo conmigo misma. En los días siguientes el escenario a mi alrededor cambia por completo y el viaje acaba procrastinado *sine die*. Los vídeos y los álbumes de fotos los recuperará meses después Bano, una de las amigas de Rezwana que conocí en Västerås, y que, a pesar de todos los riesgos, ha decidido viajar a Kabul para divorciarse y poder realmente empezar en Suecia

una nueva vida.

El 24 de febrero de 2022, más o menos la fecha en la que debería haber viajado a Kabul, me despierto con la noticia de la invasión rusa de Ucrania y las imágenes del inmenso éxodo de refugiados que intentan huir del país a través de la frontera con Polonia. No lo pienso mucho y empiezo a preparar la salida hacia la frontera polaca, a la que llego unos días más tarde junto a un colega y amigo italiano, y a su cámara. Al principio no tenemos previsto cruzar a Ucrania, pero tras setenta y dos horas en la zona de frontera, allí estamos. Ellos se volverán dos días después, yo me quedaré al menos dos semanas más. Es el comienzo de un periodo algo caótico y una nueva etapa profesional.

Entre un mensaje de «ten cuidado» y otro, cuando por fin podemos hablar con calma por teléfono, Rezwana expresa lo que muchos han pensado en las últimas semanas. No hay atisbo de rencor en sus palabras, aunque no por eso suenan menos contundentes.

> Me siento muy cercana al sufrimiento de los ucranianos. He estado muy triste por lo que está pasando. Pero también he pensado que ahora han abierto las fronteras. Cuando llegaron los talibanes, los países vecinos las cerraron. El color de la piel, del pelo, de los ojos cuentan. No se trata igual a todo el mundo.

*

30 de marzo de 2022

Suena el móvil. Es Natassa. Han pasado unas semanas desde la última vez que hablamos. Desde el comienzo de la llamada su tono de voz delata cierta agitación. Comentamos de pasada mi viaje a Ucrania. Volví hace una semana y sigo aturdida, apenas he podido descansar. Nos ahorramos las introducciones. Tiene novedades sobre la búsqueda de la familia de Rezwana. Hay lo que en la jerga se llama un *match*, una correspondencia entre su ADN y el de tres cuerpos recuperados en Lesbos después del naufragio del 28 de octubre de 2015. Fueron registrados como desconocidos. Son una mujer, un niño y una niña. Son la madre y dos de los

hermanos de Rezwana. No me da tiempo a decir nada porque, sin darme cuenta, estoy llorando. Me parece que ahora mismo no hay nada más importante que esto. Me disculpo con Natassa, aunque en realidad lloramos juntas.

No te disculpes, me ha pasado lo mismo. Por eso te he llamado en cuanto lo he sabido. Quería hablar contigo para ver cómo se lo decimos a Rezwana. Ha sido todo de repente. Estaba siguiendo otro caso de reconocimiento de víctimas de otro naufragio que ha habido hace unas semanas en Lesbos y vi que los médicos forenses habían acelerado el procedimiento. Se me ocurrió que, ya que habían pasado cuatro meses desde que se envió la muestra del ADN de Rezwana y no habíamos tenido noticias, igual podía llamar yo en lugar de esperar una llamada de las autoridades. Así es cómo me he enterado, por vía informal, a través de un funcionario con el que he logrado hablar tras varios intentos. No es fácil tener un *match* después de tanto tiempo. Si te digo la verdad, creo recordar solo un caso más que he seguido.

Lo único es que antes de decírselo a Rezwana quiero tener la confirmación oficial y recuperar los certificados de defunción, para luego poder identificar las tumbas. Están en el cementerio de Kato Tritos, el que se abrió de emergencia en la isla tras aquel naufragio. Pero está todo en muy mal estado. Hay que ver qué encontramos y cómo. Porque estoy segura de que, en cuanto lo sepa, lo primero que Rezwana pedirá es ir a Lesbos.

Sé que Natassa tiene razón, pero me cuesta ocultar durante unos días esta información a Rezwana. Le digo que sí, que mejor esperar. Hay otra razón: Rezwana está a punto de salir de Grecia por primera vez, no para ir a Suecia sino para pasar unos días de vacaciones en Suiza junto a Charly y su familia, y en Alemania donde, después de años, se reunirá con Nahid y con la amiga que conoció cuando frecuentaba la escuela americana en Atenas. Es su primer viaje de placer, su primer viaje sola, sin más planes que disfrutar de unos días alegres como cualquier chica de su edad. Si hay que esperar, esperaremos a que vuelva.

*

Tener la confirmación oficial llevará su tiempo. Dos semanas después de nuestra llamada, Natassa recibe un correo de Cruz Roja que confirma el *match*. Pocas líneas para explicar que se

trata de los cuerpos de Fátima, la madre de Rezwana, Hadith, su hermano, y de Negin, la segunda, la hermana que tenía once años cuando el barco naufragó. No hay rastro de Naseer ni de la pequeña Mehrumah.

Con la confirmación en sus manos, Natassa viaja a Lesbos para recuperar los certificados de defunción y tratar de localizar las tumbas. Los documentos, que se encuentran en el registro municipal de la isla, resumen en apenas un folio todo lo que se sabe sobre la muerte de Fátima, Hadith y Negin. Según la autopsia, los tres murieron por ahogamiento. Sus cuerpos fueron encontrados el 30 de octubre de 2018, dos días después del naufragio, en tres lugares distintos de la isla, hasta donde fueron llevados por las corrientes. El de Fátima fue encontrado en el mar, en la zona de Molyvos, el de Hadith en una playa más alejada, hacia el oeste, la playa de Santa Bárbara. Y el de Negin se encontró en la bahía de Eftalou, cerca de Molyvos, uno de los primeros lugares que conocí de Lesbos.

Natassa me había explicado que para tener un *match* hace falta que la relación sea de filiación, porque la correspondencia entre hermanos es mucho menos precisa. Así que la identificación de los tres cuerpos ha sido posible porque el ADN de Rezwana se corresponde con el de la madre, que a su vez tiene una correspondencia con los datos guardados de los dos hijos.

El siguiente paso es encontrar las tumbas. El cementerio de Kato Tritos se ha convertido en un descampado gobernado por la incuria porque no hay nadie oficialmente encargado de su mantenimiento, a pesar de que se ha seguido usando para enterrar a las víctimas de la frontera.

Cuando Natassa consigue hablar con el vicealcalde, este dice que para entrar en el cementerio hace falta una autorización, pero *de facto* no hay ningún responsable al que pedirla. Tampoco está registrado oficialmente como un cementerio. Durante dos días, la abogada de RSA que, como había augurado Minos, se ha convertido en la mejor compañera en esta misión de búsqueda, intenta encontrar a alguien que tenga las llaves del recinto. Al final decide acercarse directamente al lugar junto a Mohammadi, que en Kato Tritos

ha asistido en los últimos años a decenas de entierros. Cuando llegan a la cancela del recinto, se dan cuenta de que en realidad el candado que sujeta la cadena está abierto. Entran y empiezan a andar entre la maleza de color pardo que les llega a las rodillas y que esconde las pequeñas lápidas sembradas en el terreno. Pasan horas buscando bajo el sol y finalmente, entre 150 tumbas, encuentran las dos placas de mármol que corresponden a los números de identificación de la madre y de la hermana de Rezwana. Falta la de Hadith, pero por mucho que insisten, no consiguen dar con ella.

Deciden entonces contactar con Mustafá, el hombre egipcio que se improvisó mulá para celebrar los funerales según el rito musulmán, y que es el único que tenía un registro no oficial y un mapa de las tumbas en su cabeza. Pero ni con su intervención logran identificarla. Es posible que, por la razón que sea, después de tantos años, la lápida se haya roto, hundido en el terreno o extraviado. Lo que es seguro es que Hadith también está enterrado en Kato Tritos, porque allí están enterradas todas las víctimas del naufragio del 28 de octubre de 2015 cuyos cuerpos pudieron ser recuperados.

Ahora sí podemos contarle a Rezwana lo que ya sabemos y ella presiente. Desde hace días, me pregunta si he hablado con Natassa, si sé si hay novedades.

> Cuando la vi en Atenas, en la reunión anual de RSA, tuve la sensación de que quería decirme algo que finalmente no me dijo.

*

15 de mayo de 2022

Quedamos en hablar por la mañana temprano. Rezwana está con Natassa, que ha viajado a Atenas desde Quíos para estar con ella en persona. Mohammadi se conecta por videollamada desde Lesbos para traducir en algún momento al dari, por si Rezwana se encontrara más cómoda así. Yo también me conecto desde Madrid.

Rezwana está nerviosa y en el fondo ya sabe de lo que tenemos que hablar. Natassa, sentada a su lado, le explica todo con calma y le dice lo que unas semanas antes me había

contado a mí por teléfono: «Ha habido una correspondencia entre tu muestra de ADN y los cuerpos de tres personas. Tu madre, tu hermana y tu hermano están enterrados en Lesbos».

Nos quedamos en silencio. Querer saber no protege ni prepara para el sufrimiento. Cuando consigue apartar unos instantes el llanto, lo primero que Rezwana pide es ir cuanto antes a la isla.

*

23 de junio de 2022. Lesbos

Natassa nos ha recogido a primera hora de la mañana en el hotel. Anoche llegamos muy tarde en avión desde Atenas y Rezwana no ha podido descansar. Han pasado siete años desde la primera y última vez que estuvo en Mitilene. Ha odiado esta isla, pero aquí descansan su madre, su hermana y su hermano y quiere mirarla con ojos distintos. Buscamos una floristería y compramos unos ramilletes de siemprevivas y una pequeña corona de las mismas flores adornada con unos finos lazos de satén.

Nos subimos al coche de Mohammadi y salimos de la capital hacia la zona de Kato Tritos, un recorrido de unos quince minutos que hacemos en silencio. Por las ventanillas bajadas llega el olor de yerbas aromáticas. En el último tramo bordeamos una bahía rodeada de campos de olivos. Mohammadi aparca bajo la sombra de las ramas nudosas de uno de estos árboles. Rezwana tarda unos segundos más que nosotros en bajarse del coche. Viste una blusa y un pantalón negro que cubren toda su figura. Hemos intentado llegar pronto, pero el calor es ya insoportable.

Para abrir la cancela, basta dar un pequeño golpe al candado que sujeta la cadena. Las llaves oficiales siguen sin aparecer, pero Natassa esta vez sí ha obtenido un permiso oficial. No quería sorpresas ni sobresaltos en un momento así. Hace un par de días vino con Mohammadi para quitar la maleza alrededor de las lápidas de la madre y de la hermana de Rezwana, separadas entre sí por solo un par de metros.

La yerba seca cruje bajo nuestros pies. Cuando llegamos ante

los pequeños cuadrados de mármol que se elevan desde la tierra árida, Rezwana nos pide que la dejemos sola.

Quiero quedarme sola, por favor. Sola. Solo un rato.

Sola. La dejamos sola y la miramos desde una distancia infranqueable de un puñado de metros. Mohammadi recuerda los funerales, asegura que todos los que están enterrados aquí recibieron un entierro digno. En un rincón del recinto hay una caseta prefabricada donde se preparaban los cuerpos según el rito musulmán. Lo hacían otros refugiados, confinados en los campos de la isla, que se ofrecían como voluntarios y lloraban aquellos muertos como suyos cuando no había nadie más que pudiera hacerlo. Las mujeres para las mujeres, los hombres para los hombres. A los pies del árbol que nos da sombra, aún quedan los restos de un ataúd de madera blanca.

Me vuelvo a acercar a las tumbas y mojo el pelo de Rezwana con agua. El resto de la cara está bañada en lágrimas que gotean sobre las lápidas y sobre sus manos que acarician el mármol. «Hace demasiado calor», le digo.

Un rato más, por favor.

¿Por qué? ¿Por qué yo estoy viva y ellos no? ¿Qué podría haber hecho para salvar al menos a uno de ellos? ¿Por qué tenían que morir así? ¿Por qué tuvieron que morir aquí?

*

El atardecer ha llegado hoy como un bálsamo de calma. Hemos intentado pasar el resto del día esforzándonos para aparentar cierta normalidad. Rezwana en estos años ha aprendido a disimular el dolor, pero las que vienen serán semanas difíciles. Ahora tiene un lugar donde llorar a su familia, pero el duelo pospuesto rebobina el tiempo y reaviva la intensidad de su pena.

Damos un paseo cerca del puerto. Recuerdo cuando en Atenas le pregunté por el mar, por si había vuelto a ver el mar. Me dijo que muy pocas veces y siempre sola, para rezar y hablar con su familia. Nunca se había bañado.

Saliendo del centro de Mitilene, pasamos por delante de un buque de Frontex, uno de los refuerzos que han llegado para poner puertas al mar. La entrada al puerto comercial y la gran

explanada por la que se accede a los muelles están casi desiertas. Desde el alto nos observa la Estatua de la Libertad, la escultura de bronce que un emigrante retornado de Estados Unidos hizo levantar en Mitilene en los años treinta.

Llegamos hasta una pequeña plataforma de hormigón, desde la que se accede al agua bajando por unos escalones, como si el mar fuera una piscina. Nos quitamos las sandalias. Sentadas en el borde del muro, sumergimos las piernas y las dejamos ondear en el agua que nos llega hasta las rodillas. Delante de nosotras, solo el mar y la costa turca que estalla en el horizonte.

Las voces de unos niños rompen el silencio. Llegan corriendo y, entre risas, se lanzan al agua en calzoncillos.

Mi hermano tendría ahora más o menos su edad.

Una brisa ligera acaricia el pelo de Rezwana mientras los ojos se le llenan de lágrimas.

Mira, ahora parece tan calmo el mar. Aquel día parecía endiablado.

Agradecimientos

Este libro nació como un «diario colectivo» y no hubiera sido posible sin las personas que, con generosidad, han aportado su parte de esta historia. El primer enorme «gracias» es para ellas.

Gracias al equipo de Libros del K.O. y, en especial, a Emilio Sánchez Mediavilla. Gracias por atreveros con todo, con pasión y entrega.

Gracias a nuestras familias, a los amigos y las amigas que nos han ayudado en este camino, a estos lazos invisibles que aparecen cuando se los necesita.

Gracias a Mahshid, por ser una hermana, más que una amiga, y por hacer que la distancia desaparezca.

Gracias a Jawad, por su gran corazón y su paciencia, por toda su ayuda y por estar siempre.

Gracias a Africa, por entender siempre los «tiempos» de mamá, y a Anna que ha aprendido a entenderlos ya antes de nacer. Gracias a Algerino, ahora como el primer día.

Gracias a quienes leerán este libro. Son ellos los que harán que historias como esta no caigan en el olvido.